

Raylan, el agente que ha dado vida a la famosa serie de televisión *Justified*,
ganadora del premio Emmy

ELMORE LEONARD

RAYLAN



Traficantes de órganos, sindicalistas asesinados,
garitos clandestinos de póquer y mujeres fatales en
la última aventura del agente Raylan

Alianza Editorial

Annotation

El agente judicial Raylan Givens es un hombre de pocas palabras, conocido por su sombrero vaquero y su facilidad para desenfundar. Su debilidad son las mujeres a las que dedica sus mejores modales, pero en los ambientes en los que se mueve no se encuentra precisamente a lo mejor del género femenino. Siguiendo la pista de un narcotraficante, víctima de una red que extorsiona y trafica con órganos, Raylan se enfrentará a una serie de casos en los que se entrecruzan cultivadores de marihuana, mineros afectados por la contaminación, timbas ilegales, corredores de apuestas, criadores de caballos, delincuentes desalmados y mujeres fatales. Todo ello en esta nueva obra de Elmore Leonard, el gran maestro de la novela negra norteamericana. Traficantes de órganos, sindicalistas asesinados, garitos clandestinos y mujeres fatales en la última aventura del agente Raylan.

- [Capítulo uno](#)
- [Capítulo dos](#)
- [Capítulo tres](#)
- [Capítulo cuatro](#)
- [Capítulo cinco](#)
- [Capítulo seis](#)
- [Capítulo siete](#)
- [Capítulo ocho](#)
- [Capítulo nueve](#)
- [Capítulo diez](#)
- [Capítulo once](#)
- [Capítulo doce](#)

- [Capítulo trece](#)
 - [Capítulo catorce](#)
 - [Capítulo quince](#)
 - [Capítulo dieciséis](#)
 - [Capítulo diecisiete](#)
 - [Capítulo dieciocho](#)
 - [Capítulo diecinueve](#)
 - [Capítulo veinte](#)
 - [Capítulo veintiuno](#)
 - [Capítulo veintidós](#)
 - [Capítulo veintitrés](#)
 - [Capítulo veinticuatro](#)
 - [Capítulo veinticinco](#)
 - [Capítulo veintiséis](#)
 - [Capítulo veintisiete](#)
 - [Capítulo veintiocho](#)
 - [Capítulo veintinueve](#)
 - [Capítulo treinta](#)
 - [Capítulo treinta y uno](#)
 - [Capítulo treinta y dos](#)
 - [notes](#)
 -
 -
-
-

Elmore Leonard

RAYLAN

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

Alianza Editorial

Para Graham y Tim

Capítulo uno

Raylan Givens tenía en la mano una orden judicial contra un traficante de marihuana conocido como Ángel Arenas, de cuarenta y siete años, nacido en Estados Unidos, pero cien por cien hispano.

—Lo conocí un día, cuando estaba de guardia en los juzgados de Miami —dijo Raylan—. Lo trincaron por vender cat, esa planta árabe que mastica la gente para colocarse.

—Tampoco coloca tanto —contestó Rachel Brooks, sentada en el asiento del copiloto del SUV^[1], con el sol de la mañana asomando a sus espaldas—. El cat está empezando a ponerse de moda. Se cultiva en California y la consumen mucho en San Diego los africanos de verdad.

—La buena es la que se ha recogido el mismo día —dijo Raylan—. Da un subidón que dura el día entero.

—Tengo amigos que la toman de vez en cuando. Nunca se ponen tontos. Sólo se divierten y están de buen rollo.

—Flipan un poco —dijo Raylan.

—¿Cuánto le cayó a Ángel?

—Cumplió treinta y seis meses de cuarenta y volvió a vender hierba. Violó la condicional. Por lo visto hizo un pacto. Ese rastafari que dirige la iglesia intercedió por él.

—«El Templo de J.C. el Hermoso y el Pacificador» —señaló Rachel—. Sí, se llama Israel Fendi, lleva rastas y es jamaicano de origen etíope. ¿Él también estaba en el negocio?

—¡Qué va! Pero un colgado delató a Ángel para que lo soltaran. Jura que Ángel recibió un pedido ayer por la noche. Yo no me creo que vayamos a encontrarlo sentado encima de su cargamento.

Tim Gutterson, que iba detrás, habló por primera vez.

—Esta vez le caerán veinte años —dijo. Iba revisando un expediente con fotos de Ángel Arenas—. ¡Mira qué careto tan sonriente! No parece

un delincuente armado y peligroso.

—Nunca va armado, que yo sepa —dijo Raylan—. Y tampoco lleva matones armados.

Circulaban por el este de Kentucky, camuflados en el SUV detrás de los coches patrulla, por la orilla de un lago que cruzaba la frontera de Tennessee serpenteando como un río. Minutos antes de las seis llegaron a Cumberland Inn.

Los cuatro agentes de los coches patrulla vieron que Raylan y sus compañeros se ponían los chalecos antibalas debajo de la chaqueta del uniforme de la policía judicial y se ajustaban las armas en los costados. Raylan dijo que no creía que Ángel ofreciera resistencia, aunque nunca se sabía a ciencia cierta.

—Si oís disparos, venid corriendo, ¿entendido? —ordenó Raylan.

—¿Quieres que reventemos la puerta? —preguntó uno de los agentes.

—Ya sé que lo estáis deseando, pero prefiero pasar por recepción y pedir una llave —contestó Raylan.

Tuvieron que aguantar el tirón de orejas del policía judicial que había trabajado en las minas de carbón de Harlan County, pero que hablaba y se comportaba como un servidor del orden. Estaban a punto de verlo irrumpir en la habitación de un motel para detener a un delincuente fugitivo sin sacar el arma.

Sólo se oía el zumbido del aire acondicionado. El sol que entraba por las ventanas se había acostado en la cama revuelta, aunque la colcha estaba echada por encima de las sábanas y las almohadas. Raylan miró a Rachel y señaló con la cabeza hacia la cama. Se acercó a la puerta del cuarto de baño, que estaba entornada, y escuchó un momento antes de abrirla.

La cabeza de Ángel Arenas reposaba en el borde de la bañera, sumergida hasta más allá de la barbilla, con el pelo flotando y los ojos cerrados, desnudo y tendido en el agua llena de cubitos de hielo que

empezaba a teñirse de rosa.

—¿Ángel? —dijo Raylan. Al no obtener respuesta se arrodilló junto a la bañera y buscó el pulso de Ángel en la garganta—. Se está congelando, pero aún respira —dijo. Y oyó la voz de Rachel a su espalda:

—Raylan, la cama está llena de sangre. Parece como si hubiera estado matando pollos —dijo Rachel. Y al ver a Ángel contuvo la respiración y exclamó—: ¡Ay, Dios mío!

Raylan quitó el tapón de la bañera, y el agua empezó a descender alrededor de Ángel. La barriga se convirtió en una isla rodeada de aguas heladas y manchada de sangre en dos zonas.

—Le han hecho algo —dijo Raylan—. Tiene unos cortes cosidos con grapas. ¿O lo han operado?

—Le han pegado un tiro —dijo Tim.

—Creo que no —contestó Raylan, examinando las incisiones.

—A mi madre le hicieron lo mismo el año pasado en el hospital —dijo Rachel—. Un corte debajo de las costillas y otro debajo del ombligo. Le pregunté por qué abrieron por ahí en vez de por la espalda.

—¿Vas a decirnos de qué la operaron? —preguntó Tim.

—Le extirparon los riñones. Los dos, y ese mismo día le implantaron un par casi nuevo, de un niño que se había ahogado.

Envolvieron a Ángel en una manta, lo llevaron a la habitación y lo acostaron en la cama. No paraba de temblar y apenas respiraba.

—¿Qué me ha pasado? —le preguntó a Raylan, sin abrir los ojos.

—¿Estás aquí para hacer un negocio?

Ángel titubeó antes de responder.

—Dos tíos a los que conozco. Cultivan hierba. Tomamos una copa...

—Y terminaste en la bañera —dijo Raylan—. ¿Cuánto les pagas?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Te dejaron la hierba?

—La que ves —contestó Ángel.

—Aquí no hay nada.

Ángel abrió los ojos.

—Compré cincuenta kilos, veintidós mil pavos —dijo—. La vi y probé un poco.

—Pues te han timado —dijo Raylan—. Te han dormido y se han largado con la pasta y la hierba.

Ángel cerró los ojos.

—Esto duele mucho, tío —dijo. Y metió las manos por debajo de la manta para tocarse el vientre—. ¿Qué me han hecho?

Raylan volvió a tomarle el pulso.

—Todavía resiste —dijo—. Es duro el pequeñín. ¿Portorriqueño? Vale que esos dos le rajaran, pero ¿por qué le extirparían los riñones?

—Me recuerda a esa historia que se cuenta por ahí —dijo Tim—. Un tipo se despierta y descubre que no tiene riñones. No sabe quién se los ha quitado. Alguien cuenta esa historia de vez en cuando, aunque nadie ha demostrado que pasara de verdad.

—Pues aquí tienes la demostración —contestó Raylan.

—No se puede vivir sin riñones —dijo Tim.

—Debe de ser jodido —asintió Raylan—. A menos que te metan en diálisis inmediatamente. ¿Por qué unos tíos que cultivan hierba se dedican a extirpar los riñones a la gente? ¿Es que no ganan lo suficiente con la hierba? He oído que un cadáver, vendido por piezas, vale cien mil pavos. Pero se gana más vendiendo hierba, y es mucho más limpio que traficar con riñones. Lo que sigo sin entender es...

—¿Qué? —dijo Tim.

—¿Quién le ha hecho la cirugía?

A eso de mediodía, Art Mullen, el jefe de la policía judicial de Harlan County, llegó al motel y encontró a Raylan merodeando todavía por la habitación.

—¿Sabes lo que estás buscando? —preguntó Art.

—Los técnicos ya lo han registrado todo. Se han llevado la ropa de Ángel, las gasas empapadas de sangre, las grapas quirúrgicas y un paquete de tabaco vacío, marca Mail Pouch. Pero no han encontrado ni rastro de los riñones. ¿Cómo está Ángel?

—Está en cuidados intensivos, aguantando el tirón.

—¿Saldrá de ésta?

—Creo que si sigue vivo es por el cabreo que tiene con los que le han robado. Según dice, se largaron con la pasta que les pagó por la hierba y lo dejaron aquí desangrándose —dijo Art.

—¿No ha dicho que se llevaron sus riñones?

—He sacado el tema varias veces. «Dinos quiénes son esos tíos y te devolveremos tus riñones.» Pero empezó a tener problemas para respirar y la enfermera me echó de allí. El que le quitó los riñones sabía muy bien lo que hacía.

—Los extirparon por delante —señaló Raylan.

—Ahora se extirpan por delante, aunque es una técnica muy reciente. La incisión es más pequeña y no hay peligro de cortar ningún músculo.

—Me gustaría ver a Ángel —dijo Raylan—, si no te importa. Lo conozco desde que lo detuvieron por vender cat. Ese día yo estaba de guardia en el juzgado de Miami. Nos llevamos bastante bien. Creo que piensa que le salvé la vida.

—Y puede que tenga razón.

—Es posible que a mí me cuente algo.

—Está en el Cumberland Regional —dijo Art—. No sé si te dejarán verlo. ¿Y tus compañeros?

—No había nada urgente y les dije que volvieran a Harlan.

—Se han llevado el SUV. ¿Cómo piensas moverte?

—Tenemos el BMW de Ángel —dijo Raylan.

Ángel estaba tumbado, con los ojos cerrados. Raylan se inclinó y le apartó el pelo de la cara. Notó el aliento de hospital y le susurró al oído:

—Soy tu colega del juzgado de Miami, Raylan Givens. —Ángel abrió los ojos—. Nos conocimos cuando te llevaron allí por vender cat.

Ángel trató de sonreír.

—¿Sabes que esta mañana te he salvado la vida? Cinco minutos más en el agua helada y te habrías congelado. Gracias a Dios que llegué a tiempo.

—¿A tiempo de qué? ¿De detenerme?

—Estás vivo, colega. Eso es lo principal. Sólo un poco pálido.

«Pálido.» Lo cierto es que parecía un cadáver.

—Me han conectado a una máquina para limpiarme las impurezas de la sangre —dijo Ángel—. Seguiré vivo si aguanto hasta que consigan un riñón. O si un familiar está dispuesto a darme el suyo. Un hermano, por ejemplo.

—¿Tienes un hermano?

—Tengo algo mejor.

Sonrió.

—Ya sabes que si no quieres no diré de dónde vas a sacar ese riñón —dijo Raylan.

—En el hospital lo sabe todo el mundo. Me han mandado un fax. ¿Te lo puedes creer? La enfermera ha venido a leérmelo. Tanya, se llama. Es muy guapa. Parece que tiene la piel muy suave. Tanya, tío. Le he pedido que se venga conmigo a Lexington cuando me encuentre mejor. Siempre me han gustado las enfermeras. No se andan con gilipolleces.

—En ese fax... ¿Cuánto te pedían por los riñones?

—Cien de los grandes —dijo Ángel—. Ésa es la oferta. ¡Qué huevos tienen esos paletos! Anoche llegaron con un cirujano para que me quitara los putos riñones, y me rajaron dos veces. Eso sin contar lo que me han robado. Dicen que aunque sólo quiera un riñón serán cien de los grandes.

—¿En el hospital lo saben? —preguntó Raylan.

—Ya te lo he dicho. Lo sabe todo el mundo. Los médicos, las enfermeras, Tanya... Primero mandan el fax y luego uno de ellos llama al hospital para hacer el trato. Nadie ve quién trae los riñones.

—¿Y en el hospital saben que son tuyos?

—¿Por qué no te entra en la cabeza?

—¿Y no dicen nada?

—¿Qué quieres que hagan? ¿Que me dejen morir? Ellos no están pagando por los riñones.

—¿Cuándo tienes que darles el dinero?

—Han dicho que me darán un respiro. Una semana o así.

—Tú conoces a esos tipos. Dime quiénes son.

—No tengo ganas de que me maten. Quiero seguir aquí.

—Y recuperar tus riñones —dijo Raylan—. Creo que esto no lo había oído nunca. ¿Sabes que el hospital ha avisado a la policía?

—La policía ya ha hablado conmigo. Les he dicho que no conozco a esos tíos. Que no los había visto nunca —dijo Ángel.

—Y que tampoco sabes para quién trabajan.

—No te entiendo.

—¿Tú crees que eso se les ha ocurrido a ellos solos? Podrían haber cogido a cualquiera en la calle, mientras el médico se preparaba para la operación —dijo Raylan—. ¿Por qué iban a esperar a que les saliera una entrega de hierba para actuar? —Hizo una pausa y añadió—: Puedo ayudarte, si quieres.

—¿Por qué? ¿Encontraste hierba en el motel? Soy la víctima de un delito, tío. ¿Y tú quieres meterme en el trullo?

Por fin llegaron a un acuerdo, cuando a Ángel se lo llevaban al quirófano en una camilla. Raylan iba andando a su lado.

—Dame un nombre —dijo—. Te juro por mi estrella que no tendrás que pagar por tus riñones.

Ángel negó con la cabeza.

—Tú no los conoces —dijo.

—Los conoceré si me dices quiénes son.

—Tendrás que ir al bosque a buscarlos.

—Pues claro, colega, a eso me dedico. —Llegaron a unas puertas batientes—. Sólo tengo que llamar a Lexington y dar los nombres para que me envíen su expediente por correo electrónico. Puede que incluso los conozca.

—Cultivan hierba —dijo Ángel—. Desde aquí hasta Virginia del Oeste.

—Son los Crowe, ¿verdad? —dijo Raylan.

Capítulo dos

Al sur de Barbourville, Raylan salió de la autopista de cuatro carriles y atajó por carreteras secundarias y caminos de grava sin nombre ni número a través de las montañas de Knox County, con las laderas destripadas para extraer el carbón y convertidas en vertederos que teñían de ácido el agua de los arroyos. Siguió el curso del Stinking Creek^[2] hasta su confluencia con el Buckeye, y un poco más allá del cementerio vio el almacén de los Crowe, con su nombre escrito en la puerta encima de un cartel de Coca-Cola: CROWE'S VERDURAS Y ALIMENTACIÓN.

Pasó en el BMW de Ángel por delante de la puerta mosquitera, que estaba abierta, y paró el coche. Lo había lavado en Somerset y se había puesto corbata y traje oscuro para esta visita, con la intención de que el señor Crowe pudiera hacerse una idea de quién era. En un artículo sobre el Stinking Creek publicado recientemente en *Newsweek*, se decía que Pervis Crowe, apodado «El Veloz», era el principal cultivador de marihuana del este de Kentucky. Crowe le decía al periodista: «Demuéstrelo. Yo tengo una tienda donde los mineros pobres vienen a comprar con sus cupones de comida. ¿Quién me ha visto a mí cultivando hierba?».

Ahí estaba Pervis, detrás del mostrador, con una balanza romana donde pesaba las patatas y el tocino, y los estantes llenos de paquetes de harina y de maíz. Los huevos a diez céntimos la pieza, rebajados a cuatro llevando una docena.

Esas tiendas a Raylan le parecían todas iguales: la misma gente iba a comprar lo imprescindible y se eternizaba para gastarse noventa y nueve centavos en una milhoja de cabello de ángel y alguna golosina para sus hijos, sin abrir la boca.

Una chica en plena floración estaba sentada en los sacos de pienso para las vacas, en pantalones cortos, tomando un refresco de cola RC.

Raylan había comprado hayucos en tiendas como aquella cuando era pequeño y tenía mucha prisa por hacerse mayor para ser policía y perseguir a delincuentes peligrosos.

La chica miró a Raylan como si le tomara las medidas, buscando qué decir, hasta que encontró las palabras.

—¿Le parezco descarada si le pregunto a qué se dedica, señor? —preguntó con voz dulce.

—¿Cuál es la pregunta? —contestó Raylan—. ¿Qué pienso o qué hago?

Pervis Crowe, «El Veloz», intervino entonces:

—Loretta, ¿es que no reconoces a la brigada antidroga cuando ves a un hombre con traje? Siempre están husmeando por todas partes.

—Se equivoca —dijo Raylan—. Soy policía judicial. Nosotros vamos por ahí oliendo las flores, en busca de información sobre delincuentes en busca y captura. Tengo entendido, señor Crowe, que sus hijos trabajan en un negocio ilegal.

—¿Trae una orden judicial? —dijo Pervis.

—Si la trajera tendría que llevármelos y usted no volvería a verlos en veinte años.

—¿De dónde sale usted? —preguntó Pervis—. No conozco a ningún juez que dicte más de un par de años.

—Eso no es cosa mía —replicó Raylan—. ¿Por casualidad es usted pariente de los Crowe de Florida?

—Pariente lejano. ¿Cómo les va?

—Están muertos o cumpliendo condena. A uno lo mandé a Starke, cuando trabajaba allí. ¿Ese tal Dewey Crowe es de su familia? ¿Uno que lleva un collar de dientes de cocodrilo y es miembro del club Heil Hitler? Me dijo que era de Belle Glade.

—Puede que haya oído hablar de él —asintió Pervis—, pero no me interesa.

—Quiere que sepa usted que es un chico malo —dijo Raylan—, pero

aún no ha tenido la oportunidad de demostrarlo. Me gustaría conocer a sus hijos.

—Mis hijos están hechos de otra pasta —dijo Pervis—. Se ponen ropa limpia todos los días y conducen un Chevrolet.

—Furgoneta —asintió Raylan—. Con un 30.30 montado en la luneta trasera. Otras veces van en Cadillac. No me importaría hablar con ellos, aunque no he venido para eso. Quería comprar una birra para recordar los viejos tiempos. Voy camino de Evarts y luego sigo hasta Eastover. Cuando era joven trabajé allí, sacando carbón.

—Y veo que ha podido salir de ese agujero antes de coger malas costumbres —dijo Pervis.

—Tuve suerte. No me disgustaba el colegio. Descubrí que me divertía leer historias.

—Si hubiera seguido allí ahora lo estarían buscando por atracar farmacias —sentenció Pervis—. Estaría robando analgésicos para vendérselos a gente que quiere estar siempre atontada para no pensar.

—¿Trata usted con gente así?

—Conozco a algunos que cultivan hierba en el patio de su casa. Cuando venden la cosecha vienen a pagar las deudas con billetes de cien pavos.

—¿Puedo preguntarle por qué lo llaman «El Veloz»? —dijo Raylan.

Pervis era nervudo y un poco encorvado, debía de rondar los setenta y llevaba un postizo que no estaba mal, aunque se notaba que se lo ponía en la cabeza todas las mañanas. Una parte del pelo era auténtica. Pervis frunció el ceño, y la cara se llenó de arrugas profundas. No había sonreído desde que Raylan entró en la tienda.

—Vendía whisky de noventa grados, cristalino como el agua de la fuente, sin una mota de carbón. Hacía el reparto en una Ford que era como mi tienda ambulante. Me pasaba el día corriendo por esas montañas, y por eso me pusieron «El Veloz». De eso hace ya cincuenta años. Iba como una bala por caminos de tierra y quise probar suerte en las

carreras de coches. Cuando conocí a Junior Johnson comprendí que mi futuro estaba en el remolque.

—Y ahora vende comestibles —dijo Raylan—. Y sus hijos se ocupan de otros negocios.

—Por fin nos vamos entendiendo, ¿eh?

—No soy de la brigada antidroga. Si ellos no tienen nada contra ustedes, yo tampoco. Pero me han dicho que tienen plantaciones de marihuana, varios miles de hectáreas. Por lo visto llegan hasta Virginia del Oeste.

—¿Y usted cree que eso es un buen negocio? La ley se queda con la tercera parte, los ladrones con otro tanto, y lo que queda hay que vendérselo a los traficantes. Son ellos quienes se llevan los beneficios. Se lo cuento para que no perdamos el tiempo con mentiras. A su padre no llegué a conocerlo, pero siempre tuve una fe ciega en su abuelo. Estuve cinco años viniendo a Harlan para vender el alcohol que él fabricaba, y nos llevábamos mejor que bien.

—Creo que era predicador —dijo Raylan.

—Entre semana fabricaba y el domingo predicaba —asintió Pervis—. Ni siquiera conoces a los tuyos, chico.

—Conocí a su hijo Coover en el colegio, hasta que lo dejó para vagar por el mundo y hacer lo que le daba la gana. ¿Y Richard...?

—Todo el mundo lo llama Dickie desde que era pequeño.

—Le explicaré la situación —dijo Raylan—. Me han dicho que sus hijos cobraron por un pedido de hierba que no llegaron a entregar.

—¿Se ocupa usted de la atención al cliente? Me suena haber oído algo de eso. Un tío de la DEA viene por aquí de vez en cuando con sus zapatos de etiqueta y paga el producto por adelantado. Siempre está nervioso, con mucha prisa por recibir el material. Parece como si se hubiese tirado un pedo con algo más que gas y se hubiera cagado encima. ¿De verdad dice usted que mis hijos han timado a ese menda?

—Sé que quiere mucho a sus hijos —dijo Raylan, sin alterar su

expresión—. De vez en cuando se da cuenta de que han crecido y se han convertido en lo que son. Pero lo ha oído usted mal. No era un agente federal el que hizo el pedido, era un delincuente. Fui a buscarlo a un motel con una orden de detención.

Raylan dio tiempo a Pervis para que dijera algo, pero el viejo no contestó.

—Encontré a Ángel Arenas en la habitación. Sin riñones —añadió.

Esperó de nuevo, mientras Pervis lo miraba fijamente.

—Estaba desnudo en una bañera llena de hielo.

—¿Se ha quedado sin riñones?

—Le han pedido cien mil dólares para recuperarlos. Está en el hospital.

Volvió a esperar.

—Pero no tendrá que pagar por ellos —dijo.

Pervis no preguntó por qué, no dijo ni media palabra.

—El caso está en manos de la policía judicial —continuó Raylan—. Queremos parar este nuevo negocio.

—¿Me está diciendo a la cara que mis hijos abrieron a ese tío y le quitaron los riñones?

—Creo que iban con alguien que sabía cómo hacerlo. Sea quien sea lo encontraré.

Esta vez Pervis sacó una cajetilla de Camel del bolsillo de la camisa, encendió un cigarrillo y soltó el humo como si intentara tranquilizarse.

—Bueno, yo sé que no fueron mis hijos —dijo—. ¿Quién le ha contado eso?

—El hombre que está esperando que le devuelvan sus riñones —contestó Raylan.

—¿Nombró a mis hijos?

—Al cabo de un rato.

—Mintió, al ver que ellos no cumplieron el trato. Mis hijos cultivan hierba, no van por ahí abriendo a la gente para extirparle los órganos.

Aunque supieran hacerlo.

—Saben matar un ciervo y despiezarlo —dijo Raylan.

Le estaba poniendo nervioso aquel anciano que había sido contrabandista de alcohol y sostenía el cigarrillo entre el pulgar y el índice sin dejar de mirarlo.

—Señor Crowe —dijo—, comprendo cómo se siente, pero tengo que hablar con sus hijos, en su presencia si usted quiere. Dígales que vengan mañana, de lo contrario tendré que ir a por ellos.

—Llevamos veinte años viviendo aquí, y siempre nos las hemos arreglado bien. Yo estoy satisfecho con lo que tengo. ¿Y usted me dice que nos hemos metido en el negocio de vender órganos?

—Usted ha llegado hasta aquí vendiendo marihuana al por mayor —dijo Raylan—. En la brigada antidroga saben que sus hijos son granjeros de la era tecnológica. Conducen Cadillacs y tienen teléfonos móviles.

—Si va a acusar a mis hijos a la cara —dijo Pervis, sacando una botella de alcohol ilegal de debajo del mostrador, con un melocotón flotando en el whisky—, esto le aliviará el dolor.

Pervis se puso el sombrero gris de ala corta que había llevado buena parte de su vida y subió por la escalera de su casa, una granja blanca de dos plantas que mandó pintar cuando empezó a deteriorarse. Entró en el baño, echó una meada, se la sacudió y volvió a mearse, maldita sea.

Rita estaba en el sofá viendo *Days of Our Lives*. Pervis se acercó lo suficiente para ver que se había quedado dormida con su uniforme de criada. La falda sólo le cubría hasta las caderas.

Rita era negra, negra como el ébano, la Reina de África, y Pervis la vio un día esperando en la cola de los que buscaban trabajo.

—¿No tienes adónde ir? —dijo Pervis—. ¿Sabes recolectar? Da igual. ¿Sabes cocinar?

—¿Qué tienes en mente? —contestó Rita.

Era su criada y cocinaba muy bien, sobre todo comida mexicana. Pervis le pagaba cien dólares al día, todos los días, a la hora de cenar.

—¿Cuánto tienes en la maleta? —le preguntó un día—. ¿Ésa que está en tu armario? —Se quedó un momento pensativo y exclamó—: ¡Joder, debes de tener lo menos cien mil!

—Ciento cinco mil —dijo Rita—. Pero no está en la maleta.

—¿Piensas dejarme?

—Tengo que hacer algo, invertirlo todo en hierba. Tú me la venderás más barata, por el cariño que nos tenemos. ¿Quién te lleva a la cama al menos una vez a la semana, cuando te entran cosquillas en la polla?

—¿Quieres vender hierba? —dijo Pervis, como si no se lo creyera—. ¿Nada más? ¿Quieres establecerte por tu cuenta? Dime qué quieres.

Se sintió mejor, más tranquilo. Estaba dispuesto a ayudarla si se quedaba con él. Ya hablarían del asunto. Ahora tenía que ver a Bob Valdez. Se sentó al lado del teléfono y marcó el número de Bob. Lo dejó sonar varias veces, colgó, esperó un minuto y volvió a marcar.

Esta vez contestaron.

—Bob Valdez a tu servicio.

—Bob, lleva siempre el móvil encima. ¿No te lo he dicho ya? Me parece que sí. —Sin darle la oportunidad de abrir la boca, añadió—: No te muevas de ahí, voy a verte —y colgó el teléfono.

Bob Valdez, el nombre que usaba en ese momento, trabajaba para Pervis por cortesía de la mafia mexicana —así se hacían llamar ellos mismos— como vigilante de seguridad: cuidaba de las plantaciones y supervisaba la recolección. Pervis decidió aguantarlo temporalmente. El tal Bob Valdez había sido pistolero de los dueños de las minas en la época de las huelgas. Tenía su propia plantación y conducía un Mercedes negro de cuatro puertas. También tenía un ATV rectificado, un todoterreno pequeño que trepaba de maravilla por las laderas de las montañas. Bob había nacido en Estados Unidos, pero prefería las costumbres mexicanas. Pervis iba a hablarle de ese policía judicial que lo

estaba molestando.

Desayunaron en el Huddle House de Harlan. Art se quedó mirando a Raylan mientras éste cortaba la loncha de beicon, cubierta de mantequilla derretida, y le añadía sal. Le preguntó si había probado el alcohol de Pervis.

—Estaba bueno. El melocotón no lo había estropeado. Tomé un par de tragos y el resto se lo di a un viejo en la calle. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Sabes que la marihuana es el cultivo más rentable del estado? —dijo Art.

—Lo tienen muy a gala —dijo Raylan—. Ya estamos a punto de superar a California. Aquí somos bajitos pero matones. Eso demuestra que tenemos recursos. Setenta mil mineros del carbón se quedaron sin trabajo, y algunos se dedicaron a cultivar. Anoche dijeron en el telediario que al gobierno se le está yendo de las manos el asunto de la marihuana. Pidieron a la gente que, si veía una plantación, lo denunciara a la policía. ¿No te parece increíble? Los que más critican la hierba son los que nunca la han probado.

—¿Has visto a los hijos de Pervis? —preguntó Art.

—Todavía no.

—Su padre ya los habrá avisado. Ya puedes ir despidiéndote de tu BMW. Los de la DEA tienen un Mercedes. Quizá te lo presten.

A Raylan le gustaba cómo estaba trascurriendo el desayuno.

—A mí quien me interesa es el médico, y sólo puedo llegar a él a través de los Crowe. Necesito que me digan quién es. ¿Se dedicará a esto porque le han recortado el sueldo? ¿O cogieron al primero que encontraron en la calle? En el hospital dicen que el trabajo es obra de un profesional. Empleó la técnica más moderna para extirpar los riñones y sabía perfectamente por dónde abrir, aunque luego no se molestó en

cerrar. Fue otro quien puso las grapas. ¿Uno de los Crowe? Quiero hablar con ellos en un sitio público, para que no me peguen un tiro o me den una paliza.

—Podemos mandar a la policía estatal para que los presionen hasta que digan quién es el médico.

—No sé —dijo Raylan—. Empiezo a pensar que el médico es quien dirige el espectáculo y llama a los Crowe cuando tiene que cargar peso.

Pervis llegó al campamento en su Ford V8, con el radiador descubierto en el extremo del capó, y vio que Bob Valdez se acercaba desde el granero. Allí vivían los jornaleros que venían a sembrar y volvían al cabo de noventa días para recoger y recortar la cosecha de Pervis en esa zona de Knox County.

El día que Pervis contrató a Bob, le dijo: «Bob, puedes quedarte con lo que quieras de tu parcela. Si ves a alguien cultivando hierba sin mi consentimiento, coloca un cepo y pégale un tiro».

Bob Valdez llevaba un sombrero de raíz de sauce calado hasta las cejas para protegerse del sol de la tarde, y un revólver del 44 en la cintura. Le gustaba merodear por el patio con los pulgares ensartados en la pistolera y bromear con las chicas de la cuadrilla. Le había echado el ojo a la negra de Pervis, un pibonazo, y cuando sabía que el viejo no estaba en el almacén pasaba a verla. «El míster no está», decía Rita. Le decía lo mismo cada vez que llegaba en su ATV, haciendo mucho ruido.

—Tú quieres follarme, ¿verdad, Bob? —le había dicho Rita pocos días antes—. Como el míster te encuentre aquí hará que te deporten.

—¿Qué me estás contando? —contestó Bob—. Soy tan de aquí como Daniel Boone. Nacido en Kentucky.

—Y aquí morirás si se entera de que quieres liarte con su criada.

—¿Estás de coña? —dijo Bob—. El míster nunca me ha levantado la voz. Sabe muy bien lo que se hace.

—Nunca le levanta la voz a nadie, porque no lo necesita —contestó Rita.

Esta vez Pervis fue a decirle a Bob:

—Quiero que hagas una cosa para mí.

—Aquí me tienes —dijo Bob.

—Un policía judicial ha venido a verme. Se llama Raylan Givens.

¿Lo conoces?

—Perfectamente. Lleva un sombrero muy guapo.

—No quiero que se acerque a mis hijos.

—¿Y eso por qué? ¿Es un perverso? —dijo Bob, tratando de parecer serio—. ¿Quieres que haga de canguro de Coover y Dickie?

Pervis lo fulminó con la mirada.

—En esta zona de Estados Unidos tengo una influencia enorme. Mucha más que tu mafia mexicana. Cuento con jueces que me hacen favores y con polis entre mis mejores amigos. Si les digo que vayan a por ti estarás en chirona en menos de una hora. Eso haremos contigo si vuelves a hacerte el gracioso conmigo, Bob.

—Oye, colega, estaba de coña.

—Haz que ese policía no se acerque a mis hijos o tendré que contratar a otro.

Subió a su destartalada Ford V8 y se largó petardeando.

Capítulo tres

—En las facultades de medicina emplean diez mil cadáveres al año —dijo Art cuando salían del Huddle House—. Hay mucha demanda de órganos en todas partes.

—¿Y por qué esos tíos sólo le quitaron a Ángel los riñones? —preguntó Raylan—. Para intentar vendérselos el mismo día. Quizá sea una nueva modalidad de negocio. De esta manera, no necesitan conservar el cuerpo hasta que encuentran compradores.

—Eso requiere mucha planificación para seleccionar a las víctimas —contestó Art—. Yo no creo que esos culos de mal asiento tengan tanta paciencia. Ángel quiere hacer el trato y les dará el dinero. Ve y dile que no tiene por qué pagar.

—¿Y qué le ofrezco a cambio? ¿Qué sabrán de vender riñones ese par de tarados?

—Ha salido en las noticias —dijo Art—. Un tío de Nueva Jersey ha estado vendiendo órganos de mil cadáveres.

—Yo no me imagino a los Crowe leyendo el periódico, a menos que hablen de ellos.

—Por cincuenta kilos de marihuana puedes ganar ciento treinta mil dólares, una vez puesta en el mercado. Un cuerpo humano, vendido por piezas... los riñones, el corazón, el hígado, los ojos... huesos, tendones, la piel... se vende por centímetros cuadrados... Con eso puedes sacar un cuarto de millón.

—Ese tío de Nueva Jersey tenía un crematorio.

—Era el director de una funeraria —dijo Art—. Cuando terminaba el servicio avisaba a sus carniceros. En una hora habían sacado todas las partes del cuerpo que valían la pena, y el resto lo tiraban a la incineradora.

—Esto es distinto —dijo Raylan—. Parece más de andar por casa.

Eso sí, lo hacen muy bien.

—Supongamos que un médico pierde su licencia y se dedica a vender recetas falsas —dijo Art—. Conoce a los Crowe desde que tuvieron la tosferina y la varicela.

—Y los ha tratado un par de veces cuando llegaron a la pubertad —continuó Raylan—. Los chicos viven en casas distintas y se intercambian a las tías. Los de la DEA dicen que las chicas se largan de allí gritando.

—El médico droga a Ángel, pero necesita que alguien lo meta en la bañera —dice Art.

—Y antes de que nos demos cuenta, los Crowe ya están en el negocio. ¿Tiene sentido?

—Para mí sí —dijo Art—. Quería decirte que le he pedido a Rachel que vuelva, para que cuide de ti.

Raylan iba al volante de un Audi Quattro que le habían prestado los de la DEA en Harlan, con Rachel Brooks a su lado.

—Tuve este coche una vez —dijo Raylan—. Me gustaba bastante, aunque el capó vibraba un poco cuando te ponías a ciento cuarenta.

—¿Por estas carreteras? —preguntó Rachel.

—De cero a sesenta en cinco segundos.

—¿Adónde vamos?

—A un cementerio que está ahí arriba y tiene vistas al almacén de Pervis. Si no quiere facilitarnos un encuentro con sus hijos tendremos que esperar a que vengan a ver a su papi.

Salieron de la carretera en la confluencia del Stinking Creek con el Buckeye y subieron despacio hasta el cementerio, donde todas las lápidas llevaban los apellidos MILLS y MESSER.

—Algunos llevan más de ciento cincuenta años enterrados —dijo Raylan—. Mira ése, John Mills: «Se ha retirado a las mansiones del reposo». ¿Qué te gustaría que pusiera en tu lápida?

—No sé —dijo Rachel—. ¿Me das unos años para que lo piense?

—En la de Gobel Messer dice: «Te espero en el cielo». Debía de ser

un hombre seguro de sí mismo. —Raylan arrancó el coche y fue hasta el otro extremo del cementerio—. Ahora mira al frente. Eso que se ve entre los árboles es el almacén de Pervis. Calculo que está a unos sesenta metros.

Rachel sacó los prismáticos.

—Estoy dentro de la tienda —dijo—. No hay nadie comprando. Hay un hombre en el umbral de la puerta, encendiendo un cigarrillo.

—Un Camel —asintió Raylan—. Ése es Pervis. Los chicos tendrán que aparecer para darle a papá su parte del pastel.

—¿De qué pastel?

—Del dinero que le quitaron a Ángel.

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó Rachel, sin dejar de vigilar el almacén.

—Los de la DEA dicen que Pervis dirige el negocio, es el pez gordo. Los chicos andan por ahí colocándose y persiguiendo a las tías hasta que papá les da una orden. Ha contratado a unos mexicanos para dirigir las plantaciones. Lo controla todo desde ese almacén de mala muerte. Es el rey de la marihuana del este de Kentucky, pero los de la DEA no pueden echarle el guante.

—¿Y ahora ha entrado en el negocio del tráfico de órganos?

—No, y tampoco cree que hayan sido sus hijos —dijo Raylan—. Se negó a aceptar lo que le conté de los riñones. No paró de negar con la cabeza. Dijo que sus hijos nunca abrirían un cuerpo humano y tampoco se quedarían mirando mientras otro lo abre.

—¿Y tú te lo crees?

—Sí. No le cabe en la cabeza. Le dije: «Pero saben despiezar un ciervo, ¿verdad? ¿Limpiarlo?». Si hubiese tenido un arma me habría pegado un tiro. Fue una chorrada decirle eso.

Rachel seguía vigilando.

—Por fin viene alguien —dijo—. Parece uno de los hermanos, en un Cadillac. Va solo en el coche.

Le pasó los prismáticos a Raylan.

—Los de la DEA dicen que ese tío está con los chicos desde hace sólo un par de semanas. Es el chófer de Coover y Dickie. Se llama Cuba no sé cuántos. Tengo su foto entre mis notas —dijo Raylan mientras miraba por los prismáticos.

Rachel abrió la carpeta de Raylan.

—Cuba Franks, cuarenta y cinco años, afroamericano... —leyó Rachel—. ¡Venga ya! ¡Ese tío tiene por lo menos sesenta! ¡Mira las arrugas y las cicatrices! Detenido en cinco ocasiones y condenado dos veces. Delgado, con pinta de chulo —vio que Cuba salía del coche y abría el maletero.

—Fíjate en el pelo —dijo Raylan, pasándole los prismáticos—. ¿Has visto alguna vez a un negrata con un pelo tan liso?

—Por aquí no.

—Debe de tener un buen puñado de genes blancos, aunque no los suficientes para pasar la prueba.

—Quizá la pasó, pero le trae sin cuidado —dijo Rachel.

—Ha perdido un poco el sentido del ritmo —señaló Raylan—, pero sigue siendo un tío guay.

—Y lo sabe —dijo Rachel—. El pañuelo que lleva en la cabeza hace juego con la camisa. ¿Te has fijado en la raya de los pantalones? Tendrá que ponérselos con mucho cuidado para no cortarse.

—¿Qué crees que hará para los chicos?

—¿Además de llevarlos por ahí?

—Al poco de aparecer Cuba los chicos empiezan a robar riñones...

Rachel se quedó pensativa.

—¿Quieres saber quién trabaja para quién? —dijo Rachel.

—No quiero dejar ningún cabo suelto —contestó Raylan.

Volvió a coger los prismáticos y vio que el tío de nombre raro sacaba del maletero una caja de Budweiser y la cargaba con una mano, apoyándola contra la pierna, mientras cerraba el maletero con la otra

mano. Cuando echó a andar hacia el almacén volvió a coger la caja con las dos manos y llamó con el pie a la puerta mosquitera.

Raylan bajó los prismáticos.

—¿Qué llevará en esa caja de cerveza?

—Budweiser no parece —dijo Rachel—, por cómo la ha levantado.

—Yo diría que es la parte de papá. Vamos a esperar a Cuba en la carretera.

Eso hicieron. Fueron hasta la hoz del Buckeye y pararon el coche en la parte más estrecha del camino.

—Los Crowe tienen coche propio desde los doce años. Les gusta la velocidad —dijo Rachel.

—Así es —asintió Raylan.

—Entonces, ¿por qué ahora prefieren sentarse detrás y decirle a su chófer adónde tiene que llevarlos?

—A lo mejor es él quien les dice a ellos cosas de las que nunca han oído hablar.

—¿Cómo órganos del cuerpo humano? —preguntó Rachel—. ¿Qué quieres decir?

—Ya está aquí —dijo Raylan, al ver una nube de polvo entre los árboles. El Cadillac se detuvo a unos diez metros del Audi—. Está esperando que nos acerquemos al coche. Para vernos bien.

Rachel miró por los prismáticos.

—Ha sacado el móvil y está haciendo una llamada —dijo.

—¿A quién crees que estará llamando?

—A los hermanos. A Coover y a Dickie, quiero decir, no a los «hermanos» negros.

Se quedaron esperando en el coche hasta que Cuba bajó del Cadillac y echó a andar con parsimonia.

—Mira cómo anda —dijo Rachel.

—Se nota que es muy presumido.

—No me importaría probarlo, si no se dedicara a robar coches.

—Enciende la grabadora —dijo Raylan—. Se va a acercar por tu ventanilla.

Eso hizo Cuba, sonriendo a Rachel al inclinarse y apoyarse en la puerta.

—¿Algún problema con el coche? —preguntó.

—Señor Franks, nos gustaría hacerle unas preguntas y ver su carné de conducir —dijo Rachel. Le enseñó la estrella que llevaba colgada al cuello de una cadena.

Cuba vio la insignia, se incorporó y miró al cielo antes de volver a inclinarse en la ventanilla.

—¿Qué he hecho? ¿Por qué están encima de mí desde que empecé a trabajar?

—Somos de la policía judicial. Es la DEA quien no le deja en paz —contestó Rachel.

—Da lo mismo. Yo no he hecho nada. Sólo trabajo como chófer.

Raylan se apoyó en el volante para mirar a Cuba.

—¿Tiene licencia de chófer?

—La estoy tramitando —dijo Cuba.

—¿Mientras lleva a los chicos de la marihuana?

—Yo no sé nada de sus negocios. Si me entero de que están metidos en eso de la hierba me largo.

Cuba le dio a Rachel el carné de conducir.

—¿Cómo es que trabaja aquí y vive en Memphis? —preguntó ella.

—Allí está mi casa. Cuando puedo voy a ver a mi madre.

—Yo iría por las costillas —terció Raylan.

—Eso es verdad —dijo Cuba—. Las mejores costillas del mundo están en la parrilla de Germantown.

—La Germantown Commisary —asintió Raylan—. A mí me gustan las de Corky's.

—Me encantan las de Corky's —dijo Rachel—. La paletilla de cerdo es increíble.

—¿Tú eres de Memphis? —le preguntó Raylan.

—De Tupelo, en Misisipi —dijo ella—. Vivía en frente de Elvis, al otro lado de las vías del tren.

—¿Lo viste alguna vez? —sonrió Raylan.

—Ya se había ido cuando yo nací. Me puse a limpiar casas y una mujer blanca dijo que tenía que ir a la universidad. Me pagó los cuatro años de estudios en Ole Miss.

—Tengo entendido que las chicas de Ole Miss son las universitarias más guapas del país. Ni siquiera las de Vanderbilt las superan. Con un notable alto se libran de la prueba de aptitudes académicas.

—Perdonen —dijo Cuba—, si tienen asuntos que discutir mejor me voy.

—¿Por qué no subes al coche, Cuba, para que podamos charlar tranquilamente? —dijo Raylan.

—Mi nombre se pronuncia *Cooba*. Pero yo no he hecho nada. Estoy limpio. Ya he cumplido condena.

—¿Cooba? —dijo Raylan—. Abre la puerta y sube al coche.

Cooba obedeció y Raylan ajustó el retrovisor.

—¿Qué haces con los Crowe?

—Los llevo a donde me piden. Yo también corría en las carreras, como su padre. Medio kilómetro en pista de tierra, derrapando en las curvas. Los Crowe se tenían por buenos conductores. Les gusta la velocidad. Pero se han cagado de miedo al ver lo que es conducir de verdad. Meter la marcha atrás, pisar a fondo, tirar del freno de mano y empezar a dar vueltas.

—Oye, Cooba —dijo Raylan—, aquí en Harlan County todos los chicos saben ir a ciento ochenta en marcha atrás. Les enseñaron sus abuelos. ¿Cómo es que los Crowe te han contratado?

—Supongo que para ir sentados detrás, más cómodos.

Raylan lo miró por el retrovisor.

—¿Te contrataron ellos o los contrataste tú? ¿Necesitabas a un par de capullos para cargar peso?

—Sí, yo soy el jefe —dijo Cuba—. Los espero en el coche mientras ellos se divierten. Pongo la radio y escucho a Loretta Lynn.

—¿Y te llaman «chico»?

—Si hacen eso me largo.

—Es una buena coartada —dijo Raylan—, eso de ser su chófer. Si a ellos no los detienen a ti tampoco. Seguro que les has hecho creer que son tus socios, pero eres tú quien da las órdenes.

Cuba miró a Raylan en el retrovisor sin decir nada.

—¿Cuánto les diste por ayudarte con Ángel? ¿Por meterlo en la bañera después de que el médico le quitara los riñones?

Esta vez Cuba frunció el ceño.

—No hagas como si no supieras de qué estoy hablando —dijo Raylan—. Tú no pintabas nada allí. A menos que llevaras al médico al motel. ¿Fue así? Yo creo que el médico te contrató. Te pilló robándole el coche y te reclutó. Y tú buscaste a un par de tolais blancos y contrataste a los Crowe.

—¿Me está diciendo que tengo algo que ver en eso de quitarle los riñones a la gente para venderlos?

—Creo que eres el intermediario entre el médico y los Crowe.

—¿Quiere hablar con Coover y Dickie? ¿Preguntarles si venden riñones? —dijo Cuba—. Me encantaría verlo.

Capítulo cuatro

Coover y Dickie Crowe seguían siendo unos chavales de cuarenta años. Cuando no salían a dar una vuelta en el coche, en busca de algún coñito, se quedaban en casa de Dickie, al otro lado de la montaña, viendo porno. La casa de Coover era una pocilga y olía fatal. Dickie estaba clasificando su colección de recuerdos de Elvis Presley.

Cincuenta y siete fotografías de Elvis en el cuarto de estar, pósters en el pasillo y en la cocina; cabezones de Elvis; una pipa de agua con la cara de Elvis; un jarrón con tierra del jardín de Graceland; una foto de una formación de nubes que se parecía a Elvis, por la que Dickie había pagado cien pavos; y un par de toallas que Elvis había usado para secarse el sudor en las actuaciones, que ahora servían de reposabrazos en una butaca de La-Z-Boys.

—Creía que ibas a deshacerte de toda esta mierda de Elvis, que estabas harto de verla —dijo Coover.

—Lo haré cuando llegue el momento —dijo Dickie.

—Dásela al negro. Él podrá venderla.

—He dicho que lo haré cuando llegue el momento.

Dickie tenía un pelo lamentable. Se lo peinaba hacia atrás y se levantaba el tupé con mucha laca. Llevaba camisas blancas almidonadas, con cuellos de punta que le llegaban hasta los lóbulos de las orejas. Se había comprado una docena en Las Vegas, por un dólar la pieza.

Coover era greñudo y nunca se peinaba. Las chicas le decían que no le haría daño ducharse de vez en cuando, limpiar la casa o al menos lavar el montón de platos sucios. Decían que iba a llenársele la cocina de ratas. Y él contestaba: «Ya hay unas cuantas». Llevaba camisetas de Ed Hardy o una cazadora de «Death and Glory» con una calavera y una daga.

Nadie diría que eran hermanos. Dickie era maniático, de facciones huesudas y con cara de pocos amigos. Coover siempre estaba colocado y hacía lo que le daba la gana.

—Es la última vez que te lo digo: o te lavas o te pego un tiro en el culo cuando estés durmiendo —dijo Dickie.

—¿Y de dónde vas a sacar los huevos para hacer eso? —contestó Coover. Se hablaban así a todas horas.

—¿Has hablado con papá? —preguntó Dickie.

—Se puso a hablarme de riñones y le dije: «¿Qué estás diciendo que he hecho? ¿Te has vuelto loco?».

—Yo lo miré muy ofendido y le pregunté: «¿Tú crees que Coove y yo haríamos una cosa así? —le dijo Dickie.

—Yo le dije que si había vuelto a beber.

—No quiere ni pensar que somos capaces de rajar a alguien —dijo Dickie—, aunque no le parece mal que vendamos riñones. Me dijo: «¿Te das cuenta de que hay cientos de personas que necesitan un riñón?». Y me preguntó si sabía cuánto pagaban por ellos. Dijo que miles de dólares. Ya sabes lo que intenta decirnos, ¿verdad?

—Que no le importa que entremos en el negocio —dijo Coover—, siempre y cuando le demos su parte.

—Es imposible no querer a papá, ¿eh? —sonrió Dickie.

Coover le había dejado su coche a Cuba Franks para que le llevase a Pervis diez mil pavos, su parte de lo que le habían sacado a Ángel. Eso significaba que Dickie tuvo que ir a casa de su hermano esa mañana y sentarse en aquella cocina repugnante para hablar de las cosas que se traían entre manos, como el asunto de los riñones. A Dickie no le hacía mucha gracia.

Coover entró en la cocina desde el cuarto de estar.

—¡Me cago en todo! Las ratas han vuelto a lamer los platos sucios

—dijo, y abrió el primer cajón de una alacena vieja.

—¿Qué estás buscando?

—Mi Smith, joder.

—Quería preguntarte si te molestó meter a Ángel en la bañera —preguntó Dickie.

—¿Si me molestó?

—Por la sangre.

—No era nuestra —Coover sacó una Smith & Wesson cromada, del 44—. Tenía que coserlo y lo cosí. No quiero volver a hablar de eso.

—Tardamos demasiado. Hasta para rajarlo.

—¿Qué te dije? Si quieres rajarlo ¿por qué no traes unas tijeras? Pero ya sabes lo que pienso —dijo Coover—. En cuanto lo veamos unas cuantas veces aprenderemos a sacar un riñón. Y nos repartiremos la pasta entre los dos.

—¿Y si el tío se nos muere?

—Puede que la primera vez cortemos donde no debemos, pero seguiremos teniendo los riñones. Mantendremos con vida al cabrón, le venderemos sus propios riñones y listo.

—No vayamos a cagarla con tantas prisas —dijo Dickie.

—Míralo como aprender un oficio —contestó Coover, girando el tambor del revólver para comprobar cuántas balas tenía.

Dickie fue a abrir la puerta para que entrase un poco de aire. Se asomó un momento.

—Ya ha vuelto Cuba —dijo, al ver que el Cadillac entraba en el patio de tierra—. Eh, y viene otro coche con él.

Coover entró en la cocina con la Smith en la mano, sin asomarse a mirar.

Acababan de salir de los árboles y de entrar en el patio, Raylan detrás del Cadillac, cuando oyeron dos disparos, ese inconfundible sonido seco y

potente, y otros dos a continuación. Raylan dio un volantazo.

—¿Dónde está? —gritó Rachel.

—No nos está disparando a nosotros —dijo Raylan.

Cuba Franks se acercó con el Cadillac y salió del coche diciendo lo mismo.

—No pasa nada. Coover está limpiando la casa con su revólver de seis balas.

Raylan ya estaba en el porche y Rachel detrás de él, cubriéndole las espaldas. Cuba Franks subió los escalones con sus andares de chulo, aunque se notaba que estaba nervioso. Sin apartar la vista de Raylan, Rachel vio que Dickie salía al porche con su camisa blanca. Tenía la misma pinta que en las fotos. Oyó que le decía a Raylan:

—Yo habría jurado que tú tenías un Beamer.

Rachel se fijó en cómo estiraba los dedos a lo largo de los muslos y los acercaba luego a los bolsillos de los Levi's.

En ese momento salió Coover, con el revólver reluciente en una mano, extendida junto a la pierna, y una rata muerta en la otra mano, sujeta por la cola.

—Tanto disparar —dijo Dickie— ¿y sólo has matado una?

Coover miró a Raylan con mal gesto.

—Todavía queda otra cabrona en la cocina. ¿Quieres intentarlo tú?

—De pequeño mataba ratas —dijo Raylan—. Las echaba de las casas llenas de mierda. Lo que tienes que hacer es limpiar la cocina.

—¿De qué te conozco? —preguntó Coover, parpadeando.

—Son policías judiciales —dijo Dickie—. Él y la negra.

Coover miró a Cuba.

—Trae esas sillas de jardín... Deben de estar por ahí... Para que podamos sentarnos a charlar —y, mirando a Raylan, añadió—: Me vas a preguntar si cultivo hierba y te diré que no. Pero primero yo te preguntaré lo que me dé la gana. ¿Qué te parece?

—Sólo tengo una pregunta —dijo Raylan—. ¿Cómo os habéis

metido tu hermano y tú en el negocio de los riñones?

Rachel seguía al lado del coche, vigilando a Raylan, y éste atento al espectáculo. Vio que Raylan se fijaba en la pistola que Coover tenía pegada a la pierna. Vio que Coover balanceaba a la rata sujetándola de la cola y la lanzaba contra el capó del Audi. Rachel no se movió. Raylan tampoco; ni siquiera volvió la cabeza. Pero sí dijo:

—Coover, has tirado una rata muerta encima de mi coche. ¿Qué intentas decirme?

Rachel abrió el corchete de la pistolera que llevaba en la cadera.

—Puedes entenderlo como quieras, siempre que sepas que voy en serio —dijo Coover.

—Me estás diciendo que eres un hijo de puta —dijo Raylan mirándolo a los ojos—. ¿Sabes cuántos delincuentes me han mirado así? Si digo mil me quedo corto. Algunos se ponen tontos cuando los esposos; son demasiado lentos. Otros incluso intentan acercarse, te lo juro. Sólo quiero saber por qué le quitasteis los riñones a Ángel.

Dickie miró a Cuba.

—A él ya se lo he preguntado —dijo Raylan—. Me dijo que hablara con vosotros.

—No le sigas el rollo —dijo Cuba—. Yo le he dicho que lo único que hago con los riñones es comérmelos.

Coover volvió a parpadear, esta vez para mirar a Cuba.

—Quiero saber qué le has contado —dijo.

—¿Qué dices? —protestó Cuba—. Yo no le he dicho nada. ¿Por qué no te entra en la cabeza?

Raylan estaba viendo a un nuevo Cuba Franks.

—Cuba, te he grabado diciéndome que hablase con los Crowe —le advirtió Raylan.

—Fuiste tú el que dijo que querías hablar con ellos. Yo sólo dije que

adelante, que no iba a impedirte.

—Sé que estuviste en el motel —dijo Raylan—, pero te cuidaste mucho de que Ángel no te viera. No como estos dos memos. Sólo quiero el nombre del médico. Coover puede seguir matando ratas y tú haciendo lo que quieras, hasta mañana.

—¿Cómo te atreves a venir aquí sin una orden judicial y hablarnos así? —dijo Dickie.

—Os estoy facilitando las cosas —dijo Raylan—. Si lo prefieres puedo llevaros ante el gran jurado. O nos decís el nombre del médico o vais a la cárcel.

—¿Has oído eso, Coove? Nos está amenazando —dijo Dickie.

—Lleva un arma debajo de la chaqueta —señaló Coover.

—Y tú la llevas en la mano, no me jodas —contestó Dickie.

Raylan volvió la cabeza para mirar a Rachel.

—¿Estás oyendo a estos sujetos?

—Ya lo creo que sí —dijo Rachel.

—Si Coover levanta el arma, dispara —ordenó Raylan.

—Tendrás que apartarte —contestó ella.

Raylan se apartó.

—Yo me encargo de Dickie —dijo.

—Oye, tío —protestó Dickie, levantando las manos—. Ni siquiera voy armado.

—Ésta es mi oferta —dijo Raylan—. Dadme el nombre del médico, si no queréis que vuelva mañana con una orden judicial. A ti y a tu hermano, cuando el juez vea lo tontos que sois, quizá os caigan sólo cuarenta meses. Cuba ya ha cumplido condena, y por lo visto no ha escarmentado. A él le caerán otros doscientos, además de los cuarenta.

—¿Por qué no me dices lo que he hecho? —dijo Cuba.

—Ya lo verás en la orden judicial —contestó Raylan, y miró a Coover—: ¿Qué quiere hacer el asesino de ratas? Seguro que la hierba te está dando consejos, ¿eh? Si es que te crees lo que te dice la hierba. —Se

volvió de nuevo a Dickie—. Entonces qué, ¿nos vemos mañana?

Rachel sostenía la Glock con las dos manos, cubriendo la escena.

Raylan se acercó al Audi sin dejar de mirarla. Rachel esperó a que Raylan entrara y arrancase el motor antes de abrir la puerta.

—Te has expuesto demasiado. Sólo te ha faltado darle una patada en los huevos —dijo.

—No está en condiciones —contestó Raylan—. Está colocado. Eso le dirá a su hermano.

—¿Y si hubiera levantado el arma?

—Tú habrías disparado —dijo Raylan.

—Se escapan y se esconderán —dijo Raylan cuando salieron del patio. Hizo una pausa y añadió—: O se pondrán en contacto con el médico. Coover es un colgado crónico. Y Dickie...

—No quiere mancharse las manos —dijo Rachel.

—Es a Dickie a quien hay que vigilar. Es muy escurridizo. Cuba... ahora mismo está decidiendo si le conviene relacionarse con ese par de idiotas.

—Art querrá saber lo que estamos haciendo.

—Le diremos que los estamos siguiendo y que llamaremos si necesitamos ayuda —dijo Raylan.

—¿No vamos a pedir una orden judicial?

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Mejor que eso, pediremos a la policía estatal que los siga. Así sabremos adónde van.

—¿Crees que nos llevarán hasta el médico? —preguntó Rachel.

—¿Tú no?

—Tengo serias dudas.

—Si no lo hacen, le pediré a san Cristóbal que nos ayude a encontrarlo —dijo Raylan.

Capítulo cinco

Los Crowe seguían en el porche. Cuba había entrado a llamar por teléfono y Dickie le estaba diciendo a su hermano:

—Lo único que tenías que hacer... ¡Joder, Coover, te estoy hablando! Lo único que tenías que hacer era doblar el brazo, apretar el gatillo y pegarle un tiro en el corazón. Y a la negra lo mismo. Luego ponemos a Cuba a cavar y nadie vuelve a verlos.

Coover miró a su hermano.

—¿Qué...?

—¿Estás fumando de la hierba de papá? Eso es combustible para cohetes espaciales. Fuma sólo Bitty. Papá le puso el nombre de mamá cuando cayó enferma. ¿Te acuerdas de que la llamaba su pequeña Bitty? Era muy bueno con ella, ¿verdad?

—Menos cuando volvía borracho con ganas de juerga. Una vez mamá le echó gasolina para prenderle fuego —contestó Coover, sonriendo—. No paró de darle palizas hasta que dejó de beber. Después nunca volvió a ponerle la mano encima, que yo sepa.

Cuba salió al porche.

—Esa cocina es una cafetería de ratas, tío. Ahí encuentran todo lo que quieran comer. ¿No las oyes?

—Normalmente son silenciosas como ratones —dijo Coover—. Te doy cien pavos si cocinas una y te la comes.

—En el gueto les quemábamos el pelo que tienen en el culo —dijo Cuba—. Nunca me han gustado las ratas. Si te comes una enferma puedes coger la peste bubónica.

—Casi no tienen carne —dijo Coover—, pero puedes mordisquear los huesos. Hay que quitarles la piel, que es la parte mala.

—Mejor churruscarla —dijo Cuba, y pensó: «Estos paletos lo van a joder todo»—. Me voy a hablar con la señorita.

—Nunca me acuerdo de cómo se llama —dijo Coover—. ¿Lila?

—Leela —contestó Dickie—. Como la canción.

Ninguno de los dos idiotas se había quedado con el nombre. Cuba no les corrigió.

—Ha dicho que el siguiente lo hagamos sin hierba de por medio —dijo—. Que no le quitemos los riñones a ningún conocido. Y ahora, escuchadme bien. Los próximos trabajos serán distintos. Dejaremos al tío en la bañera y llamaremos a un hospital. Venderemos los riñones a un traficante de órganos, que buscará al mejor postor y se lo venderá al hospital. Si el enfermo no consigue el dinero que pide el traficante, se tachará su nombre de la lista.

—Seguro que Leela se lo vende al traficante por menos de lo que podría pedirle al enfermo —dijo Dickie, como si acabara de ocurrírsele.

—El traficante está para que no te expongas vendiéndolo tú —le explicó Cuba al pobre gilipollas—. Pero si quieres puedes seguir haciendo un trabajo cada noche.

—¿Ha hablado Leela alguna vez de hacérselo a una tía? —dijo Coover—. ¿De meterla desnuda en la bañera? A una que tenga las tetas grandes.

—Ya las estás viendo flotar en el agua helada con los pezones de punta —dijo Dickie.

—Le he contado que la policía ha estado aquí y que volverá mañana con una orden judicial —dijo Cuba.

—¿Nos escondemos?

—Ha dicho que nos alejemos de la ley temporalmente.

—*La ley*... —dijo Dickie, pensativo. No se llama Leela. Se llama Laley, ¿verdad?

Cuba bajó al patio para llamar desde el móvil, mirando los árboles y viendo pasar las nubes por encima de las montañas.

—¿Cómo te va? ¿Preparada para el próximo trabajo?

—No quiero que vuelvan a intervenir esos tíos. Dan más trabajo del que levantan.

—¿Quieres librarte de ellos?

—Saben quién soy.

—Todavía no se han aprendido tu nombre.

—Busca la manera de deshacerte de ellos —dijo Layla—. ¿De acuerdo?

Capítulo seis

Meses antes de asociarse con los Crowe, Cuba conoció a Layla, su Lady Dragon.

Fue en el Blue Grass Room de Keeneland, en el hipódromo de las afueras de Lexington. Su jefe, Harry Burgoyne, le dijo a Cuba:

—Ve al bar y espera allí hasta que te avise para salir a escena.

Eso significaba que el jefe y el africano tonto iban a interpretar uno de sus numeritos. Harry se acercó a las mesas de amantes de los caballos que aplaudían al ganador de la Maker's Mark Mile, un purasangre de trescientos mil dólares, de su propiedad, que acababa de ganar la carrera hacía menos de una hora.

Wizzie, la chica que estaba sentada en la barra al lado de Cuba, hija de uno de los entrenadores, terminó de tomarse su Collins.

—¿No te cabrea que ese caballo se llame Black Boy?

—Tenían que llamarlo Black Boy —contestó Cuba—. ¿Qué mejor nombre para un semental que tiene a todas las yeguas sacudiendo la cola?

La chica se rió de la respuesta y Cuba se quedó mirando a Lady Dragon, que estaba enfrente de él, con unas gafas oscuras y un impermeable de charol negro.

—Perdona, ¿puedes decirme qué hora es? —dijo Cuba, poniendo ese acento africano copiado de los taxistas de Atlanta.

Layla deslizó las gafas de sol hasta la punta de la nariz, aunque era una tarde de abril bastante nublada, y lo miró con unos ojos castaños como balas. Sonrió, y sus ojos cobraron una expresión más dulce.

—Tiene gracia lo que le has dicho a Weezie.

Cuba se fijó en la nariz y en la boca de Layla, muy bonitas. Tenía un labio inferior que daban ganas de morder.

—Aunque no lo dijiste con acento africano —observó.

Tenía razón. Se había olvidado de poner ese acento al tirarse el rollo

con Wizzie hablando del puñetero Black Boy. Podía preguntarle cómo es que reconocía el acento, pero no quería. Al final no pudo aguantarse:

—¿De África oriental o de África occidental?

—Del oeste, de Nigeria —dijo ella—. Pasé un año en Lagos trabajando con un equipo de trasplantes y luego volví a mi base, al UK Medical.

—Una vez llevé allí al señor Burgoyne —dijo Cuba—. Anda fastidiado de los riñones.

—Los riñones aún le funcionan —dijo Layla—. Es su hígado lo que necesita un descanso.

—Le gusta la priva. Cuando se toma unas copas se convierte en un ser humano —dijo Cuba—. Así que, ¿eres enfermera?

—¿Y por qué no médico?

—Porque si lo fueras no estarías tonteando conmigo.

Dijo que era enfermera de trasplantes.

—¿Te gusta toquetear los órganos de la gente? —dijo Cuba.

—Cuando puedo. Eso depende de quién sea el cirujano. Llevo tanto tiempo practicando como los médicos más veteranos, once años ya. He visto tantos trasplantes de riñón que puedo hacer la operación y cerrar la herida yo solita. Uno de los más jóvenes sólo quiere que le pase el instrumental y que me acueste con él.

—A ti te van más los mayores, ¿no?

—No has entendido lo principal. El joven sale del quirófano creyéndose Dios. Acaba de salvar la vida de un paciente y espera que yo le recompense.

—¿Y...?

—Yo le digo que estoy reventada. Que llevo doce horas trabajando, atendiendo pre y posoperatorios además de la operación. Estoy fundida. Y él no entiende que lo rechace. Tomamos café un par de veces y me dijo que lo llamase Howie. Me dice: «Venga, tengo una habitación vacía esperando. Podemos echar uno rápido o hacer otras cosas».

—¿Y tú lo complaces?

—¿Por qué no me escuchas? Yo soy capaz de hacer el mismo trabajo que el doctor Mamada, pero él gana cerca de un millón al año mientras que a mí me pagan ochenta y siete mil. ¿Eso significa que tengo que arrodillarme ante él?

Cuba tuvo que hacer un esfuerzo para prestar atención a Layla y dejar de pensar en morderle el labio inferior. Parecía cabreada, y Cuba llegó a la conclusión de que no había querido ponérsela dura a ese cirujano. Layla se interesó por Cuba y le preguntó a qué se dedicaba antes de convertirse en el chico para todo de Harry Burgoyne. Él le contó que conducía, que competía en rallyes, que traficaba con alcohol ilegal y que vendía un poco de hierba.

—¿Cuánto tiempo has pasado en la cárcel? —preguntó Layla.

Cuba la veía venir.

—Perdí unos cuantos años. ¿Quieres ver mi expediente? Intentaré conseguirte una copia. Cumplí condena por robar coches caros —dijo, convencido de que era lo que ella quería oír.

Pensó que le recordaba a esa tía del tebeo de *Terry y los piratas*. Terry, ese blanquito que nunca se despeinaba. A Cuba sólo le interesaba cuando se estaba follando a Lady Dragon.

Layla se había tranquilizado y lo miraba con aquellos ojos como balas que eran capaces de volverse dulces.

—¿Cuba? —dijo Layla.

—¿Qué?

—Estoy cansada de los hospitales. ¿Tú de qué estás cansado?

Cuba vio que Harry le hacía una señal con la mano.

—Ahora mismo lo vas a ver —dijo.

Había llegado el momento del numerito. Harry indicó a Cuba que se acercara a las mesas de los amantes de los caballos. Tenía una copa en la

mano y estaba listo para demostrar a sus amigos lo que según él era un tío simpático. Al ver que Cuba se acercaba, empezó a fruncir el ceño. Eso formaba parte del espectáculo, que Cuba apareciese con su traje negro, su camisa negra y su pajarita lavanda en contraste con el atuendo oscuro.

Harry: ¿Quién te ha dicho que lleves los colores de mis cuabras en el uniforme de chófer?

Cuba se concentró para hablar con acento africano. Si un día aparecía un africano de verdad estaba jodido.

Cuba: Su mujer, jefe —y esperó un par de compases antes de añadir—: Es su mujer quien me viste.

(Carcajadas de los amantes de los caballos.)

Harry: ¿La señora Burgoyne te ha dicho que te pongas los colores de mi equipo de carreras?

Cuba: Porque cuando salimos usted me hace correr para llevarlo al lavabo, por eso tengo que llevar sus colores.

Harry: ¿Y cuándo te he dicho yo eso?

Cuba: Nunca, jefe, pero creo que lo piensa.

Harry (al auditorio): Ya le he explicado a Cuba que llamar Black Boy al ganador de hoy no es un insulto racial.

Cuba: Sí, señor.

Harry: Diles a mis amigos qué te parece el nombre de Black Boy.

Cuba: Estoy orgulloso de que ese caballo se llame así por mí, porque gana todas las putas carreras.

(Carcajadas.)

Harry: Cuba, no hables en africano en presencia de personas educadas.

(Más risas, aunque no tantas como antes.)

Layla observaba la actuación desde la barra. Acababa de decirle a Cuba que estaba cansada de los hospitales, y estaba viendo de qué estaba

cansado él: de interpretar el papel de negro agradecido y reírle las gracias a ese gilipollas mientras recitaba su parte del guión.

Harry estaba diciendo a la concurrencia del Blue Grass que era una lástima que Tom, su chófer de toda la vida, hubiese enfermado y muerto. Tom, bendito sea, de pronto le cogió miedo al tráfico y no se atrevía a levantar el pie del freno.

—Había que armarse de paciencia para no volverse loco —dijo Harry—. Hizo una pausa para que la concurrencia pudiera reírse amablemente—. Pero ahora tengo a Cuba. Pone el pie en el acelerador y no lo levanta. Una vez le pregunté: «Oye, Cuba, ¿por casualidad no habrás sido ladrón de coches?». ¿Y qué me dijiste?

Cuba: Creo que le dije que no, jefe. Que era una de las cosas que el diablo nunca me había ordenado.

Harry le dio una palmadita en el hombro.

—Lárgate —dijo.

Los amantes de los caballos volvieron a reír y Harry se sentó a una mesa donde le hicieron sitio.

Cuba volvió a la barra levantando la mano mientras la gente aplaudía, asintiendo con la cabeza y sonriendo, hasta que Layla le ofreció su copa. Cuba se bebió el vaso de vodka de un trago sin mirar alrededor.

—¿Sabes cuántas veces he tenido que hacer de negrito agradecido?

—Lo has hecho muy bien —dijo Layla.

—Eso que ha dicho de Tom es una milonga. Me contrató a mí y despidió al viejo. Por eso enfermó y murió.

—Mientras veía tu parodia he pensado que un día de estos vas a agarrar a Harry del cuello y a estrangularlo delante de sus amigos. Creerán que es parte de la función —dijo Layla.

—Cuando lo llevo en el Rolls, a veces me imagino que tomo una curva a toda hostia para volcar. Yo salgo ileso y él la palma. Los demás coches chocan y explotan como en las pelis. Aunque en la vida real las explosiones no son para tanto. Sube al coche y al momento le entran

ganas de mear. Voy con las largas puestas y veo un trecho de carretera que empieza a subir, con un barranco muy profundo a un lado... Y le digo: «Señor Burgoyne, vaya sacando la polla que ya casi hemos llegado».

Layla lo miró con dulzura.

—Ceo que me estoy enamorando de ti —dijo.

—Ponme a prueba; no le hará daño a nadie —contestó Cuba.

Layla sacó un paquete de cigarrillos y un mechero del bolsillo del impermeable —que parecía muy caro— y Cuba esperó a que lo encendiera.

—Aquí no se puede fumar —señaló.

—Sólo si te pillan —contestó ella.

—¿Te gusta montar escenas?

—Si dicen algo, doy una última calada y lo apago —se acercó a Cuba—: Quería contarte una cosa de los riñones de Harry...

—¿De cuándo lo llevé al hospital?

—Va por allí un par de veces al año.

—Tiene que mear cada veinte o treinta minutos. Hay que cronometrarlo.

—Eso es la próstata. Los riñones no los tiene tan mal. Tiene un pinzamiento lumbar.

—Sí, le está jodiendo el sacroilíaco —dijo Cuba—. Yo también lo tuve. Me pasé varios días en la cama hasta que me vio un quiropráctico.

—Harry nos ha pedido que tengamos preparados a los donantes compatibles con su tipo sanguíneo.

—Yo creía que para conseguir un riñón había que ponerse en lista de espera.

—Harry dona un millón al año al hospital. Al donante le dan cien mil pavos en mano.

—Pues si tanto quiere un riñón que se lo den.

—O que se lo quiten y se lo vuelvan a poner —dijo Layla.

—Saldrá del hospital como nuevo —sonrió Cuba.

—Eso mismo pienso yo —dijo ella, justo cuando Harry se levantó de la mesa.

Cuba la oyó, pero siguió mirando a su jefe, que estaba dando la mano a sus amigos.

—Espero verte muy pronto, ahora que somos amantes —dijo.

—¿Qué tal esta noche? —preguntó Layla.

Sin vacilación.

—Podría ser tarde, termino molido después de llevarlo de un lado a otro.

—Ven a cualquier hora. Si me he acostado dejaré una luz encendida.

—Dime adónde tengo que ir —asintió Cuba.

Layla deslizó una servilleta doblada por encima de la barra.

—Ahí está todo, con una llave para que puedas entrar —dijo.

A Cuba le gustaban lo dulces que se volvían los ojos de Layla cuando lo miraba. Era una mujer fría y de malas costumbres. De la mejor especie.

—¿Por qué no le quitas los riñones al doctor Mamada? —dijo Cuba —. No, no puede ser. Es demasiado cercano. Y me temo que Harry también.

—Se me ha ocurrido una idea para hacérselo a Harry —contestó Layla.

—¿Estás revelando tus intenciones a un amante?

—En cuanto oí tu acento africano supe que eras mi hombre.

Capítulo siete

—Te quedas sin gasolina —dijo Art Mullen—. Vas camino de Lexington y te quedas sin gasolina. Eso después de azuzar a la policía estatal para que busquen a los Crowe.

Estaban en el despacho de Harlan, Art de pie y Raylan sentado, atrapado en la silla.

—¿Qué te hizo pensar que irían a Lexington? —preguntó Art.

—Irían a donde estuviera el médico.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es allí donde hacen los trasplantes.

—Pero ¿por qué fueron corriendo a ver al médico?

—Porque él es quien dirige la función y les dice lo que tienen que hacer.

—Y tú pensaste todo eso y decidiste no pedir una orden judicial. Pero no se te ocurrió comprobar si necesitabas gasolina.

—Creía que me quedaban por lo menos cuatro litros.

—¿Sabes que Rachel no quería ir a Lexington?

—Que yo recuerde no dijo por qué.

—Porque te encomendaste a san Cristóbal para encontrar al médico, y san Cristóbal no existe ni ha existido nunca. Alguien se lo inventó.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Raylan.

—Sí. Por eso nunca le he pedido que me ayude a encontrar a nadie. ¿Dices que san Cristóbal te dijo que fueras a Lexington?

—Se me ocurrió que podía ser buena idea, mientras no tuviera nada más concreto. ¿No sabes que allí hay un hospital de trasplantes famoso en el mundo entero? El UK Medical. Se pasan el día trasplantando riñones, a ciento cincuenta kilómetros de donde se los quitaron a Ángel.

—¿Y te dejaste guiar por eso?

—Tuve un presentimiento. ¿Tú no los tienes?

—¿Cuántos presentimientos han servido de algo? —contestó Art.

—Vale, sabemos que los Crowe están implicados. Los cogemos, hablamos con ellos y les ofrecemos un trato a cambio de que digan quién es el médico.

—Si trabaja en el hospital lo encontraremos allí cuando queramos ir a buscarlo. Tenemos que ocuparnos de otro asunto, de una asamblea en Harlan County. Han dado permiso para explotar la cima de la montaña.

—La volarán para extraer el carbón —dijo Raylan— y el polvo caerá encima de la gente que vive debajo. Si yo fuera minero les diría a los dueños: «¿Es que no ganáis suficiente? ¿De verdad tenéis que volar montañas?».

—Puedes decírselo si quieres —dijo Art—. Vendrán dentro de una semana, cuando Carol Conlan vuelva de las Bahamas.

—¿Estás de coña? ¿Una mujer?

—Es la abogada de M-T Mining. Tienen la sede central en Lexington.

—¿Y está preparada para enfrentarse a la gente de Harlan? —dijo Raylan.

—Cuando esa mujer dice que quiere algo, todo el mundo se lleva la mano al sombrero y contesta: Sí, señora.

—Y mientras espero, ¿podría asustar un poco a los Crowe?

—Sólo si los traes aquí. Si los matas nunca sabrás quién es el médico.

Estaban en la habitación del motel de Layla, en Corbin. Layla ya había hecho las maletas para regresar al UK Medical, tras dos semanas de vacaciones. Cuba quería hablar con ella en persona.

—Me has dicho que me libre de los Crowe —dijo Cuba—. ¿Quieres que los liquide?

Estaban sentados a la mesa, tomando un café con coñac que Cuba

había subido de la cafetería.

—Primero tendrías que preguntarme si alguna vez he matado a alguien porque pensaba que iba a quitarme algo, como mi coche o la vida. No es lo mismo que pedirme que me los cargue sin más. ¿Entiendes lo que quiero decir? Te metes en una pandilla y te piden que vayas a cepillarte a uno de otra pandilla. Para demostrar que tienes cojones. Esos chicos se pasan la vida haciendo lo mismo, hasta que alguien se los carga a ellos. Yo nunca he estado en una pandilla. Evito el derramamiento de sangre si no es imprescindible para seguir con vida. La única vez que usé un arma... tengo una Sig de nueve milímetros... fue porque dos capullos intentaron quitarme el Mercedes que yo acababa de robar. Eran un par de negros colgados de crack. Llegaron con unos bates de béisbol y me dijeron que si no salía del coche lo destrozaban. Tendría que haberme quedado sentado. Después caí en la cuenta de que no robarían un coche con las ventanillas rotas. Pero pensé que tenía que defenderme. Saqué la Sig y les pegué un tiro a esos hijos de puta. Los dejé tirados en la calle.

—Me lo imagino —dijo Layla, sin inmutarse—. ¿Los diste por muertos? —Se inclinó sobre la mesa para acariciar la mano de Cuba—. Pero si no te libras de los Crowe nos delatarán. Cuando se empieza un negocio siempre surgen imprevistos. Si los cogen nos entregarán. Lo sabes.

—Supongo que sí. Pero nunca me he cargado a un tío con el que he hecho negocios. Nunca me he metido en nada si no estaba seguro de que valía la pena.

—Esto es como aprender una técnica nueva —dijo Layla—. Sólo hay que cogerle el tranquillo. La primera semana hicimos dos trabajos sin contratiempos. Cuatro riñones a diez mil la pieza. Estoy contenta de haber encontrado un buen bróker. Podemos negociar con algunos del hospital, pero cuando se trabaja por cuenta propia hay que saber a quién dirigirse. Si hacemos un trabajo a la semana durante un año, extirpando los dos riñones, ¿sabes cuánto ganaríamos? Un millón de pavos. Y

mientras tanto el doctor Mamada tendrá que partirse el culo cinco días a la semana.

—Me gusta tu idea de ponernos máscaras —dijo Cuba—. Tiene un toque teatral. El tío llega al motel cansado, después de pasarse todo el día conduciendo. Se encuentra con esas caras y...

—Eran perfectas —dijo Layla.

—El pobre cabrón no entiende qué está pasando. Sonríe cuando le doy la mano. Tú le clavabas la aguja y yo lo sujeto antes de que se caiga redondo.

—Nos empezamos a reír —dijo Layla—. Supongo que de alivio. ¿Te acuerdas?

—Fue divertido —asintió Cuba—. Nos reímos con las máscaras puestas porque era divertido. Siempre he pensado que si uno no se lo pasa bien delinquiendo más vale dedicarse a otra cosa.

Layla sonrió.

—Si hubiera sabido que Ángel conocía a los hermanos...

—Ya te dije que los conocía. Tú sólo estabas pensando en vender los riñones el mismo día por cien mil pavos. Quizá podríamos hacerlo así con Harry. Veo que sigues dando vueltas a ese asunto —dijo Cuba.

—Sí. He estado pensando. Sabemos que Harry puede pagar lo que pidamos. ¿Qué tal medio millón por el par?

—Suenan bastante bien.

—Pero ¿cómo se los quitamos sin exponernos? —dijo Layla.

—Yo he pensado que podríamos quitarles los riñones a los Crowe.

—No es mala idea. Esos chicos tendrán que valer para algo.

—Les quitamos los riñones y nos olvidamos de llamar al hospital —dijo Cuba.

—Y nos libramos del problema. Dejar morir a una persona no es lo mismo que matarla. ¿O sí?

—Claro que no. Son dos cosas distintas.

—A mí me vale cualquiera de las dos —contestó Layla.

Raylan tuvo que esperar mientras Art hablaba por teléfono con Lexington, eso parecía. Art se mostraba muy respetuoso con su interlocutor. «Sí, señor, ya estamos en ello. Ahora mismo acabo de discutir la situación con Raylan... Raylan Givens... No, señor, está haciendo su trabajo. Muy bien, se lo diré.» Colgó el teléfono y miró a Raylan desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué quieres hacer?

—Buscar a los Crowe. ¿Qué te han preguntado?

—Si habías matado a alguien esta semana. —Art cogió una foto de la mesa y se la pasó a Raylan—. Tenemos una orden de detención contra Bob Valdez. Es el jefe de seguridad de Pervis Crowe, aunque en realidad trabaja para la mafia mexicana.

—Así se hacen llamar. Pervis los llama la Taco Mafia —dijo Raylan—. ¿Por qué les permitimos cultivar hierba aquí, en Estados Unidos?

—No lo sé —dijo Art—. ¿Por qué lo hacen bien?

Raylan examinó la fotografía en color de un hombre llamado Ed McCready, un minero despedido.

—McCready tenía una plantación de marihuana detrás de su casa —dijo Art—. Bob Valdez le pegó un tiro en la pierna... ¿Te lo imaginas con una toalla en el muslo para contener la hemorragia? ... El otro le puso un cepo en el pie. Ed consiguió quitárselo, pero ya ves cómo tiene el pie.

—¿Quién hizo las fotos?

—Su hija Loretta, de catorce años. Sigue yendo al colegio y se ocupa de la casa desde que murió su madre, hace cuatro años. —Art le pasó a Raylan varias fotos más—. Ése es Ed, mientras estaban esperando al médico. El médico no llegó a tiempo. Estaba atendiendo un parto. Loretta sabe conducir, aunque no tiene carné. Llevó a su padre a la ciudad.

—Conocí a Loretta en la tienda de Pervis. Se estaba tomando una cola RC. Me preguntó si me parecería un descarado preguntarme cómo me

gano la vida. Esa chica tendrá problemas con los chicos. Le va a costar encontrar uno que esté a su altura.

—Manda a un par de polis a que interroguen a Bob y que le tomen declaración —dijo Art.

—Si Loretta dice que Bob disparó contra su padre y tiene fotos del incidente... ¿Por qué no lo detenemos? Que declare Loretta en vez de Bob. Es una chica muy lista.

—Haz lo que te digo. Hemos sabido que dos jóvenes, los dos representantes de comercio, se han despertado en un hospital sin riñones. Uno en Lexington y el otro en Richmond, con dos días de diferencia, una semana antes de que le hicieran lo mismo a Ángel.

—Creo que lo vi en las noticias —dijo Raylan—, pero no lo relacioné con ningún caso hasta que encontramos a Ángel en la bañera. Al principio no me di cuenta de que le habían quitado los riñones. Fuiste tú quien me lo dijo. No, me lo dijo Rachel. A su madre le hicieron un trasplante. Entonces se me ocurrió que quizá los Crowe también habían intervenido en los otros dos casos, aunque las dos veces fue un médico quien cerró las incisiones. El que le puso las grapas a Ángel hizo una chapuza. Creo que fueron los Crowe, Coover concretamente. ¿Por qué no lo hizo el médico? Quizá estaba harto de los hermanos y quería largarse cuanto antes.

—¿De dónde te sacas eso? —dijo Art.

—Es lo que yo habría hecho, conociendo a ese par de capullos. El médico está trabajando bajo presión en la habitación de un motel, se harta de ellos y les deja que cierren la incisión. Lo que no entiendo es por qué los habrá contratado.

—Para cargar con los cuerpos —dijo Art.

—Para eso tiene a Cuba Frank.

—Lo que sabemos con seguridad es que no eran los Crowe los que llevaban las máscaras. Las dos víctimas dijeron que eran un hombre y una mujer.

—El presidente Obama y su mujer divirtiéndose un rato —dijo Raylan—. Se ganan veinte mil pavos cada vez que se ponen la careta. ¿Te imaginas que abres la puerta y te encuentras con los Obama? ¿Quién hará el papel de Michelle?

—Quizá el doctor se llevó a una enfermera...

—¿Quién? ¿Cuba Franks?

Art negó con la cabeza.

—Lo que no entiendo... —dijo. Y concluyó—: Michelle Obama es el médico.

—No puede ser nadie más —asintió Raylan—. ¿No tenemos grabadas las declaraciones de las víctimas?

—¿Te parecen creíbles?

—A mí me suena bien. Michelle Obama entra en la habitación y le planta al tío un beso en la boca.

—Los dos dijeron más o menos lo mismo. Que se acercó mucho... —dijo Raylan— ...Y se levantó la máscara para darle un beso. Lo último que recuerda es que se puso cachondo. Y mientras ella le quita los riñones él sueña que está morreando a la primera dama.

—¿Será negra? —dijo Art.

Raylan negó con la cabeza.

—Los dos dijeron que era blanca.

Art se había preguntado un par de veces si el médico sería una mujer. Raylan se había hecho la misma pregunta, pero no se imaginaba a una mujer robando riñones en un motel. Ni siquiera a una mujer muy cabreada porque le hubieran retirado la licencia.

—Estoy deseando conocerla —dijo Raylan.

—Primero ocúpate de Bob Valdez. Son órdenes de arriba. Luego quiero que traigas a los Crowe mientras yo consigo la orden judicial.

—Eso si das con un buen juez.

—Tengo mis recursos —dijo Art—. «Señoría, sólo espero que un agente de la ley no sea abatido en el cumplimiento de su deber por un par de colgados mientras se dicta la orden judicial.»

—Y te pondrá una multa por pasarte de listo.

—Si no encuentras a los Crowe, ve a ver a Pervis —dijo Art—. Esta tarde a última hora, cuando no haya clientes. Puedes amenazarlo con quemar sus plantaciones si sus hijos no aparecen.

Raylan se estaba pellizcando un callo que tenía en la palma de la mano con la que empuñaba la pistola. Dejó de pellizcarse y levantó la cabeza para mirar a su jefe con expresión de asombro.

—Seguro que están allí, en casa de Pervis.

—Los has amenazado y se han ido corriendo a casa de papá —dijo Art.

—No sé por qué no se me ha ocurrido antes.

—Si se te hubiera ocurrido no te habrías quedado sin gasolina.

Capítulo ocho

«El carbón ilumina tu casa.»

Raylan leyó los carteles con los que la empresa minera restregaba sus beneficios. ¿Quiere carbón para calentar su vivienda? Tendrá que aceptar la explotación en superficie y aguantar las molestias. El coche aparcado en el patio cubierto por una capa de hollín. Siguió los carteles colgados en graneros y vallas publicitarias hasta que vio uno que recordaba que «En Cristo está la salvación», y un kilómetro más adelante llegó a casa de Ed McCready.

McCready estaba en la cama, incorporado sobre una almohada. Le habían limpiado y cauterizado la herida de bala. Retiró la sábana de franela para enseñarle a Raylan el muslo vendado de arriba abajo.

—Me entró en la pierna, salió por abajo y atravesó el suelo del porche —explicó Ed.

—Y está seguro de que fue Bob Valdez —dijo Raylan.

—No, fue un sudaca —dijo Loretta—. Llegó en una scooter y le pegó un tiro. Pues claro que fue Bob, ¿quién iba a ser?

—Recuerdo que te vi en el almacén, tomando una cola RC —dijo Raylan.

—Yo también me acuerdo de usted, no se preocupe. Bob llegó y le pegó un tiro a mi padre con un 44. En cuanto encuentre la bala debajo del porche y le enseñe el cepo que le pusieron... Papá, enseñale el pie a Raylan.

—Ya lo está viendo.

Hinchado y amoratado, con una pinta espantosa.

—Bob le pegó un tiro porque teníamos hierba entre los tomates. «Si te atreves a seguir cultivando —dijo Loretta, imitando el acento de Bob

—, te meteré en un barril de alquitrán caliente y te prenderé fuego.» Ha amenazado con matar a mi padre.

Raylan se volvió a Ed.

—¿Y el cepo se lo puso antes o después de disparar?

—Después —dijo Ed—. Cuando estaba sangrando. El otro me quitó la zapatilla. Estaba sentado en el porche, con mis zapatillas de andar por casa.

—Bob llamó por teléfono —dijo Loretta— y me dijo que avisara a mi padre de que «Valdez viene para acá». ¿Ha oído usted cosa igual alguna vez?

—Creo que sí —dijo Raylan—. Tus fotos son de premio.

—Las hice con el móvil —dijo Loretta. Y se sacó el teléfono del bolsillo de los vaqueros para enseñárselo a Raylan. Tengo otras fotos de Bob, de cuando viene con su scooter. Me tiró del cuello de la camiseta y se asomó a mirar. Prefiero no contarle lo que dijo.

—¿Te ha tocado alguna vez tus partes íntimas? —preguntó Raylan.

—Ese panchito le ha pegado un tiro a mi padre, ¿y usted quiere saber si me ha metido mano?

—¿Me dejas que te de un consejo?

—¿Que no los llame panchitos?

—Que cuando empieces a ir en serio con los chicos...

—¿Está de coña? Ya voy en serio.

—Sólo espero que tengas paciencia con ellos —dijo Raylan.

Observó el campamento desde un montículo y vio entre los árboles una franja de patio y el granero donde los recolectores mexicanos dormían en sus hamacas. Unos cuantos estaban comiendo en las dos mesas de pícnic colocadas en la puerta del granero. Bob Valdez ocupaba el extremo de la mesa más alejado del hornillo. Raylan escudriñó a Bob con los prismáticos: el sombrero calado hasta las cejas y una mano en el trasero

de la chica que le estaba sirviendo el arroz con frijoles. Dirigió los prismáticos hacia unos edificios pintados de blanco cerca de los prados. Los establos de las vacas.

En el interior, también blanco, Pervis tenía su cultivo hidropónico, perfectamente atendido para conservar el grado exacto de temperatura, ventilación y nutrientes en el agua, iluminado con focos de cuatrocientos vatios que se dejaban encendidos las veinticuatro horas mientras las plantas germinaban y doce horas durante el período de crecimiento. Esas cien plantas, una vez cosechadas, producían alrededor de 300 gramos de marihuana de la máxima calidad. Pervis sacaba una cosecha cada tres o cuatro meses y se embolsaba unos cincuenta mil dólares.

Raylan se preguntó si esa hierba era de la que te hacía reír por cualquier cosa.

No sabía si Bob había molestado a Loretta, pero le había pegado un tiro a McCready cuando estaba sentado en zapatillas delante de su hija, y ella había hecho fotos con el móvil. Raylan podía enseñárselas a Bob en caso necesario. No en ese momento, porque estaba comiendo con la cuadrilla, pero sí más tarde, cerca de los establos. Le habían dicho que Pervis había puesto allí carteles de advertencia: AUTORIZADO POR LA LEGISLACIÓN FEDERAL. PROHIBIDO EL PASO. Así evitaba Pervis que le robaran o lo detuvieran. O amenazaba con la ley o se liaba a tiro limpio.

Decidió bajar hasta el patio en el Audi... Pero ¿de verdad quería enfrentarse con Bob delante de todos? ¿Darle la oportunidad de hacerse el fanfarrón delante de la cuadrilla? Se imaginó que Bob actuaría para su público: «¿Qué me estás diciendo? ¿Qué le he pegado un tiro a un viejo porque me daba miedo?».

Avanzó por un camino de curvas muy cerradas hasta que entró en una explanada, torció hacia el granero y las mesas —todos los que estaban comiendo se quedaron mirándolo—, saludó a Bob Valdez con la mano y siguió hasta los prados, donde los establos blancos se alzaban

bajo el sol.

Boyd llegó en una furgoneta, acompañado de otro hombre, y aparcó al lado del Audi.

Raylan estaba a unos veinte metros del coche, de espaldas al prado, cuando los dos bajaron de la furgoneta y echaron a andar hacia él: Bob Valdez con el 44 apuntando al suelo; el otro, también mexicano, con un sombrero de paja y una doce milímetros debajo del brazo, como si fuera a matar pájaros, tranquilamente, a un paso por detrás de Bob. Parecía cansado. O estaba fumado.

A unos trece metros de Raylan, Bob se detuvo y sonrió.

—Yo no he sido. Sea lo que sea lo que estás pensando —dijo.

—Tengo fotos tuyas disparando contra Ed McCready. —Raylan miró al otro hombre fijamente y añadió—: Y tuyas, poniéndole un cepo de mapaches a Ed en el pie. Loretta hizo las fotos con el móvil. ¿Lo sabíais? Me bastan para esposaros y llevaros conmigo.

—¿Sí...? —dijo Bob—. ¿Y por qué no lo haces?

—Estoy ocupado. Tengo otras cosas que hacer.

—Ah —dijo Bob—. ¿Más importantes que yo?

—Sólo he venido a deciros que replantéis la parcela de Ed y le deis quinientos dólares por haberle pegado un tiro en la pierna y haberle destrozado el pie, para que no tenga que vender a Loretta a los traficantes de esclavos. Y no quiero que te acerques a ella. Si cumples el trato, estamos en paz. Si no lo cumples, te enchirono.

—¡No me jodas! —dijo Bob. Parecía sorprendido—. Somos dos. ¿Llevas un arma en alguna parte?

—Si desenfundo te meteré una bala en el corazón antes de que puedas subir la mano. A tu amigo lo dejaré tranquilo hasta que se espabile. ¿Para qué lo has traído? —Bob miró al tío que lo acompañaba—. Está colocado —dijo Raylan—. Dime que vas a pagar a Ed y volveré a mi trabajo. Estoy buscando a una mujer que roba riñones y luego los vende.

—¿Sí? He oído hablar de eso. ¿Cuánto se saca por un riñón?

—El precio de salida ronda los diez mil.

—Yo no podría hacer eso, tío —dijo Bob. Negó con la cabeza y se caló el sombrero—. ¡Rajar un cuerpo!

—Yo tampoco —asintió Raylan—. ¿Qué clase de persona haría una cosa así?

Bob se encogió de hombros, quizá pensando que él sería capaz.

—Tú has podido pegarle un tiro a un hombre y destrozarle su plantación, Bob. Ese tío tiene que ganarse la vida.

Capítulo nueve

Cuba estaba buscando el modo de deshacerse de los Crowe sin que su padre se le echara encima. El problema es que se habían instalado en su casa, eso creía Cuba, con la esperanza de que papá los protegería y los libraría de la cárcel. Si no fueran sus hijos, Pervis ya les habría prendido fuego. Cuando Cuba los hubiera liquidado, el viejo quizá le daría las gracias por haberle quitado esa carga de encima, aunque entornaría los ojos y juraría encontrar a quien había hecho eso. Cuba pensó que podría consolarlo diciéndole: «Al menos no están en la cárcel enculados por los negros».

Mejor esperar.

¿O cargarse primero al padre para no tener que preocuparse por él?

Tuvo que parar tres veces en las escaleras de casa de Pervis para descansar las piernas. Pasó primero por la tienda, pensando que el viejo aún estaría allí, y la encontró cerrada. Había decidido cargarse a los tres Crowe. El orden le daba lo mismo, aunque esperaba que el padre fuese el primero. Una vez muerto el viejo, lo demás no importaba.

Pero ¿qué haría con Rita, la criada de Pervis? Cuba no la había visto nunca, aunque había oído decir que estaba buenísima. ¿La liquidaba también a ella? Llegó a la casa y olió a hierba en cuanto puso un pie en el porche.

Vio a Dickie y a Coover sentados en el sofá. Le extrañó que los demás asientos de la sala de estar estuviesen vacíos. Los dos hermanos estaban compartiendo una pipa de agua: ponían la hierba, tapaban el agujero con un dedo y aspiraban con fuerza. Coover levantó la vista, vio a Cuba en la puerta mosquitera y le indicó que entrase.

Parecían muy ciegos y sonrieron a Cuba como si se alegraran de

verlo. El aire estaba lleno de humo dulce.

—¡Menuda fiesta, tíos! ¿Y papá? ¿Está en casa o ha salido?

—Arriba, dándose un baño —dijo Dickie, levantando la pipa—.

¿Quieres una calada?

—Cuando termine mi trabajo. ¿Y Rita, enjabonando al viejo?

—Creo que hoy no les toca —dijo Dickie—. Está en la cocina, preparando algo rico.

—¿Tenéis antojo de dulce?

—Una tarta de fresa —dijo Dickie.

—¿Qué tal es Rita? ¿Es dulce?

—Coover intentó tirársela una vez...

—Hace años —dijo Coover.

—Papá le dio una paliza con un palo, uno verde que es como un látigo.

—Duele de la hostia —dijo Coover.

—Para dejar bien claro que es la chica de papá —dijo Cuba—.

¿Cuánto hace que está aquí?

—Unos tres años —dijo Dickie, con voz de colgado, aguantando la respiración.

—¿Tanto? ¿Y por qué no se larga?

—El viejo le paga una pasta por echarle un polvo —dijo Coover.

—Coove ha estado buscando el botín, pero Rita lo tiene muy bien escondido.

—¿Lo ha escondido en la casa? ¿Cuánto le paga?

—Cien al día —dijo Dickie.

—¡Joder! ¿Y no lo encontráis? —preguntó Cuba. Pensó en asomarse a la cocina para echar un vistazo a la tal Rita, pero dijo—: ¿Qué tal os va aquí escondidos?

—Nadie nos está buscando —dijo Dickie.

—Vuestro padre tiene amigos —asintió Cuba.

—O ese poli no ha conseguido la orden judicial.

—A eso me refiero. Es bueno tener amigos que te hagan favores —dijo Cuba.

Y pensó que ya estaba bien de charla social.

Buscó con las manos por debajo de la chaqueta de algodón para sacar la Sig Sauer de 9 milímetros que llevaba en la espalda, mientras los dos tarados lo miraban con cara de lelos.

—¿Qué te trae por aquí, tronco? —dijo Coover.

Cuba apuntó con la Sig desde el centro de la habitación y les metió una bala en el pecho. Primero a Coover: bang, y reventó la pipa que tenía en la mano. Luego a Dickie: bang, que gritó algo parecido a «¡No!». Esperó a que el ruido de los disparos se apagara y aguzó el oído. Se acercó a los hermanos despatarrados en el sofá, volvió a la puerta, abrió la mosquitera y cerró de un portazo. Centró entonces la atención en las escaleras, pensando que el viejo quizá se había asomado a una ventana para ver quién salía.

Uy, uy. Estaba bajando en pelotas, apuntando con un revolver muy grande, lo menos del 44. Tenía una buena panza, aunque por lo demás era todo costillas, piernas flacas y blancas y una calva reluciente. Era la primera vez que Cuba veía a Pervis sin su postizo.

—¿Qué pasa, viejo? —dijo. Le obligó a mirarlo y disparó. A Pervis se le cayó el arma de las manos cuando intentó sujetarse a la barandilla y rodó nueve escalones hasta que aterrizó en el suelo. Cuba esperó a ver si el cuerpo desnudo se movía. Había caído de bruces y estaba encharcando la alfombra de sangre, con el brazo izquierdo retorcido de una forma muy rara, como si se lo hubiese roto. Esperó unos momentos, volvió al pasillo que llevaba a la cocina y llamó—: ¿Rita...? —Volvió a esperar y dijo: —¿Dónde estás, chica?

Rita salió de la cocina secándose las manos con un trapo. Miró a los hermanos tirados en el sofá y se paró al lado del viejo. Cuba se fijó en el

trасero que se adivinaba bajo la enagua blanca sobre la piel negra. Tenía el culito cachondo de las negras delgadas que arquean la espalda para enseñarlo bien. La vio agacharse para cubrir el rostro del viejo con el trapo de cocina y pensó que era el momento de pegarle un tiro y acabar cuanto antes. Pero tenía ganas de decir algo.

—Me parece que se ha roto el brazo —dijo.

—¿Nada más? —contestó Rita—. Yo habría jurado que te has cargado al míster y a los chicos. A todos. Eso está muy bien. No entiendo por qué has matado al viejo, a menos que alguien te haya pagado un montón de pasta. ¿No podías conformarte con los chicos? Deja de apuntarme con ese chisme. Apártalo. Yo no te conozco y tú no me conoces, ¿vale?

—¿Cómo sé que no vas a llamar a la policía? —dijo Cuba. Y se sintió idiota por hacer esa pregunta. Como el personaje serio de una pareja de cómicos.

—¿Qué tal si llamo y digo que quiero denunciar un par de homicidios? Me preguntarán quien soy. Les diré que soy la que está sacando droga de las farmacias con las recetas que me hace un médico a cambio de mi coñito. Les diré que miren mi foto, que la tienen en la pared. Verás, guapo, el míster fue mi salvador, pero está muerto y estamos en paz.

—¿Tenías que acostarte con él?

—Sólo una vez a la semana, cuando se le levantaba. Gruñía como si intentara sacar el coche de un barrizal.

—Pero valía la pena —dijo Cuba—. Tengo entendido que te daba cien pavos al día, con polvo o sin polvo. Desde hace tres años. ¿Cuánto es eso?

—Aunque me revientes la mano con la puerta del coche, no te diré dónde lo he escondido. Tendrás que matarme y entonces no sabrás dónde tengo el dinero. Si me lo quitas, me importará un carajo lo que hagas.

—Oye, somos amigos, confiamos el uno en el otro. La verdad es que

tengo un rollo con una tía que mola, pero reconozco que tú me tientes.

—¿Es tu novia?

—Estamos juntos.

—Es blanca, ¿eh? ¿Eres de los que se cree especial por follar con una blanca?

—Me la mama —dijo Cuba. Y se echaron a reír los dos—. Es una tía guay.

—¿Tiene pasta?

—En eso estamos. En ganar pasta.

—¿Con drogas?

—Riñones —dijo Cuba, para que se callara.

Pero Rita no se calló.

—Genial —dijo, seria, pensativa—. ¿Les quitáis los riñones y los dejáis morir?

—Se los vendemos al día siguiente.

—¡Cómo mola! ¿Por cuánto?

—Tengo que irme —dijo Cuba—. Lo más lejos posible. Y tú deberías hacer lo mismo si dices que te están buscando.

—No sé —dijo Rita—. Ya se me ocurrirá algo. Mándame una postal y me cuentas cómo te va, ¿vale?

Le dio un beso que no estuvo nada mal. Sabía besar.

Rita cerró la puerta por dentro cuando Cuba se marchó, se acercó corriendo al míster, pegó su cara a la de él y oyó su respiración. Estaba segura. Bicho malo nunca muere.

—No te muevas, cielo —le dijo—. Voy a llevarte al hospital.

El hospital de Knox County avisó a la policía estatal y ésta se ocupó del caso de Pervis. Se puso en contacto con la policía judicial para comunicar a Raylan que los tíos a los que estaba buscando habían sido víctimas de un homicidio. Raylan visitó el lugar del crimen y vio a Coover y a Dickie

mueritos en el sofá, además de la alfombra ensangrentada donde había caído Pervis. En el hospital le dijeron que una chica negra había llevado a Pervis y se había esfumado. No sabían quién era, y Pervis se negaba a identificar tanto a la chica como al hombre que quiso matarlo.

—Me dio por muerto —le contó a Raylan, que estaba sentado junto a su cama—. La bala me fracturó una costilla y me fastidió algo por dentro. —Levantó el brazo escayolado y dijo—: Me lo rompí al caer por las escaleras.

—¿Por qué no vemos lo que puedo hacer mientras usted siga en cama? —dijo Raylan—. Fue Cuba Franks, ¿verdad? Se cansó de utilizar a sus hijos, y a usted le pegó un tiro porque dio la casualidad de que estaba allí. Pero Rita lo trajo al hospital. ¿Por qué se ha ido?

—¿Por qué me da la chapa si ya lo sabe todo? —dijo Pervis.

—¿Se acuerda de que le dije que estaban quitando riñones a gente viva?

Pervis no respondió.

—Es usted un viejo muy cabezota, aunque comprendo sus sentimientos. Pero no quiero que termine en la cárcel por cepillarse a Cuba.

—Es el momento de hacer algo por mis hijos —dijo Pervis.

—Ha matado a los Crowe —le dijo Raylan a Art Mullen, en el despacho de éste— mientras se fumaban una pipa de agua. Coover tenía la pipa en la mano, el cristal se hizo añicos y se mojó la camisa.

—¿Te fijaste en eso? —preguntó Art.

—Tenía la sangre rosa. ¿A qué te recuerda eso?

—A la bañera de Ángel —dijo Art—. Tres extirpaciones en las últimas semanas.

—Pero sólo a Ángel le ofrecieron comprar los riñones. Le dije que le rezara a san Cristóbal si quería recuperarlos. Y ha dado resultado.

—¿Me estás diciendo que san Cristóbal ha jodido a Dickie y a Coover para que Ángel no tuviera que pagar por sus riñones?

—Más o menos.

—Estamos buscando a Cuba Franks. Sabemos lo que ha estado haciendo desde que cumplió condena. Hace un año trabajó de chófer para un rico que tiene caballos. Cuba Franks dice que es de Nigeria. Dejó el trabajo a los nueve meses.

—¿No ganaba suficiente?

—Se hartó de poner acento africano. Eso dijo la señora Burgoyne. Y Harry Burgoyne dijo: «Todos hacen lo mismo. Te dejan plantado. Al único afroamericano que le pondría buena nota es al pobre Tom. Se murió en mis brazos».

—Yo sé por qué Cuba dejó el trabajo —dijo Raylan.

—Nuestra gente sigue buscándolo por los alrededores. En nueve meses tuvo tiempo de integrarse.

—Tiene amigos en la zona. ¿No creerás que...?

—¿Qué tiene un amigo médico en el centro de trasplantes? ¿Una mujer? —dijo Art.

—¿De verdad lo crees?

—¿Dónde estás? —preguntó la voz de Layla.

—Estoy a punto de salir de las montañas y coger la autopista —dijo Cuba—. Los Crowe se han ido al cielo esta tarde, a menos que allí no acepten a los fumetas. Tuve que cargarme al viejo, porque estaba en casa.

—Me dijiste que tenía una criada muy mona.

—Eso había oído. Nunca había estado en la casa.

—¿Y era mona?

—Demasiado joven para el viejo.

—Era mona, ¿eh?

—Dejé que se marchara.

Silencio al otro lado de la línea.

—Ella no me conoce y yo no la conozco —dijo Cuba—. En eso quedamos.

—¿Te das cuenta de que si hubiera estado contigo habríamos conseguido seis riñones de una tacada? —dijo Layla—. Ocho, si contamos a Rita. ¿Qué te parece? Ochenta mil pavos.

Capítulo diez

En la oficina de Lexington le asignaron a Raylan un compañero, tanto si quería como si no.

Bill Nichols, de cincuenta y cinco años, llevaba media vida en la policía judicial. Delgado, alrededor de un metro setenta y ocho, pelo corto y coronilla bronceada.

—A los catorce años creía que lo sabía todo —le contó a Raylan—. Me rapé la cabeza y me metí en un grupo que defendía la supremacía de la raza blanca. Pesaba setenta y cinco kilos. Antes de tatuarme una esvástica me harté de las palizas que me daban los neonazis mayores. Eran un hatajo de tarugos. Los mandé a la mierda y cambié de rumbo. Entré en un seminario y me hice fraile, aunque no llegué a sacerdote. Me gustaba jugar al fútbol y dar vueltas por ahí con las manos metidas en las mangas del hábito, pensando en las chicas. Lo dejé, me fui al Reino Unido y cuando volví entré en la policía judicial y me casé con Julie, hace veintisiete años. Tenemos tres hijos deambulando por el mundo. Buenos chicos, listos. Max es profesor de inglés en un colegio de Francia. Alex diseña cubiertas de libros para editores italianos y franceses. Y Tim está escribiendo su segunda novela en Nueva York. La primera vendió cuatro mil ejemplares. Le he preguntado de qué va la que está escribiendo. Dice que el subtexto es la exposición de las pretensiones artísticas. Y mi hija pequeña, Kate, que está terminando el instituto, quiere ser policía judicial.

—Voy a tener que espabilar —dijo Raylan.

—¿Cuánto tiempo llevas casado?

—Estoy divorciado —contestó Raylan—. ¿Alguna vez has buscado a los nazis que te zurraban?

—Dos la palmaron de sobredosis. Y cuando encontré al tercero ya era adicto al crack. Estaba tan flaco que casi no se le veían los tatuajes.

Lo empujé contra una pared y me puse unos guantes de cuero sin dejar de mirarlo a los ojos. Le metí dos puñetazos, uno en cada mandíbula. Se cayó al suelo y me quedé mirándolo.

—¿Se acordaba de ti?

—Lo dudo —dijo Nichols.

—Pero tenías que saldar esa cuenta antes de hacerte viejo —dijo

Raylan—. Lástima que no fuera un delincuente en busca y captura.

—En ese caso podría haberle pegado un tiro si se hubiera resistido.

—Quiero decir que habrías tenido una razón para darle caza.

—¿Has matado a algún hombre?

—Sí —dijo Raylan.

—¿Armado y fugitivo?

—A más de uno.

—Da lo mismo cuántos, ¿no?

—Pues sí. Un par de veces creo que tuve mucha suerte.

—Llegas a un punto en el que tienes que disparar...

—Y sabes que más vale disparar a matar —concluyó Raylan.

Nichols asintió.

Se entendían bien.

Estaban en el Crown Victoria de Nichols. Acababan de salir de una casa de dos plantas en Chestnut —la dirección que figuraba en uno de los carnés de conducir de Cuba— que resultó ser una casa de huéspedes. ¿Cuba Franks? Nadie lo había visto desde hacía cosa de un año.

Su última dirección conocida era Athens-Walnut Hill Road. Nichols sabía que era allí donde Burgoyne tenía su criadero de caballos.

—No ha cambiado de dirección desde que se fue —dijo—. Tengo un hermano que se dedica a construir vallas para los criaderos. En Estados Unidos nacen treinta y cinco mil purasangres al año. Veinte llegan al Derby. La única carrera que nadie puede comprar.

—¿Has hablado con Burgoyne?

—Un par de compañeros fueron a verlo —dijo Nichols—. Burgoyne les contó que Cuba Franks lo dejó plantado. Dijo: «Todos hacen lo mismo. Se hartan de trabajar y se largan». Se refería a los afroamericanos. Por fin me estoy acostumbrando a llamarlos así.

—La mujer de Burgoyne cree que Cuba se hartó de poner acento africano —dijo Raylan.

—A ella le hacía gracia. Parece que conocía a Cuba mejor que su marido.

—Cuba es el hilo que nos llevará hasta esa mujer médico.

Salieron de New Circle, llegaron a Richmond Road y giraron hacia el sur. Nichols miró a Raylan.

—¿Has visto el cuadro médico? Hay trece trabajando en trasplantes. Raylan negó con la cabeza.

—Todavía no lo he visto —dijo—. ¿Sólo son trece?

Nichols giró en Richmond y volvió a mirar a Raylan.

—Todos son hombres. No hay ninguna mujer trabajando en trasplantes.

—¿Estás seguro? —preguntó Raylan, que no quería renunciar a la idea.

—Tengo la lista en el maletín. Todos son profesores de cirugía o asociados.

—Ella no es médico.

—Al menos no es de Chandler. Pero trabaja en el UK Medical —contestó Nichols.

—Y conoce el procedimiento —asintió Raylan.

—Sabe cómo se extirpa un riñón. ¿Sabrá implantarlo también?

Raylan se quedó pensativo, contemplando los campos de Old Richmond acotados con vallas, donde los purasangres dejaban de pastar para levantar la vista al paso del coche.

—No necesita implantarlos, ¿o sí?

—Eso es verdad —dijo Nichols—. No, si los extirpa para luego venderlos. Pero no me imagino a un médico haciendo eso.

—Yo tampoco. Aunque me gustaría ver cómo hace los trasplantes.

—Trabaja con un médico y lo ve intercambiar los órganos tres veces a la semana, unas ciento cincuenta veces al año. Le seca el sudor de la frente debajo de los focos y a él le gusta sentir el tacto de su piel. Se lían y él se la tira de pie en el cuarto de la ropa.

—¿Sí...? —dijo Raylan.

—Así es la vida en los hospitales. Él está jugando a los médicos con su enfermera guapa.

—¿Quieres decir que por eso la enfermera guapa se dedica a extirpar riñones en los moteles?

—Sólo estoy esbozando un escenario —dijo Nichols—. ¿Que se la folle en el cuarto de la ropa tiene algo que ver con robar riñones? Ella sabe extirparlos y encuentra la manera de venderlos. Su móvil es el dinero. Ve que puede hacerse rica poniéndose la careta de Michelle Obama una vez a la semana. De todos modos, me gusta la idea de que haya sexo de por medio. Lo de hacerlo de pie me parece muy bien.

Habían llegado a Athens-Walnut Hill, donde se encontraba el criadero de Burgoyne. Dirían que estaban allí para hablar de un antiguo empleado, si les disculpaban la intromisión.

—Tú te ocupas de Harry y yo de Elizabeth —dijo Raylan—. Dice que tiene cincuenta y cinco años. Lleva dieciséis años casada con Harry. Es el segundo matrimonio de los dos.

—Si te encargas tú de Harry te hablará de los afroamericanos y te divertirás un rato.

—Es mi caso —dijo Raylan—. Yo me ocupo de Elizabeth.

La doncella acompañó a Raylan por un pasillo y dijo que la señora Burgoyne lo recibiría en la galería. Llegaron a una habitación tan lujosa y

formal como el resto de la casa.

—¿Por qué lo llaman galería? No parece una galería —vio que la doncella, con uniforme amarillo, miraba a Elizabeth Burgoyne, que entraba desde el jardín vestida con una blusa de algodón blanco por fuera de los vaqueros de talle bajo.

—Es la galería desde hace ochenta y cinco años —dijo Elizabeth, entrando como una actriz en una película—. ¿Por qué íbamos a cambiarle el nombre?

—A mí me da lo mismo —dijo Raylan. Y le explicó quién era.

—Ha venido por Cuba Franks. ¿Qué ha hecho? —preguntó Elizabeth.

—Creemos que está vendiendo riñones —contestó Raylan, para ver qué cara ponía.

—¿De verdad? —dijo. Se quedó un momento callada y preguntó—: ¿Qué prefiere un té helado o un martini?

—Lo que tome usted —dijo Raylan. Y ella levantó dos dedos para dar la orden a la doncella de uniforme amarillo. Raylan estaba seguro de que les traerían dos martinis.

—Me gustaría saber su opinión sobre un detalle —dijo—. Todos mis amigos de aquí me llaman Beth. Creo que es porque mi madre me llama así cuando viene a verme. Pero mis amigos antiguos, de una vida distinta, podríamos decir, me llaman Liz. ¿Usted qué cree que soy: Beth o Liz?

—Está poniendo a prueba mi capacidad de observación —dijo Raylan.

—Vamos, dígame. ¿Qué soy?

—Liz.

—¿Por qué?

—Porque se divertía más con sus amigos de antes que con los aficionados a los caballos —dijo Raylan. ¿Cincuenta y cinco? No parecía tener más de cuarenta. Se retorció entre los dedos el pelo largo y oscuro—. Los echa de menos —añadió—. No me importaría saber de dónde

viene y cómo conoció a Harry. Seguro que es una historia interesante. Pero necesito información sobre Cuba. Tengo entendido que usted llegó a conocerlo mejor que su marido.

—Harry no sabe tratar a la gente —dijo Liz—. Tiene una personalidad que aleja a los demás. Parece inmutable. Aunque cuando bebe es menos estirado y bastante menos aburrido. Yo creo que le encantaría ser un semental y pasarse el día entero con las yeguas.

—¿Y usted qué hace? ¿Tomar el té?

—Sí. Me encanta el té —y se volvió a la doncella, que en ese momento volvía con una jarra de martini y un cuenco de aceitunas rellenas de anchoas.

Se sentaron en el sofá con las bebidas, separados por un asiento. Liz siguió hablando de Harry.

—Cuando se tomaba unas copas le gustaba hacer la función del Amo y el Negrito con Cuba. Harry le regañaba por cómo iba vestido y Cuba decía: «Pero, jefe, es su mujer quien me viste». Y todos los que están en el Keeneland se morían de risa.

—¿Cómo es que la gente de aquí no se acostumbra a llamarla Liz?

—No queda bien. Suena a Liz Taylor en *La gata sobre el tejado de zinc*. Tenía ese acento sureño que tanto gusta en Hollywood, como todo el que viene de Virgina.

—A usted le gusta fingir que está un poco chalada —dijo Raylan—. Y a Cuba también, a juzgar por las cosas en las que anda metido.

—Era divertido —dijo Liz—. Teníamos todo el día para charlar si queríamos. Harry siempre está en los establos. No nos acostábamos, si es eso lo que está pensando.

Raylan lo estaba pensando, pero negó con la cabeza.

—Cuba era muy divertido —repitió Liz.

—Seguro que sí.

—Seré sincera con usted. Lo hacíamos de vez en cuando, no por sistema. A veces, ya sabe, simplemente pasaba. Empezábamos a tontear y

era absurdo parar.

—He tenido esa experiencia —asintió Raylan.

—Lo comprende. Cuba es un hombre de la calle, pero lo lleva con mucha naturalidad. Nunca tuve que preguntarle qué quería decir. Me contó cómo era la vida en la cárcel. Cuando estábamos en la cama me hablaba de las diferencias entre las negras y las blancas. —Sonrió y dijo —: Me contó que había conocido a una chica.

—Una chica blanca —dijo Raylan.

—No lo dijo, pero yo adiviné que era blanca. A veces decía: ¿qué más da si veo a esa persona de vez en cuando? No pienso casarme con ella. Siempre la llamaba «esa persona». Yo preparaba martinis o daiquiris para esas ocasiones, o metía en la coctelera hielo con bourbon y un poco de azúcar... Y un día me abandonó. Me parece increíble.

—A mí también —dijo Raylan—. ¿Eso fue más o menos cuando se marchó?

—Desapareció.

—¿Le he dicho que está vendiendo riñones?

—No me lo creo.

—Los vende por diez mil la pieza.

—¿De verdad?

—Lo ha hecho ya tres veces. Con ayuda.

—¿De esa chica?

—Creo que trabaja en el UK Medical.

—¿Es médico?

—Enfermera de trasplantes.

Liz se inclinó sobre la mesa para rellenar las copas y puso una aceituna en cada una.

—Esto se está poniendo interesante. Usted está buscando a la enfermera y cree que él ha podido hablarme de ella, pero no es así —le pasó a Raylan su bebida y volvió a reclinarsse con la copa en la mano, asintiendo con la cabeza—. Seguro que es gorda —dijo, dando un sorbito.

Y añadió—: ¿Por qué tantas mujeres que trabajan en los hospitales tienen sobrepeso?

—Yo también me he fijado —dijo Raylan—. ¿Por qué será?

—Es posible que la conociera allí —dijo Liz—. Cuba llevó dos veces a Harry a Chandler para que le revisaran los riñones. Todavía le funcionan, a pesar de lo mucho que bebe. Protestaba mucho y se ponía muy borde con las enfermeras. Una se negó a darle su droga favorita y él intentó que la despidieran. No recuerdo su nombre.

—Espero que siga allí —dijo Raylan.

—Se llamaba Layla. Como la canción de Eric Clapton.

Capítulo once

Raylan salió del ascensor y cruzó el pasillo hasta una sala de espera con revistas y muebles de vinilo. Nichols estaba allí, leyendo *People*. Cerró la revista y cogió la carpeta que tenía al lado, en el sofá.

—¿Has comido?

—Frijoles con jamón —dijo Raylan, acomodándose en el sofá.

—En los días que estamos investigando —dijo Nichols—, dos enfermeras de esta planta estuvieron de permiso, por muerte de un familiar. Gladys lleva treinta y cinco años como enfermera de trasplantes, y ahora es la coordinadora. Volvió y puso la esquila de su padre en la sala de enfermeras. La otra es Layla —sacó de la carpeta una foto en blanco y negro y se la dio a Raylan.

—Es delgada de cara —señaló Raylan, queriendo decir que no era gorda.

—Un metro sesenta y dos. Cincuenta y seis kilos. Treinta y siete años —dijo Nichols.

—Tiene unos ojos increíbles —dijo Raylan—. Mira con mucha fuerza. ¿Quién murió en su familia?

—Nadie. Layla pidió dos semanas de permiso para cuidar de su madre, que ha estado a punto de morir. Por lo visto estaba echando los pulmones por la boca de tanto toser, pero no ha muerto. Se está recuperando y ha dejado de fumar.

—¿Dónde vive su madre?

—En Nueva Orleans.

—¿Lo has comprobado?

—Lo comprobaré en cuanto termine de leer que Harrison y Calista se casan después de ocho años de convivencia. Luego trataré de entender por qué Jake Pavelka dice que Vienna lo ha engañado, aunque no sé quiénes son.

—¿Te has fijado en los ojos de Layla? —preguntó Raylan—. No puedes dejar de mirarlos. —Parpadeó sin apartar la vista de la mujer de la foto, que no sonreía—. Me gustaría saber en qué está pensando.

Nichols volvió la cabeza para mirar la foto.

—Está mirando al fotógrafo y pensando: «Como me hagas otra, me levanto y te doy una patada en las pelotas».

—A mí no me parece impaciente —dijo Raylan.

—No, lo está pensando de buen rollo. —Nichols miró el reloj—. Debe de estar a punto de salir del quirófano. Está ayudando al doctor Howard Golmand a hacer un trasplante de riñón. Como si ella no supiera.

—Es nuestra chica, ¿eh?

—No se me ocurre nadie más —dijo Nichols.

Se levantaron. Raylan se quedó en el pasillo, mirando hacia el fondo para verlos salir del quirófano. Nichols fue a comprobar la historia de la madre de Layla.

Aparecieron con batas blancas. Layla sostuvo la puerta para dar paso al doctor Goldman, bastante joven, que era el que más hablaba. Ella gesticulaba con las manos y negaba con la cabeza, como si quisiera desentenderse de lo que él le estaba pidiendo. Acostarse con él, por ejemplo. Ese mismo día, Raylan había abordado al cirujano para preguntarle por las enfermeras. Lo había abordado y había memorizado su nombre: Howard Goldman. El doctor Goldman no tenía tiempo para Raylan. Hizo un gesto negativo, sacudiendo una mano por delante de la cara y siguió su camino. Ahora venía por el pasillo tendiendo las manos a Layla, las mismas manos con las que acababa de salvar una vida, y eso le ponía.

Raylan salió al encuentro del doctor Goldman, sin mirar a Layla.

—Disculpe, doctor. Se supone que mi hermana ha venido para que le hagan un trasplante de riñón.

—¿Cómo se llama? —preguntó Layla.

—Raejeanne Givens —dijo Raylan. El nombre de su hermana pequeña—. No veo a nadie de la familia por aquí. Vengo directamente del aeropuerto.

—Vamos a ver dónde está Raejeanne —dijo Layla, poniendo una mano en el brazo de Raylan y despachando al médico con un encogimiento de hombros y una mirada que a Raylan le pareció muy borde. El doctor Goldman se largó sin decir palabra.

—Llevo una hora intentando que alguien me informe —explicó Raylan—. Acaba usted de salir del quirófano, ¿eh? —Le ofreció la mano—. Soy Raylan Givens, policía judicial. Disculpe por haberlos abordado así. Estoy preocupado por mi hermana.

—Hola, yo soy Layla —dijo ella—. El doctor acaba de terminar un trasplante de riñón. ¿Dice usted que Raejeanne necesita uno? Es curioso porque no tenemos citada a ninguna Raejeanne, ni siquiera para revisión —enarcó las cejas y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—En realidad no importa —dijo Raylan—. Parecía usted incómoda hablando con Howard y se me ocurrió interrumpirles para liberarla. Ha cazado la ocasión al vuelo.

—¿Quiere interrogarme por algo?

—Estoy buscando a un médico que extirpa riñones en moteles y los vende en el mercado de órganos.

—Está usted loco —dijo, sonriendo abiertamente.

—¿No puede haber un médico que tenga problemas con el juego? Supongamos que se arruina en Keeneland y contrae una deuda con un usurero.

—Aquí apuestan jugando al golf —dijo Layla.

—Tengo entendido que para extirpar un riñón se hace la incisión por delante.

—¿Cómo lo sabe?

—He hablado con las víctimas. Dos hombres me dijeron que fue una

mujer quien les quitó los riñones. Pensé que a lo mejor el médico llevaba puesta una careta de mujer. ¿Y los implantes también se hacen por delante?

—Se pueden hacer por donde se quiera —dijo Layla—. ¿Qué clase de máscara llevaba?

—De goma, de esas que se meten por la cabeza. Creo que era de Michelle Obama.

—¿Ah, sí?

—La otra careta, estoy seguro de que era el presidente.

—¿La otra careta? —dijo Layla.

—La que llevaba Cuba Franks.

Raylan lanzó el anzuelo para ver cómo reaccionaba.

Layla negó con la cabeza y se encogió de hombros, con su bata blanca de enfermera de trasplantes.

—Siento no poder ayudarle —dijo. Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo y preguntó—: ¿Por qué no puede ser una mujer... ese médico?

—Me han dicho que aquí todos los médicos son hombres.

—Podría trabajar en otro hospital.

—Eso es verdad, pero Cuba conoce este sitio. Ha venido un par de veces con su jefe. ¿Conoce usted a Cuba Franks?

—No me suena —dijo Layla—. Siento no poder ayudarlo —repitió. Y dio media vuelta.

Raylan dejó que se alejara unos pasos.

—Layla, ¿no estará usted robando riñones? —preguntó.

Lo dijo pensando que ella se pararía en seco y se volvería a mirarlo. Pero Layla no era así. Levantó una mano por encima de la cabeza y la movió con desgana.

De vuelta en la sala de espera, con sus revistas antiguas, Raylan pensó qué le diría la próxima vez. No estaba seguro, hasta que regresó Nichols.

—Ha mentido —dijo—. No es verdad que fuera a cuidar de su

madre. La anciana lleva tres años en una residencia para enfermos de Alzheimer.

Cuba se había instalado en el apartamento de Layla en Virginia Avenue, en frente del campus y de los hospitales. Él dormía en el sofá-cama mientras Layla disfrutaba del dormitorio para ella sola cuando no lo estaban usando. Le gustaba llegar a casa, tomarse una copa mientras se quitaba el uniforme y sentarse a ver las noticias en bragas y camiseta. Cuba se ponía cachondo, y entonces pasaban al dormitorio para que él pudiera satisfacer su deseo; ella también quedaba satisfecha la mayor parte de las veces. Él sabía perfectamente cuándo una tía estaba fingiendo, porque exageraba más de la cuenta. Layla nunca decía nada, y Cuba esperaba a oír el jadeo y el gemido, como si se quedara sin una gota de aire. Después veían la tele y tomaban un par de vodkas más mientras él freía algo para cenar.

Esa tarde, Layla llegó hablando de Raylan Givens. Cuba sintió un retortijón en las tripas y pensó: «Mierda», aunque en realidad no le sorprendía. Raylan seguía haciendo su trabajo.

—¿Cómo nos ha encontrado? —le preguntó a Layla.

—Porque trabajaste para los Burgoyne.

—¿Me estás cargando el marrón a mí? Ya han visto que los Crowe están muertos.

—Pero dejaste que Rita se marchara.

—Ya sabía yo que me saldrías con ésas.

Layla se acercó a Cuba con su uniforme de enfermera, le echó los brazos alrededor del cuello y le dio un beso que empezó siendo tierno y terminó siendo salvaje. Por fin se separó de él.

—No te preocupes —dijo—. Aunque creo que deberíamos aplazar lo de Harry. Ese poli habrá hablado con él. Puede que le haya hecho algunas preguntas a su mujer. Tú te llevabas bien con ella, ¿no?

—No tanto —dijo Cuba—. He estado pensando en ir a ver a Harry y disculparme por haberme largado. Decirle que soy un pobre negro sin educación y no sé comportarme como es debido, pero que esa parodia del negrito me deprimía mucho. Se me ha ocurrido proponerle otro numerito.

—¿Qué estás pensando?

—Me inventaré una historia para que ese hijo de puta racista termine llorando de risa. Le digo que tengo una cinta y quiero que la oiga. Lo traigo aquí y tú le clavas la aguja.

—¿Y cómo hacemos para que nos pague los doscientos cincuenta mil?

—Aún no lo sé.

—Tendremos que aplazar lo de Harry. He estado pensando que podríamos reunir más órganos. A Greg Allman acaban de hacerle un trasplante de hígado y ya puede volver a beber. Extirparemos riñones, hígados, pulmones y páncreas. Los corazones son demasiado complicados. Hay que mantenerlos bombeando.

Cuba pensó que era como vender piezas de un coche, una transmisión o un tubo de escape. Layla hacía que todo pareciera sencillo, y se acordó de cuando le dijo: «Si no te libras de los Crowe nos delatarán». Era su frialdad lo que le daba miedo. Lo decía con la misma naturalidad con que podría pedirle que cerrara la ventana para que no entrara la lluvia.

—Igual te parece una pasada —dijo Layla—, pero creo que el siguiente debería ser ese poli. Ni siquiera tendremos que engatusarlo. Raylan quiere hacerme más preguntas.

Cuba evocó la escena de Dickie armado y Raylan desafiándolo a levantar el arma.

—¿Dónde quieres hacerlo? ¿Aquí?

—He pensado hacerlo directamente en la bañera. En vez de arrastrarlo hasta allí y llenarla de agua después. Creo que no necesitaremos hielo.

—¿Y cómo lo sacamos de aquí?

—De madrugada lo tiramos por la ventana y lo metemos en el coche

—dijo Layla—. O esperamos a que venga y vamos a dar una vuelta en el coche.

—Aún no lo tienes claro.

—Lo estoy pensando. Tenemos tiempo hasta que decida contestar al teléfono.

Capítulo doce

Raylan no quería merodear por la cuarta planta de Chandler, arriesgarse a que Layla lo reconociera e intentara escabullirse. Se quedó en la calle, lejos de la entrada del hospital, y estuvo viendo salir a las enfermeras hasta casi las cinco. Ni rastro de Layla. Subió a la sala de trasplantes y le dijeron que se había tomado el día libre. Llamó a Nichols.

—¿Sabes que es sábado? —preguntó Raylan.

—Si no lo fuera no estaría cortando el césped —contestó Nichols.

—Layla está de permiso hasta el lunes.

—¿La has llamado a casa?

—Salta el contestador y me dice que deje un mensaje.

—Si hubieras llamado anoche ya la habrías esposado.

—Quería darle un poco de tiempo para que se pusiera nerviosa antes de mi aparición.

—Pues yo ahora no puedo dejar de cortar el césped —dijo Nichols.

—Tengo que localizarla. Volveré a llamar o pasaré por allí, por el 156 de Virginia Avenue. Llamaré al telefonillo hasta que conteste.

—Eso si está en casa —dijo Nichols—. Te llamaré mañana a ver cómo te ha ido. Puedes pasarte por aquí. Vamos a preparar una barbacoa y a tomar unas cervezas.

—Quería decirte que me he ido del Hilton. Es demasiado caro para mis dietas. Fui en taxi a la oficina y me asignaron un Chevy. No está mal. No pienso ir lejos. Me he mudado al Two Keys Tavern de South Limestone. Me han dejado un apartamento gratis.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Para que los estudiantes de UK no salgan de allí como una cuba y los detengan o los atropellen. Hablé con el encargado y le pregunté si tenía alguna habitación libre que pudiera prestarme mientras estuviera en Lexington... Le dije que soy policía y que guardaría el orden. Dijo que no

quería impedir la entrada a los estudiantes, sobre todo en la Noche Loca. Le contesté que a mí me parece bien hacer locuras.

—¿Te has metido a gorila de un antro?

—Mientras tenga que estar aquí. No creo que sea por mucho tiempo.

—Eres más joven que yo —dijo Nichols—. Saldrás de allí con vida.

—Los martinis sólo cuestan tres pavos —dijo Raylan.

El sábado por la noche habló con el encargado, un tipo cauto, aunque agradable, que dirigía el local cercano al campus de UK. ¿Por qué no iba a ser agradable? Recibía a las hordas de chicos y chicas que iban allí a beber ron y vodka de distintos sabores; martinis a tres dólares; jarras de cerveza a cinco dólares, y barra libre de cerveza por diez pavos. «Eso sólo para ti —dijo el encargado—. Si se enteran todos querrán cogerse un pedo por diez pavos.»

Raylan llevaba el traje y la corbata que se había puesto para ir al centro de trasplantes el día anterior. Al verlo dando vueltas por la Two Keys Tavern, nadie tenía dudas de que aquel tío con una estrella colgada de una cadena era un poli. Estaba preparado para algunos comentarios. Los estudiantes tenían entre veintiuno y treinta años. Un chico se quedó mirándolo y Raylan lo saludó con la cabeza, con su pinta de tío atractivo. Había muchos jerseys de cremallera con camisas debajo. Chicas que hablaban en voz muy alta y que gesticulaban mucho con las manos. Estaban haciendo una carrera de peces de colores en una cubeta de plástico. Disparaban a los peces con pistolas de agua para que dejaran de nadar en círculos y salieran corriendo, qué coño. Los que bebían cerveza no parecían muy interesados por la carrera. Llegó un famoso dj, del que Raylan nunca había oído hablar, y la multitud enloqueció por espacio de un minuto.

Había chicas muy monas. Una se le acercó.

—Mis amigas dicen que eres un poli de alquiler, pero yo he

apostado a que eres de verdad. ¿Tengo razón?

Raylan se abrió la chaqueta para enseñarle la estrella colgada de la cadena de planta.

—Soy policía judicial, señorita. Dígame, ¿cómo la llaman sus amigas?

Un tío bastante alto que estaba al lado se metió en la conversación.

—¿Alguna vez le han arrancado la estrella de la cadena? —preguntó.

—Todavía no —dijo Raylan—. Uno lo intentó una vez, pero no pudo. ¿A qué juegas? ¿Al fútbol? Yo diría que juegas en la línea ofensiva.

—Soy defensa —dijo el chico, que tenía unos hombros enormes.

—Lo que quiero decir es que has pasado a la ofensiva conmigo. Hace veinte años, cuando estudiaba aquí, cada vez que intentaba jugar al fútbol me echaban al tercer día —dijo Raylan—. Voy a ponerme la estrella en el cinturón, para evitar más comentarios. Por si no lo sabías, soy de los buenos. He tenido que disparar contra siete hombres en el cumplimiento del deber. Eran fugitivos en busca y captura, nunca mujeres o estudiantes, y todos están muertos —sonrió amablemente al defensa—. Voy a contarte historias de polis.

A las dos y media de la madrugada, Raylan se puso su sombrero de cowboy y se fue a hacer una visita a la señorita Layla.

Abrió el portal con una ganzúa para no molestar al conserje. Subió por las escaleras hasta el apartamento de Layla y llamó a la puerta. Se quedó delante de la mirilla, con el sombrero puesto —para que ella no pudiera reconocerlo— y llamó a la puerta con tres golpes secos.

Esperó.

A esas alturas Layla debía de estar mirándolo y decidiendo cómo actuar.

—No he venido a detenerla —dijo Raylan, con la cara pegada a la puerta—. Sólo quiero hablar con usted.

Por fin oyó la voz de Layla.

—¿A las tres de la mañana?

—He intentado localizarla antes. En el hospital dijo usted que se tomaba unos días libres para cuidar de su madre, pero no fue a verla. ¿Sabe a qué me refiero?

Silencio.

—Fui a ver a mi novio —dijo Layla—. Y estuve en Nueva Orleans.

—En cuanto corrobore su coartada dejaré de molestarla —dijo Raylan.

—Está casado.

—Podría hablar con él de todos modos. ¿Cómo se llama?

—No quiero crearle problemas.

—Si empezara a detener gente por cometer adulterio nunca llegaría a casa para cenar con mi mujer y mis hijos. Tenemos tres niños y una niña.

—Espere un momento. Voy a ponerme algo —dijo Layla.

Raylan se la imaginó desnuda al otro lado de la puerta y le dieron ganas de soltar una frase ingeniosa, pero no se le ocurrió nada que no fuese una tontería.

—De acuerdo —dijo. Y esperó.

Cuba se había puesto los calzoncillos y estaba quitando las sábanas del sofá.

—Es Raylan —dijo, sacudiendo la cabeza—. Os he oído a los dos diciendo mentiras.

Layla llevaba un kimono negro con algunos toques de rojo. Le dijo a Cuba que se calzara y que esperase en el dormitorio.

—Con el arma —dijo Layla—. Estamos listos. Lo haremos aquí, ahora mismo. En la bañera. Dejaremos correr el agua para limpiar la sangre. Deja que entre para que podamos seguir mintiéndonos un poco más. A ver cómo va la cosa, de qué humor está. Tendré la aguja preparada —miró alrededor de la habitación—. Mejor en la cocina.

Intentaré que se relaje un poco primero.

—¿Le clavarás la aguja cuando esté distraído?

—Y tú lo sacarás de aquí cuando hayamos terminado. Haz que desaparezca.

—¿No lo dejo en una esquina y llamo a emergencias? —dijo Cuba.

—Nos conoce. Si lo llevan a diálisis estamos jodidos —se tomó su tiempo para mirar a Cuba y preguntó—: ¿Estoy bien?

—Tú siempre estás bien.

Layla abrió la puerta.

—Venga por aquí —dijo. Y llevó a Raylan a la cocina por el cuarto de estar. Dos vodkas con hielo esperaban en la encimera. Raylan sonrió cuando Layla le pasó el vaso.

—Para que me relaje —dijo Raylan—. Si le digo la verdad, he venido con la misma idea. Para que sepa que no pienso chivarme al hospital. No les diré que no fue a ver a su madre. Ella no la reconocería aunque se pusiera un letrero con su nombre escrito.

—Ya le he dicho que fui a ver a mi novio.

—¿Se llama Cuba Franks?

Layla lo miró con aire cansado y negó con la cabeza.

—Ese tal Cuba, sea quien sea, no es mi novio.

—Fue un par de veces al hospital con su jefe. El señor Harry Burgoyne.

—Sigo sin recordarlo —dijo ella.

—Cuba es un tío simpático, para haber estado en chirona —dijo Raylan—. Yo pensaba que iba a enderezarse, pero se ha cargado a los hermanos Crowe. Al padre también le pegó un tiro, pero ha sobrevivido. Ahora el viejo quiere liquidarlo con sus propias manos. ¿Lo sabía? Por haber matado a los inútiles de sus hijos.

Layla sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Por qué no termina su copa y se va? —dijo.

—Todavía no me he relajado —contestó Raylan—. ¿Y usted? Los hermanos Crowe hicieron un trabajito para Cuba. Sacaron de la cama a Ángel Arenas después de que le extirparan los riñones. Yo pensé: «¿Por qué no lo harían directamente en la bañera, en vez de ponerlo todo perdido?». Supongo que todavía estaban aprendiendo. Los Crowe le dieron a Ángel una semana para que les pagara cien de los grandes. El segundo mayor error que Cuba ha cometido en su vida fue asociarse con los Crowe.

—¿Cuál fue el primero? —tuvo que preguntar Layla.

—Liarse con la señorita Trasplantes —dijo Raylan—. Por eso ahora está escondido en el dormitorio.

—No puede registrar mi apartamento así como así.

—Tengo motivos. Tengo razones para pensar que un delincuente buscado por la justicia está escondido ahí.

—No entiendo por qué de pronto la ha tomado conmigo —dijo Layla.

Se acercó a Raylan, que se había apoyado en la encimera amarilla y estaba delante del puto cajón que ella tenía que abrir para sacar la aguja.

—¿De verdad cree que robo riñones del hospital?

—Lleva once años viendo operaciones. Sólo que usted opera en moteles.

—Está usted loco. ¿Quiere mirar en el dormitorio? ¡Adelante!

Tiró el cigarrillo en el fregadero mientras Raylan se enderezaba y dejaba el vaso en la encimera. Lo vio salir de la cocina con su sombrero de cowboy, abrió el cajón y cogió la jeringa.

Ahora venía lo más difícil: tenía que ir tras él y clavarle la aguja en el brazo sin que se diera cuenta. Comprobó la aguja, sacó un chorrillo y siguió a Raylan casi hasta el dormitorio. Raylan ya tenía la mano izquierda en el pomo de la puerta y la derecha debajo de la chaqueta.

—¿Raylan...? —dijo Layla, a su espalda. Raylan vaciló un momento

para volver la cabeza, y Layla le clavó la aguja con fuerza en el brazo derecho a través de la tela. Vio asomar la mano con la que Raylan empuñaba la Glock. Vio que la miraba, con los ojos idos, que le fallaban las rodillas y se caía contra la puerta, con el sombrero puesto y el arma todavía en la mano, y empezó a deslizarse hasta el suelo, con su elegante traje azul marino.

—¿Cuba? Ya puedes salir.

Cuba abrió la puerta y vio a Layla posando, con la Glock en la mano y el sombrero de Raylan ladeado en la cabeza en un ángulo muy sexy. Miró a Raylan.

—Vamos a meterlo en la bañera —dijo Layla.

Capítulo trece

Lo arrastraron a la bañera y lo desnudaron por completo. Layla cortó las piernas de los pantalones con unas tijeras para quitárselos sin tener que pasarlos por las botas de vaquero de punta curva, que a Cuba le parecieron hechas a medida. Layla seguía con el sombrero ladeado en la cabeza; no sabía cómo llevarlo. Layla cogió a Raylan de las piernas y Cuba del tronco para meterlo en la bañera. Cuba quería incorporarlo, para que la barbilla no le diera en el pecho; no le parecía bien.

—Tenemos que levantarlo un poco más —dijo.

Layla se quedó mirando las partes de Raylan, y Cuba estaba seguro de que iba a hacer algún comentario.

—¿Tú dirías que está bien dotado?

—Lo importante es saber usar lo que uno tiene —dijo Cuba. Volvió a mirar a Raylan—. Quiero incorporarlo un poco.

Sabía que Layla diría algo.

—¿Por qué? ¿Qué más da eso? Ponlo como quieras, con tal de que esté boca arriba —dijo. Y salió del baño con la ropa y la pistola de Raylan.

Cuba se volvió a mirarla. Estaba en la habitación, tirando la ropa encima de la cama. Se quitó el sombrero y lo lanzó sobre la cama, con el resto de la ropa. Cuba estuvo a punto de gritar: *Quita el sombrero de la cama. Trae mala suerte.*

Pensó un momento. «¿Mala suerte? ¿Cómo qué?»

Ya los esperaba la peor de las suertes si dejaban morir a un policía. Sería lo mismo que un homicidio, porque la intención era matarlo. Layla le diría que se deshiciera del cuerpo en alguna parte mientras ella limpiaba y se metía en la cama. Pero él no volvería para acostarse con ella. Ése sería el momento. Ésa sería la ocasión de largarse. «Salir de la ciudad antes de que sea demasiado tarde, cariño», eso le cantaba Layla

siempre. Y se ponía cariñosa, con esa sonrisa tan bonita.

O podía dejarlo en una esquina y llamar al hospital.

Ya lo pensaría. No tenía por qué decírselo a Layla. Podía dar a Raylan una oportunidad.

Volvió a mirar la cabeza de Raylan apoyada en el borde de la bañera, con la barbilla pegada al pecho, como si no pudiera moverla, y vio que contraía la cara, como si una mosca lo estuviera molestando. Luego se llevó la mano a la boca y la deslizó por el pecho desnudo. Cuba miró hacia el dormitorio. Layla estaba preparando el instrumental encima del tocador: los bisturíes, las gasas, el alcohol y las grapas que usaría para coserlo. Levantó la voz para decirle:

—Tía, se está moviendo.

—No pasa nada. Enseguida voy y le pongo más dosis. Tú ponlo cómodo, para que eche una cabezadita.

Raylan oyó decir a Layla: «Mierda, no he traído guantes».

Layla.

Y añadir a continuación: «Da igual».

Raylan vio a Cuba al lado de la bañera, su silueta y su cara borrosas, acercándose y desapareciendo entre la bruma que envolvía sus pensamientos.

—¿Me oyes? —dijo Cuba.

Raylan cerró los ojos. Se llevó una mano a los testículos y se dio cuenta de que estaba desnudo, aunque notó los dedos de los pies dentro de las botas. Los dedos no respondieron cuando intentó incorporarse.

—Se está moviendo otra vez —le oyó decir a Cuba.

Layla protestó por la puta jeringa. No la encontraba.

—Te incorporaría, si pudiera ponerme detrás de ti, pero no hay espacio —dijo Cuba—. Voy a meterme en la bañera para ver si consigo levantarte. Tú y yo tenemos esos cuerpos que vuelven locas a las mujeres.

Somos delgados por naturaleza. No necesitamos correr ni hacer pesas y esas mierdas. Si sabes comer no engordas. Yo creo que el secreto está en comer sólo fritos y quemar las grasas enseguida, follándose a alguna zorra.

Sin apartarse de la bañera, Cuba volvió la cabeza hacia el dormitorio. Layla seguía en el tocador. ¿Qué coño estaba haciendo?

—Oye, tía, ¿te estás maquillando? Ya he tenido suficiente con despedirme de los chicos.

Raylan abrió los ojos y vio que Cuba se alejaba de la bañera.

—Estás pirada, ¿sabes? ¿Por qué te emperifollas mientras yo preparo al tío para su última media hora en la tierra?

—Haz lo que quieras —contestó Layla.

Raylan estaba mirando la Sig Sauer que Cuba llevaba en la cintura, asomando por la empuñadura, con el cañón apoyado en la columna.

Cuba se volvió a Raylan.

—Voy a meterme en la bañera para moverte, ¿vale? Para moverte. No voy a tocarte la chorra. No me va ese rollo, así que no te preocupes. Mientras estés ahí tumbado no puedes hacer nada.

La voz de Layla llegó desde el dormitorio.

—¿Se ha dormido?

—Está bien jodido. No puede levantarse —dijo Cuba.

—A lo mejor no necesita más dosis.

Raylan oía la voz de Layla y veía a Cuba con su visión periférica, porque estaba muy cerca. Cuba se había metido en la bañera y estaba inclinado, intentando incorporar a Raylan, y éste notó que su cabeza ascendía un par de centímetros. Aunque oía lo que pasaba, se sentía como si estuviera borracho de garrafón. No, de whisky puro. El garrafón te deja como tetrapléjico; ni siquiera te atreves a hablar. El bourbon te hace revivir.

—Te voy a sujetar. Tú agárrate a mí, para que pueda levantarte. ¿Me entiendes? Incorpórate mientras yo tiro.

Raylan no entendía por qué Cuba se empeñaba en incorporarlo en la bañera. Esta vez metió las manos por debajo de los brazos de Cuba para intentar agarrarse a su camisa de seda, y la rasgó por la mitad.

—Me has roto mi camisa buena —dijo Cuba.

—Que le den por culo a tu camisa —contestó Raylan. Deslizó las manos hasta que palpó la Sig Sauer y consiguió quitársela de la cintura. Estaban casi nariz con nariz, mirándose a los ojos. Y Raylan se preguntó si Cuba se habría dado cuenta. Parecía que sí. Raylan le puso la pistola en el estómago.

—¿Qué tal vais, chicos? —dijo Layla.

Raylan miró por encima del hombro de Cuba y vio a Layla en la puerta.

—¿Cuba...? Tiene los putos ojos abiertos —dijo Layla.

Y se fue al dormitorio a por la pistola de Cuba. Raylan estaba seguro. Cuba seguía mirándolo fijamente.

—Me quiere a mí —dijo Raylan—. O puede que a ti. No lo sé.

Layla volvió a la puerta y apuntó a Raylan con la Glock. Sujetó la pistola con una mano, se puso de lado, adoptando la pose del tirador, y disparó —Raylan vio que la pistola cabeceaba—, volvió a disparar por segunda vez, y por tercera. Cuba soltó una bocanada de aire y se desmoronó encima de Raylan y de la Sig.

—¿Estás vivo? —preguntó Raylan. No hubo respuesta—. O muerto —dijo. Acercó la oreja a la boca de Cuba, y aunque no le oyó respirar notó el olor de su aliento.

—¿Cuba...? —dijo Layla.

—Supongo que ya está en el infierno, el pobre hombre. Queda detenida —dijo Raylan—, por matar a Cuba. Baje el arma.

Layla lo estaba apuntando con su propia pistola, y Raylan tenía la esperanza de que se le cayera, para que el gatillo semiautomático se

activara con el golpe y la bala alcanzase a Layla. A veces tenía la sensación de que podía comunicarse con esa pistola a la que llamaba «Colega». *Vamos allá, Colega. Relájate*. Seguía teniendo la Sig en la mano, atrapada entre su cuerpo y el de Cuba. Pero la iba sacando poco a poco... Y Layla volvió a disparar, esta vez sujetando la Glock con las dos manos. Disparó cuatro veces, y Raylan se parapetó detrás de Cuba. Le horrorizó darse cuenta de que estaba usando al muerto para protegerse. Sacó la Sig, extendió el brazo por encima del hombro de Cuba, apuntó a la mano derecha de Layla, enmarcada en la puerta, esperó tres segundos, y la mujer desapareció.

Se quedó aplastado debajo de Cuba y pensó: «No has disparado. ¿Por qué? La tenías a tiro».

Layla estaba metida en un buen lío.

Tendría que haberle puesto otra dosis a Raylan antes de maquillarse. Cuba había dicho que las dos primeras veces fue muy divertido, cuando besaron a ese par de representantes comerciales que no tenían ni pajolera idea de que iban a matarlos. Pero hacerle carantoñas a un hombre drogado era escalofriante. Como besar a un muerto.

Pensó en salir corriendo y largarse de allí. Alguien podía haber oído los disparos y haber llamado a la policía.

También podía quedarse e inventarse una historia.

Agente, soy enfermera de trasplantes en el UK Medical. Nosotros salvamos vidas, no matamos a la gente.

Tenía que deshacerse de la ropa de Cuba, desparramada por toda la casa, y del instrumental.

Agente, he vuelto a casa después de un turno de catorce horas... Paré a comer algo... Me di cuenta de que alguien había entrado en la casa... Y me encontré a esos dos hombres muertos. Comprobé sus signos vitales. No tengo ni idea de lo que estaban haciendo aquí. Creo que el que está

desnudo es un policía. Quizá siguió al otro hasta aquí, al afroamericano. Eso diría. Pero ¿por qué en mi apartamento?

No era el momento de pensar en eso. Tenía la Glock de Raylan y había disparado lo menos siete veces. Si alguien había oído los disparos, ¿qué importaría uno más?

Hazlo y lárgate. Ya pensarás después.

A Raylan le costó mucho quitarse a Cuba de encima, porque el tío no ayudaba nada. Levantó el cuerpo hasta que pudo apartarlo y salir de la bañera. Comprobó la Sig, amartilló para asegurarse de que estaba cargada y se acercó a la puerta.

Layla estaba al otro lado de la cama, con la Glock de Raylan. Nada más verlo lo apuntó con la pistola. Raylan no se movió. Estaba desnudo, con sus botas de cowboy y el arma a la altura del muslo.

Layla parecía muy tranquila, con su kimono negro.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Grogui —dijo Raylan—. Como si hubiera bebido más de la cuenta.

—¿Esa pistola era de Cuba? Tengo que decirte, antes de que intentes usarla...

—La he comprobado. Está cargada. No quiero disparar, ¿vale?

—Yo creía que querías detenerme —dijo ella, con aire sorprendido.

—Eso depende de ti.

—La verdad es que no me imagino que vayamos a liarnos a tiros —levantó los brazos por encima de la cabeza, y el kimono se abrió lo suficiente para mostrar la piel desnuda—. ¿Te apetece tocarme?

Esto era nuevo para Raylan: una mujer exhibiéndose con un arma en la mano.

¿Quería calentarlo para poder pegarle un tiro?

Eso intentaba.

Lo apuntó con la Glock a los ojos. Raylan levantó la Sig por encima de la cadera y apuntó al centro del pecho, un par de centímetros por debajo del corazón. Layla perdió pie y cayó al suelo, agarrada a la colcha. Raylan cogió su traje de la cama, se vistió y se quedó mirando a Layla, desnuda. Tenía una expresión de asombro, y los ojos empezaban a ponerse vidriosos.

—No puedo creer que hayas disparado —dijo Layla.

—Yo tampoco —contestó Raylan.

Capítulo catorce

—¿A quién se le ocurre pensar en los buenos modales y cederle el paso a una mujer que te está apuntando con un arma? —dijo Art Mullen.

Estaban desayunando en A Touch of Country, en el centro de Cumberland. Raylan acababa de volver de Lexington y estaba hurgando con el tenedor en un cuenco de sémola de maíz, enterrando los trozos de beicon.

—¿Sigues pensando que te apresuraste? —le preguntó Art—. Esa tía te clavó una aguja hipodérmica y te quitó el arma. Tuviste que enfrentarte a ella. Te estaba apuntando y tú estabas drogado. ¿Y sigues pensando que apretaste el gatillo demasiado deprisa?

—Le sorprendió que disparase —dijo Raylan.

—¿Por qué? ¿Te había tomado por un caballero? ¿Qué otra cosa podías hacer?

—A mí también me sorprendió.

—¿Por qué nunca habías disparado contra una mujer?

—Supongo.

—¿Acaso tenías elección? —insistió Art, tratando de que Raylan se tranquilizara por haber matado a Layla, la enfermera de trasplantes.

—Estaba al lado de la cama. La vi perfectamente, aunque me temblaban las piernas. Se había maquillado, se había pintado los labios y los ojos...

—¿Y eso qué más da?

—Iba a quitarme los riñones y... no sé... ¿Por qué quería ponerse guapa? Me desperté desnudo en la bañera.

—Y tuviste que arrastrarte para salir de allí —apuntó Art.

—Primero tuve que quitarme de encima a Cuba Franks. Sigo sin entender por qué mató a Cuba.

—Intentaba matarte a ti —dijo Art—. La policía ha encontrado los

casquillos de tu arma.

—Sí, pero cuando estábamos en el dormitorio, no recuerdo que disparase.

—Porque entonces tú tenías la Sig de Cuba.

—Sí. Me lo quité de encima y fui al dormitorio. La vi con mi Glock en la mano. Llevaba puesto un kimono.

—De eso sí te acuerdas —dijo Art.

—Creo que no lo olvidaré nunca, ese kimono abierto.

—Le contaste a la policía que estaba sujetando tu pistola con las dos manos, que levantó los brazos por encima de la cabeza y se puso a flirtear contigo. Que te preguntó si te apetecía tocarla.

—Cuando dijo eso pensé que me estaba tomando el pelo.

—Hasta que te apuntó con tu propia pistola y entonces disparaste, aquí —dijo Art, llevándose una mano al centro del pecho—, en el plexo solar.

Raylan negó con la cabeza.

—Creo que no apunté —dijo.

—Reaccionaste como te enseñaron en Glynco. Cuando un gilipollas te va a matar, lo primero es disparar.

—Sigo sin saber qué pensar de Layla —dijo Raylan—, pero yo no diría que era una gilipollas.

—¿Te hacía gracia?

—Si no hubiera sabido en lo que andaba metida, sí, podría haber salido con ella.

—Y ahora estarías sin riñones, vete a saber dónde. Creo que ya te lo dije.

—Incluso sabiendo quién era, he estado a punto de quedarme sin riñones. Fui a detenerla y terminé desnudo en una bañera. Tuve mucha suerte de despertarme.

—Pero no estás sorprendido —dijo Art—. Eres un agente de la ley y esperas que lo que digas vaya a misa. Eres como los polis de antes. ¿Te

acuerdas de cuando le dijiste a un tío que se largara de Dodge antes de la puesta de sol?

—¿Estás hablando de ese mafioso, de Zip?

—¿A ti eso te hizo gracia?

—Lo que le dije fue que se largara de Miami Beach antes de que se pusiera el sol. No es lo mismo que decir que se largara de Dodge. Le di veinticuatro horas para hacer las maletas y coger la carretera —dijo Raylan—. Al día siguiente lo vi en el Cardozo, comiendo cangrejos. Faltaban sólo unos minutos para que se cumpliera el plazo, y sabía que iba armado. Así se gana la vida ese hombre. Lo trajeron de Sicilia para que liquidara a un tío y decidió quedarse. Se compró un traje a rayas, cruzado en el pecho, como el de Joe Columbo... ¿Lo sabías?

—Él sacó el arma, tú disparaste, y te mandaron a tu querido Kentucky para el resto de tu vida —dijo Art.

—Sí, pero ascendí dos puestos, después de aguantar el tirón siete años. Creo que le caí bien a alguien de arriba y decidió cerrar el expediente.

Capítulo quince

Otis salió de su casa y cruzó el patio para acercarse a Boyd Crowder, que estaba con un hombre trajeado de la empresa minera, contemplando el estanque de los peces. El estanque de Otis apenas tenía treinta centímetros de agua y los peces flotaban, muertos, entre la capa de hollín.

—¿Saben cuántos años tardé en cavar ese estanque y acondicionarlo como yo quería? —dijo Otis. Lo llené de barbos, percas y carpas doradas. Mis nietos venían a pescar por diversión. Los pescaban y los devolvían al agua.

—Eso si nadie tenía hambre —dijo Boyd—. Verás, Otis, el señor Gracie y yo hemos venido con los de M-T Mining. Queremos saber si hay alguna queja. La gente está que trina. Dicen que los vertidos del carbón están cayendo aquí.

—A alguna parte tienen que ir a parar las rocas y la tierra después de lavar el carbón —señaló el señor Gracie, sin apartar la vista del estanque.

—Y a ustedes les da igual llenarlo todo de ácido —dijo Otis—. Han contaminado el arroyo que alimentaba mi estanque, y ahora todos mis peces están panza arriba.

El señor Gracie se arrodilló en el borde del estanque.

—Parece que algunos siguen vivos —dijo—. Ese pequeñín está coleteando. No entiende qué ha pasado con el agua.

Otis dio un paso al frente, plantó una bota en la espalda del traje del señor Gracie y lo empujó hasta verlo caer de bruces en el estanque cubierto de hollín.

—¿Verdad que cuesta respirar ahí? —dijo.

Boyd dejó de sonreír cuando Otis se volvió a él.

—No deberías haber hecho eso —dijo.

—Llevo cuarenta años en las minas, diciendo a todas horas sí señor a estos chulos de la compañía. Eso se acabó —dijo Otis.

Al caer la noche Otis puso a hervir unas patatas con nabos y verduras, pero antes estuvo un rato sentado con Marion, que se apretaba la bata contra el pecho y respiraba por la boca. Le dio un par de pastillas de oxicodona y un vaso de whisky, y ella se lo bebió a sorbitos. Tenía silicosis por respirar el aire contaminado, aunque nunca hubiera bajado al pozo.

Oyó el motor de una excavadora, un diésel muy potente. Conocía bien el ruido de las máquinas, de las excavadoras y las grúas. El perro lobo también lo había oído, y se levantó del suelo. Estaban volando la roca en la cima y lanzaban los vertidos por la ladera de Looney Ridge. Pero esta vez el ruido sonó muy cerca. ¿Quién estaría trabajando de noche?

Cuando oyó crujir las ramas y volar las rocas entre los árboles, Otis comprendió que era demasiado tarde para coger a Marion y salir de allí. Una roca del tamaño de su furgoneta Ford entró en la casa como si fuera el fin del mundo, y la estructura de madera reventó a la vez que los muebles y las paredes, incapaz de contener el fragmento de montaña que aplastó el suelo, voló la fachada, arrancó la puerta y las ventanas, perdió un poco de velocidad al pasar entre los arriates de flores abriendo surcos en la tierra y rodó hasta el estanque de Otis, donde concluyó su viaje.

Marion, que estaba en su mecedora con el whisky en la mano, navegando entre las nubes de la oxicodona y el alcohol, de espaldas a la trayectoria de la destrucción, le preguntó a Otis.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Te llevaré a casa de mi hermana mientras voy a hablar con los de la compañía, ¿vale? Cuando vuelva, lo mismo hasta podemos pasar la noche aquí —dijo Otis.

Marion lo vio ponerse su chaqueta vieja encima del mono y llenarse los bolsillos de cartuchos. Tuvo un momento de lucidez.

—Por fin te has hartado de las compañías mineras —dijo.

Las oficinas de M-T Mining se encontraban en un saliente de la montaña despojado de árboles y de vegetación, un terreno tallado por el hambre de carbón de la empresa minera. Boyd tuvo que lavar su SUV con una manguera, para quitarle la peste del estanque, mientras el señor Gracie le daba instrucciones.

—A ver si lo he entendido bien —dijo—. ¿Quiere que empuje una roca por la ladera para ver si consigo aplastar la casa de Otis?

—Si tú no puedes, mandaré a un hombre que sepa hacerlo —contestó Gracie.

—¿Me está pidiendo que mate a Otis, por haberlo tirado al fango?

—He dicho que revientes su casa —dijo el señor Gracie—. Si no te gusta trabajar en el departamento de quejas —dijo el hombre más desagradable al que Boyd había conocido en su vida—, ya puedes largarte.

—Lo he dicho en broma —dijo Boyd—. No me importa oír las quejas de la gente. Saben que nunca conseguirán lo que quieren. Sólo dan rienda suelta a su ira, por así decir, y piensan que han llegado al límite.

El señor Gracie extendió el periódico de Boyd en el asiento del coche y se fue a casa oliendo a mierda.

—Anda a cagar —dijo Boyd, y entró en la caravana de la oficina, grande, llena de mesas y tableros de dibujo, donde estaba prohibido el alcohol. Ni una petaca de vodka en el cajón de la mesa, ni calendarios de chicas desnudas, nada que diera ganas de trabajar allí.

Esto ocurrió antes de que Otis subiera a la montaña.

Los faros de un coche barrieron la caravana, y una limusina negra aparcó en la puerta. Boyd vio que una mujer bajaba del coche, y fue a abrir la puerta. La mujer se quedó hablando con el chófer, le dijo algo, y la

limusina se marchó. Luego se volvió a la caravana, a la luz de la puerta abierta, y Boyd vio que era Carol Conlan, la única persona que daba la cara en los periódicos y en la televisión cuando la compañía minera tenía algo que decir. ¡Joder! La mismísima Carol Conlan le estaba sonriendo.

—Tú eres Boyd, ¿verdad? El que tiró la roca en casa de ese tío.

¿Cómo se había enterado? Boyd iba a preguntárselo, pero Carol Conlan estaba hablando por el móvil:

—No quiero saber nada de eso, Bob. Tú ponte a trabajar y dame un informe que me encante, ¿de acuerdo? Tengo que ir al baño —añadió. Y colgó el teléfono—. ¿Dónde está? —le preguntó a Boyd.

Boyd señaló con la cabeza, la vio entrar y subirse la falda para sentarse en el váter, sin cerrar la puerta. ¡Joder! Carol Conlan.

—Has hecho un buen trabajo con esa casa.

—Me bastó con una roca —dijo Boyd. Cogió el móvil de la mesa y lo olisqueó, para ver si olía a Carol Conlan.

—Yo creo que ha estado muy bien. Lanzas la piedra y te llevas por delante la casa entera. ¿Qué ha hecho ese tío? —dijo Carol Conlan.

—¿Otis? Nada. Es un viejo.

—A ese Mick Gracie... ¿siempre lo llamas señor?

—Así me ha dicho que lo llame —dijo Boyd.

—Se ha pasado de la raya. No está bien destruir un hogar cuando estamos a punto de enfrentarnos a un juicio.

Boyd oyó correr el agua del váter y Carol salió estirándose la falda.

—Bueno, ¿dónde están los chicos malos? Ese estanque debía de ser bonito antes de que lo jodiéramos —dijo—. Gracie nunca me ha caído demasiado bien. Preferiría cambiarte el trabajo y que tú fueras el jefe. ¿Tenemos algo para beber?

—Una petaca de vodka y agua de todas las marcas —dijo Boyd.

La guapa abogada puso mala cara y cogió el teléfono.

—Llamaré a Brian para que nos traiga una botella de whisky escocés. Odio el vodka. No lo soporto.

Otis había matado un alce cerca de la cumbre de Big Black, un monte cubierto de pinos y álamos temblones. Se acercó tanto al ciervo que los dos se sobresaltaron. Lo abatió de un disparo, dejó que se desangrara y tuvo carne para todo el invierno. En ese momento iba siguiendo las curvas, muy cerradas, que llevaban a lo poco que quedaba de Looney Ridge, por una carretera abierta en la ladera de la montaña. Estaban perforando la roca en la cima y volándola con dinamita para extraer el carbón. La casa de Otis, que estaba a trescientos metros de la cumbre, temblaba con las explosiones, y las fotos de su padre y de la familia de Marion se caían de la pared. Otis le había dicho a su mujer: «En la época de la guerra había ciento treinta mil mineros sacando carbón en Kentucky. Ahora sólo quedan un par de docenas ahí arriba, perforando la roca con las excavadoras. Esto ya no es lo que era».

Marion le preguntó cómo había sido antiguamente y Otis dijo que era como vivir en la puñetera luna.

Vio la excavadora en el borde de la cantera y las luces encendidas en la caravana donde tenían la oficina. Le importaba una mierda que hubiese alguien allí contando judías. Bajó de la furgoneta armado con una escopeta del doce y empezó a reventar los cristales de la caravana. Se detuvo y se quedó mirando las máquinas que removían la tierra, ociosas, descansando durante la noche. Por suerte no tendría que matar a nadie que saliera dando gritos.

Rodeó la caravana para seguir volando los cristales y tuvo que recargar dos veces la escopeta. No vio que hubiese nadie dentro hasta que Boyd Crowder asomó la cabeza por la puerta.

—¿Has terminado, Otis? —preguntó Boyd.

—Ahora voy a entrar a reventar la oficina. Te dejaré una hora fuera de juego.

—Otis, si tuviera la llave del armario de la dinamita te la daría. Me siento en deuda contigo por los daños que ha sufrido tu casa, pero fue el señor Gracie quien me ordenó que lo hiciera.

—Ya no tengo casa —dijo Otis—. Ha desaparecido.

—Muy bien —contestó Boyd, tratando de conservar la calma—, pero si está destrozada es porque lo tiraste al estanque.

—¿Qué le dijiste al señor Gracie? ¿Qué ibas a echar mi casa abajo en cuanto terminaras de besarle el culo? Me acuerdo de ti, Boyd, cuando aún te portabas como un hombre, cuando nos enfrentamos a la Duke Power. ¿Y de qué nos sirvió?

—Esa vez no sirvió de mucho.

—No conseguimos nada. Todo el país estaba pendiente de nosotros, y la empresa prometió que iba a ofrecernos un acuerdo justo. En cuanto la gente dejó de prestar atención, los de la compañía dijeron que buscar nuevos modos de extraer el carbón lleva su tiempo. Se han pasado veinte años pensándolo. Siempre ha sido así. Construyeron una presa para almacenar la mierda que producen al lavar el carbón. Las paredes reventaron y el vertido tóxico terminó en el arroyo que alimentaba mi estanque. Me he pasado cuarenta años debajo de la tierra trabajando para esa gente o para otros como ellos. No les ha importado nada matar a mis peces.

Carol Conlan estaba detrás de Boyd.

—Este hombre es un peligro —dijo.

Boyd señaló con la cabeza.

—Sólo ha roto unas cuantas ventanas —dijo.

Boyd notó que la abogada le tiraba de la cinturilla de los Levi's y le metía algo duro en la espalda. Sabía que era un arma, porque alguna vez había llevado armas ahí.

—Lo sé todo sobre usted, señor Crowder —dijo Carol Conlan—. Sé que es capaz de convertirse en una persona distinta si es necesario.

—Sólo sigo mi instinto —dijo Boyd—. Hago lo primero que me

viene a la cabeza, como si un poder superior me hablara, y sigo sus órdenes. He aprendido a pensar sin discutir conmigo mismo.

—Bueno, acabo de darle una Glock del nueve —dijo Carol—. Este hombre es imprevisible y no podemos correr riesgos. Si ve que levanta la escopeta, dispare.

—¿A Otis? He dicho que sólo ha roto unas cuantas ventanas, nada más.

—No pienso enfrentarme con él en los tribunales, porque somos los malos de la película, y no estoy dispuesta a correr riesgos cuando es tanto lo que está en juego. Resolveremos esto ahora mismo. Si ve que levanta la escopeta, dispare.

Otis estaba a menos de dos metros de Boyd.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó.

—Díselo —dijo Carol.

—Tengo visita —dijo Boyd—. Una señorita de la altas esferas de la compañía ha venido a ver qué tal nos va por aquí. Le he dicho que bien, que las montañas siguen perdiendo altura.

Carol apareció en el umbral de la puerta y apartó a Boyd de un empujón.

—Soy la encargada de resolver los conflictos —le dijo Carol a Otis.

—Pues sepa usted que no estoy de acuerdo con lo que le han hecho a mi estanque y a mi casa. ¿Qué tal le sienta que le lleven la contraria?

Carol empezó a hablar en un tono cordial.

—Dentro de unos días volveré para celebrar una reunión y escuchar a ambas partes, a los partidarios del carbón y a los detractores —adoptó un tono quejumbroso—: «El órgano de la iglesia está cubierto de hollín» —volvió a su tono normal y dijo—: ¿Conoce esa canción antigua? «Tenemos que sacar el carbón de donde la madre naturaleza quiere ponerlo.» En eso consiste la industria minera.

—Aún no he dicho nada de la mugre que produce la explotación en superficie —dijo Otis—. Supongo que si ha vivido en una región minera

lo sabrá muy bien.

—Nací y me crié en la sabia Virginia del Oeste —dijo Carol—. Viví allí hasta que me fui a hacer un máster en Derecho.

—Pues si le cayó algo de hollín encima, está claro que ya se le ha quitado. Mi mujer nunca ha trabajado en la mina, pero se está muriendo de silicosis. Lleva cuarenta y siete años durmiendo a mi lado, soportando mis ronquidos.

—Eso es muy bonito —dijo Carol—, pero noto cierto afán de venganza en ese corazón viejo. Dice usted que la compañía ha destrozado su casa.

—Y su estanque de peces —apuntó Boyd.

—Y le echa la culpa a la compañía de que su mujer esté llegando al final de una vida miserable —dijo Carol—. ¿Verdad que ha venido para saldar las cuentas con nosotros, Otis? Cuando me mira, ve a la maldita compañía. Sólo tiene que levantar esa escopeta.

Otis miró a Carol y frunció el ceño despacio.

—¿Qué coño va a hacer conmigo?

—Ahora lo verá —dijo Carol. Cogió el teléfono y llamó—: Brian... ¿dónde estás? Avisa al sheriff de Harlan County. Dile que ha habido un tiroteo en Looney Ridge —miró a Otis y añadió—: Un viejo con una escopeta se ha vuelto loco. Di sólo eso y cuelga.

—Yo no estoy loco —dijo Otis—. Aquí la única loca es usted —pero no parecía muy seguro de sí mismo, y volvió a preguntar—: ¿Qué coño va a hacer conmigo?

Carol estaba cerca de Boyd cuando éste por fin se decidió a buscar y empuñar la Glock.

—¿A qué estás esperando? ¿Quiere hacer el favor de disparar? —insistió Carol.

Boyd la miró y levantó las manos con gesto de impotencia.

—No veo ninguna necesidad —dijo—. No va a hacernos ningún daño.

Carol dio un paso al frente, sacó el arma de los pantalones de Boyd, lo apartó de un empujón, apuntó con una mano y disparó dos veces contra el pecho de Otis.

Boyd vio al viejo tirado en el suelo y miró a Carol, que en ese momento le estaba diciendo, con toda la tranquilidad del mundo, que cogiera la escopeta de Otis y disparara desde donde estaba el viejo.

—Le diré al sheriff que Otis abrió fuego y tú tuviste que reaccionar para salvarme la vida —dijo Carol.

—¿Ah, sí? —dijo Boyd.

—Lo has matado —dijo ella, pasándole la Glock a Boyd.

—Un momento. No tengo licencia para llevar esta pistola.

—Está registrada a mi nombre. Es de la compañía —contestó Carol—. Pero ¿qué sé yo de armas de fuego? Tenía miedo de Otis y te la di cuando estábamos en la oficina.

—A ver si lo he entendido bien. Dice que me dio el arma y yo disparé cuando Otis abrió fuego.

—¿Qué tiene eso de malo? —dijo Carol—. Eres mi héroe.

Capítulo dieciséis

Iban a las oficinas de M-T Mining en el SUV de Art.

—Boyd Crowder ha matado a Otis Culpepper —explicó Art—. Según el informe policial, puede que lo hiciera para salvar la vida de esa abogada de la compañía.

—O puede que lo hiciera porque le dio la gana —contestó Raylan. Estaban llegando a Lynch.

—Aquí han llegado a vivir hasta diez mil personas —dijo Raylan—. Ahora sólo hay ochocientas, porque apenas quedan pozos. Las ciudades cambian cuando cambia el estilo de minería. La M-T está volando las cumbres, arrancando las laderas capa a capa y lanzando los vertidos al bosque que hay a los pies de la montaña. Mis amigos terminaban el instituto, se casaban con una chica a la que conocían de toda la vida y se iban a trabajar a los pozos. Se pasaban el día esperando el momento de meterse en la cama con su mujercitas, que eran monísimas hasta que empezaban a quedarse sin dientes. Envejecían muy pronto, de criar tantos hijos, y los maridos se iban a la taberna cuando salían del pozo. Un día les caía encima un montón de pizarra que los dejaba lisiados, y entonces los despedían. ¿Te acuerdas de esa balada de Tennessee Ernie Ford? «16 toneladas de carbón saqué. Con 16 toneladas, ¿de qué sirvió? Otro día más viejo y una deuda más profunda.»

—Debía hasta el alma en la tienda de la empresa —dijo Art—. Ésa era la realidad de la minería. Te pagaban en vales con los que sólo podías comprar en su almacén.

—¿Te has fijado en los chicos que entraron en el restaurante?

—Eran mineros.

—Pero ¿verdad que a primera vista no se les notaba? Llevaban el mono cubierto de polvo, de conducir las excavadoras, pero no tenían ni pizca de hollín —dijo Raylan.

—Seguro que antes estaban afiliados al Sindicato de Mineros, como todo el mundo.

—Ahora si estás afiliado, la M-T no te contrata.

—No te metas con ellos. Tienen que dar de comer a su familia —dijo Art.

Estaban llegando a la excavación de M-T Mining en Looney Ridge.

—Revientan la roca, lanzan toda la porquería por las laderas y dicen que lo hacen para conservar el perfil de la montaña.

Aminoró la marcha al acercarse a un cartel clavado en un árbol:

PROHIBIDO EL PASO

PROHIBIDO CAZAR

PROHIBIDO PESCAR

PROHIBIDO EL ACCESO A VEHÍCULOS DE CUATRO RUEDAS

PROHIBIDO EL ACCESO A EXCURSIONISTAS

—Bajo pena de infracción grave —dijo Raylan—. Pero no dice nada de quienes vengan a investigar un homicidio, así que podemos pasar.

Se adentraron entre los árboles camino de la oficina.

—Mañana se celebra una reunión en Cumberland. Todo el mundo está invitado a exponer las quejas que tenga contra la empresa —dijo Art.

—No hay trabajo, y el hollín se cuela por todas partes.

—Responderán a las quejas y explicarán cómo piensan recuperar las montañas que han destrozado.

—He oído que quieren construir un campo de golf. Todos los mineros en paro podrán jugar al golf, porque no tienen otra cosa que hacer. Habrá cruce de acusaciones entre los parados y los mineros en activo, y poco más.

—Seguramente será algo parecido —dijo Art—. Pero esta reunión, se sepa o no se sepa, se ha convocado por Black Mountain. La M-T le ha echado el ojo.

—No se saldrán con la suya —dijo Raylan.

—De momento no han podido, pero saben esperar.

—¿Cuánto mide esa montaña? Creo que más de mil trescientos.

—Mil trescientos cincuenta sobre el nivel del mar —contestó Art.

—¿Y del pie a la cima?

—Unos ochocientos veinte.

—La gente no consentirá que la destrocen. Está llena de naturaleza, de animales, de venados, de sendas forestales. Los amantes de los árboles armarán una buena —dijo Raylan.

—Ésos actúan movidos por sus emociones. Habrá que ver cómo se enfrentan a los abogados de una empresa minera.

—¿Te refieres a esa mujer que ha enviado la compañía?

—Carol Conlan —dijo Art.

—Cinco pavos a que es una tocapelotas.

—Su padre fue minero en Virginia del Oeste. Tengo entendido que se crió en los asentamientos mineros y luego se fue a Columbia a estudiar Derecho.

Raylan no le veía ningún sentido.

—Si su padre era minero, ¿qué hace trabajando para la empresa?

—Pregúntaselo. Te ocuparás de su seguridad mientras esté aquí. A lo mejor te deja subir a su limusina, pero no digas ni media palabra a menos que ella te pregunte. Cierra esa boca de defensor de los mineros, ¿entendido?

—¿Me estás castigando por haber perseguido a esa enfermera por mi cuenta? No tuve tiempo de pedir refuerzos.

Art negó con la cabeza.

—Carol Conlan te eligió a ti, y consiguió que un juez solicitara la autorización del subjefe de la policía estatal, como un favor. Esa mujer puede manejar a la policía a su antojo y contar con toda la protección que quiera, pero te ha elegido a ti, Raylan. Dime por qué.

—Si es la vicepresidenta de una compañía minera, supongo que

consigue todo lo quiere.

—Pero ¿por qué tú?

—No lo sé.

Tomaron una curva del camino que subía por la ladera hasta la cima de Looney Ridge. Art señaló una excavadora.

—Ésa es la que usó Boyd para lanzar la roca contra la casa de Otis. Boyd dice que la piedra debió de desviarse y alcanzó la casa —explicó Art.

—Un acto de Dios —dijo Raylan.

—Eso mismo dijo Boyd. Que era un acto de Dios. «Uno nunca sabe lo que el Señor nos tiene reservado.» Dice que la compañía va a indemnizar a su mujer por la pérdida.

—¿Por la pérdida del marido o de la casa? —preguntó Raylan.

Vieron a lo lejos la caravana de la oficina, con las ventanas todavía rotas.

—Mira quién sale con una escoba —dijo Art.

Boyd Crowder, con camisa blanca y corbata granate —los colores de la M-T— y unos pantalones recién estrenados.

Raylan bajó del coche.

—¿Qué haces Boyd, estás de limpieza?

—Siempre acabo en el círculo del ganador cuando menos me lo espero. Estoy con la gente de Carol Conlan, echando una mano mientras se prepara para la reunión.

—¿Por eso conduces tú la limusina?

—No me importa sentarme al volante. No necesita levantar la voz desde el asiento de atrás cuando quiere algo. ¿Verdad que cuando se tiene razón no hace falta levantar la voz, Raylan?

—¿Te llevas bien con ella?

—Hemos estado hablando de las consecuencias de la minería a cielo abierto en distintos aspectos de la vida... de las quejas que recibe la

compañía. Ha venido a escuchar quejas nuevas.

—Pregúntale por qué te ordenó matar a Otis Culpepper.

Boyd movió la cabeza con aire cansado.

—Tío, ¿por qué siempre la tomas conmigo? El viejo abrió fuego con la escopeta antes de que yo disparase.

Raylan esbozó una leve sonrisa.

—¿Y tú le salvaste la vida a Carol?

—Eso dice ella.

—¿Dónde estaba esa mujer cuando Otis disparó?

—Creo que en la puerta de la caravana. Acababa de salir.

—¿Y el disparo alcanzó la caravana? —preguntó Raylan.

—Oye, yo sólo sé que no alcanzó a la señorita Conlan. Todo esto ha pasado por el estanque del viejo. Los peces se murieron, según Otis por culpa de la porquería que la mina vierte en los arroyos. Yo le dije: «Otis, ¿tú no crees que los peces se mueren de viejos, como todo el mundo?». Pero no me hizo caso —dijo Boyd.

—¿Sigue aquí Carol?

—Está alojada en Woodland Hills, en casa de uno de los dueños de la compañía. Casper Mott, ¿te acuerdas de él?

—Un tío bajito que vive en la cima de una montaña —asintió Raylan.

—La M-T quería comprar sus tierras. Él se resistió porque pensaba abrir una senda ecuestre y alquilar caballos. A la empresa le interesaban tanto esas tierras que le ofrecieron un montón de acciones. Casper dejó de ser un amante de la naturaleza, se convirtió en accionista de una compañía minera, se hizo rico y se volvió un fanfarrón. Parece que le gusta la señorita Conlan, así que estará intentando ligársela.

—¿Sabes cuándo tengo que ir a trabajar? —preguntó Raylan.

—Por la mañana —dijo Boyd—. Pasaré a recogerte antes de ir a por la señorita Conlan. Quiere hablar contigo para asegurarse de que eres lo que necesita.

Art se acercó en ese momento. Boyd lo saludó con la cabeza y siguió hablando con Raylan:

—Tú haz lo que diga tu jefe, ¿de acuerdo? —Y, mirando de nuevo a Art, dijo—: Y usted asegúrese de que éste no dispare contra la señorita Conlan, ahora que le ha cogido el gusto a matar mujeres.

—Creo recordar que a ti te pegó un tiro una vez —dijo Art—. Lo pusiste verde, y tenías una pistola encima de la mesa.

—Estábamos cenando —dijo Boyd—. Ava me había hecho la cena. Sí, Raylan me pegó un tiro en el pecho, pero Dios no quiso que me diera en el corazón. Sobreviví por los pelos.

—Seguro que Dios se ha arrepentido —dijo Art.

—Oye, tío, Raylan y yo ahora somos colegas. Los dos trabajamos para la compañía.

Volvieron al SUV y bajaron la montaña.

—Me ha admirado que hayas sido capaz de contenerte —dijo Art—. No le has dado un puñetazo por hacer ese comentario sobre la enfermera.

—Estoy practicando el control de mis impulsos para cuando esté con la señorita Conlan —dijo Raylan—. Boyd tiene razón. He matado a una mujer, pero nunca he pegado a ninguna.

Capítulo diecisiete

Carol salió del porche soportado por columnas de la casa colonial de Woodland Hills y se acercó a Raylan y a Boyd, que esperaban al lado de la limusina. No miró a Boyd. Le tendió la mano a Raylan.

—Carol Conlan —dijo.

Raylan adoptó una expresión agradable y rozó el ala de su sombrero.

—Señora —le estrechó la mano y dijo—: Soy Raylan Givens.

—Lo sé, he estado leyendo cosas sobre usted. Es el que mató a la enfermera.

Raylan esperó unos momentos.

—En el periódico lo llamaban valiente —dijo Carol—. ¿Lo es?

—Intento hacer lo que corresponde —contestó Raylan.

—¿Daría usted su vida para salvarme?

Raylan comprendió por qué lo había elegido para ese trabajo. Se tomó unos segundos antes de responder:

—Eso dependería de la situación.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, Carol... cuando haya muerto y esté en el cielo, ¿cómo sabré que le he salvado la vida? —A ver cómo se lo tomaba. Si no le gustaba que la llamase Carol, que lo despidiese.

Pero ella lo pasó por alto.

—Raylan —contestó con voz suave—. ¿Cree que en el cielo no sabrían si usted me salvó la vida o no?

Raylan tuvo que sonreír.

—Usted gana —asintió.

—Vámonos —dijo ella.

Boyd, al volante de la limusina, no daba crédito a lo que estaba viendo.

Habían hecho buenas migas. Los miró por el retrovisor: la señorita Conlan llevaba las piernas cruzadas, con unos pantalones de sport color tostado que parecían muy caros, una cazadora negra, de pija, y gafas de sol. Raylan iba erguido, aunque no daba muestras de estar incómodo y no se había quitado el sombrero de cowboy. Carol Conlan estaba siendo indulgente con él; no quería acojonarlo de momento. Boyd miró el cuadro de mandos, encendió el altavoz del asiento de atrás —para hablar con el conductor sin necesidad de levantar la voz— y ajustó el volumen en un tono bajo para seguir la conversación. La señorita Conlan le estaba preguntando a Raylan por la enfermera que robaba riñones. Lo había leído en el periódico.

—¿Sabe qué he pensado? —dijo Carol—. Si habría sido capaz de salir con Layla. Era atractiva, ¿verdad?

—¿Me está preguntando si intenté acostarme con ella, porque era atractiva? —dijo Raylan.

—¿Lo intentó? —preguntó Carol, tras una pausa.

—La había calado antes de conocerla.

Carol no se conformó con eso.

—Pero ¿si no hubiera sabido en qué estaba metida...? —insistió.

—Mi jefe me preguntó lo mismo. Dijo que si me hubiera liado con ella, porque no sabía a qué se dedicaba, ahora estaría tirado en un callejón sin mis riñones.

—Y usted decidió detener a Layla y pegarle un tiro.

Raylan esperó. Eso no era una pregunta.

—¿Qué sintió al matar a una mujer? —dijo Carol—. ¿Fue distinto?

—No creo que nadie se acostumbre a matar, ni a hombres ni a mujeres. Generalmente las mujeres no participan en delitos en los que hay riesgo de morir de un disparo de la policía. Por eso no tenemos muchas ocasiones de matar mujeres —respondió Raylan.

A ver cómo digería eso.

Ella no dio muestras de sentirse ofendida.

—¿No vaciló con Layla?

—Si hubiera vacilado estaría muerto.

Carol dio el asunto por zanjado y cambió de tema.

—Sé que fue usted minero —dijo.

Raylan no contestó, y ella tuvo que insistir.

—¿Es verdad?

—Mi jefe me ha dado órdenes de no abrir la boca si usted no me hace una pregunta. Sí, trabajé en el carbón, cuando no estábamos en huelga.

—¿Y sigue pensando como un minero?

—No tengo sus problemas para encontrar trabajo y soportar los abusos de la empresa.

—Veo que su actitud hacia las empresas no ha cambiado.

—Creo que las quejas de los mineros son justas. Si un minero tiene un accidente y no puede trabajar, ustedes lo despiden.

Carol levantó una mano para hablar con Boyd.

—¿Dónde has puesto las coca-colas, Boyd?

Raylan miró al conductor por el retrovisor.

—Están en el lado de Raylan —dijo Boyd.

—Apaga el altavoz —ordenó Carol.

—¡Ah! ¿Estaba encendido?

—Está mintiendo. Ya lo sabía —le dijo Carol a Raylan.

—Boyd es así. Estoy investigando la muerte de Otis Culpepper —dijo Raylan.

—Yo estaba allí, como ya sabe.

—Creo que les ha dicho a las autoridades que estaba en la puerta de la caravana cuando Otis abrió fuego contra usted.

Carol asintió y se apartó el pelo rubio de la cara.

—Estaba saliendo —dijo, y empezó a sonreír. Sabía cuál iba a ser la respuesta de Raylan.

—Ningún cartucho alcanzó la caravana en la zona donde estaba

usted. No hay marcas ni señales.

—Porque falló.

—Otis estaba sólo a diez metros. Boyd lo atravesó con sus disparos.

—Raylan —dijo Carol, poniéndole una mano en la rodilla—. Usted está aquí para protegerme, no para investigar un caso en el que tendría que citarme como testigo. No tengo tiempo. Límitese a cubrirme las espaldas, ¿de acuerdo? Creo que la reunión puede acabar con altercados.

Dejó de hablar de Otis y se puso a mirar por la ventanilla.

—Qué verde está todo... los árboles llegan hasta el pie de las montañas. Como si quisieran envolvernos.

—Las cumbres no tardarán en quedarse calvas —dijo Raylan—. La gente que vive debajo está muy harta. Ahora están rodeados de rocas y de tierra, en vez de árboles.

—No sea desagradable —dijo Carol.

Boyd no volvió a oírlos desde que Carol se dio cuenta de que estaba escuchando.

Miró por el retrovisor y vio que ella fue hablando la mayor parte del tiempo hasta que llegaron a Cumberland 119. Boyd encendió el altavoz —qué coño—, para decirle a Carol:

—Si quieren, puedo explicarles algún detalle de los lugares de interés —dijo.

—No nos interesa —contestó ella.

Y Boyd se puso a pensar en la perorata que habría soltado si ella se lo hubiera permitido. Lynch: no vamos allí. Pero quizá les interese saber por qué era en Lynch donde vivían los mineros negros. Perdón, afroamericanos. En Benham ahora hay una atracción turística. Se llama el Portal 31. La gente paga para subirse en una vagoneta y ver cómo es una mina limpia y ordenada. Han puesto un muñeco de un minero que no se parece en nada a un minero de verdad, y los turistas se sobresaltan al

verlo. Por fin estaban en Cumberland, una agradable zona residencial. Boyd les anunció que habían llegado. Señaló la bandera roja y dorada que ondeaba cerca de Cumberland High. Vio que la señorita Conlan miraba por la ventanilla.

—No sé si nuestros hermanos los indios se han quejado ya, pero mire ese cartel —dijo Boyd—. Instituto de Cumberland, Hogar de los Pieles Rojas.

Había camionetas y coches aparcados delante del colegio —los primeros en llegar—, y más coches al otro lado de la calle. Boyd se acercó a un solar contiguo, donde aún no había demasiados coches, y pasó por delante de un espacio libre que estaba justo en frente del edificio. Un negro con traje de chófer estaba delante, como si estuviera reservando ese espacio.

Era el chófer de Casper Mott.

Y lo estaba reservando. Había dejado a Casper en la limusina, aparcada delante del hueco, junto a la acera que llevaba al instituto. En la acera había dos grupos de gente con pancartas. A un lado EL CARBÓN ILUMINA TU CASA, y al otro, el mismo eslogan con las letras tachadas, y otra pancarta que decía EL CARBÓN MATA.

Boyd vio por el retrovisor que el chófer salía tras él y le hacía señas con el brazo para que volviera. Pisó el freno, y Carol le ordenó que parase y diese marcha atrás.

—No cabremos en ese hueco tan pequeño —dijo Boyd. Ella contestó que se bajaba. Abrió la puerta y le dijo a Raylan—: Nos vemos dentro —y fue andando hasta donde estaba el chófer, sosteniendo la puerta de la limusina. Raylan vio que Carol hablaba con alguien antes de entrar, probablemente con Casper.

—Ese chófer negro —dijo Boyd—, creo que era boxeador, de Lynch.

—Se llama Reggie Banks —asintió Raylan—. Los mánagers lo llevaban por los asentamientos mineros. Pagaban diez pavos a un minero

por dos asaltos. Reggie tenía estilo. Movía los pies como Muhammad Ali, engañaba al adversario y cuando veía que bajaba la guardia le metía un derechazo. Él lo llamaba «picotazo». Se embolsaba cien pavos por combatir con cinco tíos seguidos, a dos rondas cada uno.

—Lo conoces, ¿eh?

—Peleé con él cuando trabajaba en la mina.

—¿Te arrancó la cabeza?

—Casi, pero llegamos a conocernos bastante bien.

Aparcaron en el solar del instituto y rodearon el edificio hasta la entrada principal. Raylan saludó con la cabeza a los mineros que conocía.

Uno de ellos, con una pancarta que decía SI TIENES LUZ DA LAS GRACIAS A LOS MINEROS, lo saludó:

—Raylan, me han dicho que esta vez estás de parte de la compañía.

—Sólo hasta mañana —dijo Raylan.

Otro partidario de la empresa, con camisa de sport y sombrero de la M-T, le dijo:

—Si quieres te espero aquí a la salida, para enseñarte a respetar a la empresa.

—Si ves que tardo —dijo Raylan—, ve practicando caídas hasta que llegue.

Los dos bandos empezaron a gritarse.

—Vamos —dijo Boyd. Y echaron a andar hacia la limusina de Casper Mott—. ¿No se supone que estás aquí para poner paz?

—Estoy en esto, pero no doy mi opinión.

Reggie Banks estaba junto a la puerta del coche, esperando para abrirla.

—¿Qué tal, tío, sigues peleando? —dijo, al ver que Raylan se acercaba.

Entrechocaron los puños.

—¿Y tú sigues en dique seco, Reg?

—Ni una gota en dos años. Cogía el coche y daba vueltas como un

loco, hasta que fui a Alcohólicos Anónimos y me tranquilicé.

—¿Qué hacen esos ahí dentro?

—Preparándose. O, a lo mejor, la representante de la compañía les está dando un bonus.

Raylan oyó un golpe en la ventanilla desde dentro del coche.

—Hora de abrir —dijo Reggie—. Ese hombre es demasiado rico para abrir una puerta. Alguien le dijo que podía llevar una vida ociosa y no hacer nada que no quisiera. Es tonto de remate, cuando no está maquinando con su dinero. A veces pienso que se hace el tonto.

Reggie abrió la puerta y Casper Mott bajó del coche, sonriendo a Raylan.

—¿Qué tal, tío? Tienes buena pinta. La señorita Conlan nos ha dicho que has venido para garantizar su seguridad —y sin mover la boca, añadió—: Yo de ti no me separaría de Carol, pero no creas ni una palabra de lo que diga —se acercó a Raylan y lo rodeó con el brazo—: Oye, tengo aquí a un invitado que es un viejo amigo tuyo.

Se volvió al coche. Un hombre salió agachando la cabeza. Raylan vio que llevaba un peluquín.

—Pervis Crowe —dijo Casper.

Allí estaba, con un traje de solapas amplias, una corbata y su peluquín. ¿Conque un viejo amigo? Pervis estrechó la mano de Raylan.

—Aunque no estemos de acuerdo en algunas cosas —dijo—, siempre he pensado que eras un hombre hecho y derecho. Hasta cuando viniste a contarme que mis hijos estaban robando riñones. Eres como eres. No necesitas hacerte el listo.

—Siento lo de sus hijos —dijo Raylan.

Pervis levantó una mano.

—Los consentí demasiado y se volvieron un par de idiotas. Pero tuvieron tiempo de sobra para enderezarse, así que no pienso culparme. La verdad es que no los soportaba.

—Pervis ha venido a pasar el día —dijo Casper—. Tiene que volver

a casa mañana... para ver a Rita. Va a visitarlo cada dos semanas... como un reloj.

Raylan vio que Pervis había oído el comentario de Casper, pero no pareció que le importase.

—Se pone el uniforme de criada para jugar a las casitas con Pervis —dijo Casper.

Raylan miró a Pervis.

—¿No le molesta que hable de sus cosas?

—Es más cotilla que una mujer. Todo el mundo sabe que Rita lleva años viviendo conmigo. La he ayudado a establecerse en el negocio —dijo Pervis—. Es la traficante más lista del estado.

—Yo sólo quiero enseñarle a mi amigo cómo puede hacerse rico —dijo Casper.

—Ya tengo suficiente —contestó Pervis—. Sin necesidad de vender mis tierras.

Carol bajó del coche en ese momento.

Raylan oyó que le decía a Casper:

—No he venido aquí para hacerle una oferta al señor Crowe. Ya te lo he dicho. Mi misión es escuchar las quejas y resolver los conflictos. Oír los reproches que los mineros tengan que hacerle a la compañía.

—Cariño, nos conocemos muy bien. Hemos tenido que negociar. Usarás tus armas de mujer con el señor Crowe, hasta que consigas que venda.

—¿De qué están hablando, si me permiten la pregunta? —dijo Raylan.

—De Big Black Mountain —dijo Casper—. La cumbre más alta del estado de Kentucky. Es propiedad de Pervis.

Capítulo dieciocho

La gente que esperaba en el vestíbulo se volvió a mirarlos cuando entraron en el instituto. Raylan le susurró a Carol:

—No entendía qué estabas haciendo en el coche. Te has cambiado de pantalones.

—Eres el único que lo ha notado.

—Sé distinguir unos pantalones de lino de unos Levi's de cuarenta y nueve dólares —dijo Raylan.

Carol llevaba en la mano el otro par de pantalones doblados, que le sentaban de maravilla. Raylan se guardó esta observación, pero luego no pudo contenerse.

—Un roto en las rodillas es muy popular —dijo, sin querer.

—Puedes llegar a ser muy molesto —dijo Carol—, pero no te lo voy a consentir. Quiero que te quedes a un lado del escenario, donde pueda verte. Voy a utilizarte, Raylan. Eres una celebridad y la gente te tiene mucha simpatía. Voy a señalar un detalle que parezca familiar.

—¿Qué fui minero y viví para contarlo?

—No hables si no te pregunto.

Carol se levantó de la silla en la que estaba sentada, al lado de Casper Mott, le dio una palmadita en el hombro y se acercó al micro, colocado en el centro del escenario móvil, al fondo del gimnasio del instituto. Vio delante trescientas sillas plegables, todas ellas ocupadas, y algunas pancartas en alto. Los mineros en paro, con camisa limpia y gorras de béisbol sucias, superaban a los que tenían trabajo en una proporción de tres a uno, incluso puede que más, y sus mujeres tenían algo que decir.

Miró a la derecha, donde estaba Winona con su estenotipia. Había oído a Casper leyendo la lista de los periodistas acreditados. Cuando

llegó al nombre de Winona señaló que era la ex de Raylan, y Carol le dijo que la quería en la reunión, que le diese lo que quisiera. Casper preguntó si facturaba los gastos a M-T y Carol dijo: «Yo me encargo».

Raylan estaba a su izquierda, preparado para subir al escenario llegado el caso. Poco antes, cuando estaba sentada, Carol se había fijado en cómo miraba a Winona y en cómo trataba de llamar su atención, aunque había tenido que volver la cabeza para verlo.

Detrás de Raylan, en un extremo del público, Boyd hablaba sin parar con una chica que a Carol le pareció casi una niña, con tacones y un vestido amarillo muy llamativo y bastante escotado. Tenía que ser Ava, atractiva, aunque muy joven, la que mató a su marido mientras cenaba. El hermano de Boyd. Ava y Boyd vivían juntos —eso le había dicho Boyd—, como hermano y hermana. Carol le preguntó por qué.

—Estamos viendo si podemos confiar lo suficiente el uno en el otro para enamorarnos —a saber qué quería decir con eso.

Carol no preguntó.

Cogió el micrófono del soporte.

—Buenas tardes —dijo—. Soy Carol Conlan, vicepresidenta de M-T Mining.

Recibió unos cuantos abucheos y silbidos que no creyó que tuvieran nada que ver con su trabajo, y empezaron a lloverle preguntas y quejas.

—¿Cuándo nos va a tratar la compañía con justicia?

—Si nos ponemos enfermos nos despiden.

—Mi padre era minero del carbón en Virginia del Oeste —dijo Carol—. Me crié en un asentamiento minero y entiendo perfectamente lo que estáis diciendo —puso acento de Virginia para dirigirse a los mineros.

—¿Cómo pudo salir de allí? —preguntó una voz entre la multitud.

—Conseguí una beca para ir a la universidad, me dejé el culo estudiando sobre la industria, la oferta, la demanda y el negocio del carbón. Después hice un máster en Derecho y la compañía que os da

trabajo a vosotros me contrató.

—En la cima de la montaña hay mucho menos trabajo. ¿Qué quieren que hagamos los mineros, que nos quedemos en casa de brazos cruzados?

—Los tiempos cambian —dijo Carol—. Ahora vamos en coches en vez de en carros de mulas. ¿A qué se dedican hoy los herreros que herraban a las mulas? Han tenido que cambiar de oficio. La mayoría de las minas siguen estando bajo tierra, pero ya sabéis que el modelo está cambiando. Cada vez hay más explotaciones a cielo abierto.

—Están destrozando las montañas —dijo una voz.

—Pero nos esforzamos para recuperarlas —contestó Carol.

—¿Y tenemos que esperar cien años a que crezcan los árboles? —replicó la misma voz—. No creo que sigamos aquí para entonces.

Carol había pensado hablar de las generaciones futuras, pero no dijo nada. Un hombre se levantó.

—Soy Hazen Culpepper, de Mayfield —dijo—. Quiero saber por qué uno de sus pistoleros ha matado a mi hermano Otis por romper unas cuantas ventanas.

—No sabes cuánto lo sentimos, Hazen —dijo Carol con una voz muy dulce—. Pero no fue un pistolero quien mató a tu hermano. Nosotros no contratamos matones. Otis perdió su casa porque alguien se descuidó y lanzó los vertidos desde una cantera. Comprendo que Otis se enfadara, pero, y siento mucho tener que decirlo, tu hermano me apuntó con una escopeta y disparó. Iba a volver a disparar, y uno de nuestros empleados tuvo que intervenir.

—¿Se refiere a Boyd Crowder? ¿A ése que está ahí apoyado en la pared? —dijo Hazen—. Boyd, ¿tú le has dicho que Otis falló?

—La señorita Conlan estaba allí —contestó Boyd—. Lo vio todo.

—Entonces estáis mintiendo los dos —protestó Hazen—. Otis nunca fallaba con una escopeta del doce. Lo matasteis cuando estaba distraído.

Raylan vio que Hazen se acercaba a Boyd y le decía unas palabras. La gente le daba palmaditas en el hombro mientras pasaba entre la

multitud. Notó el olor del perfume de Carol, volvió la cabeza y la vio a su lado.

—¿No vas a detenerlo? —preguntó ella.

—¿A quién? —contestó Raylan.

Una mujer que estaba en la primera fila se levantó entonces.

—¿Verdad que ya no vives cerca de una mina? —le preguntó a Carol

—. ¿Sabes lo que significa vivir debajo? Que todo está cubierto de hollín. Se mete en las casas y se posa en todas las superficies. A lo mejor por eso lo llaman minería en superficie. Entra en la bañera, entra en el pozo... ya no podemos beber el agua. Mi coche amanece cubierto de hollín todos los días. Tengo que lavarlo antes de ir a trabajar.

—Espera —dijo Carol—. ¿Te extraña que las cosas se ensucien? ¡Es carbón! Vives en el centro de una región minera. Un niño vuelve a casa después de jugar y su madre le dice: «Tienes las manos negras como el carbón. Ve a lavártelas antes de que te vea tu abuelo». El viejo lleva cincuenta años con ese hollín del que tú te quejas incrustado en la piel. El carbón proporciona más de la mitad de la electricidad en Estados Unidos. ¿Dejamos de extraerlo porque es sucio? Mi padre volvía a casa tan tiznado que sólo se le veían los ojos. La industria del carbón produce cuarenta millones de toneladas al año. La mitad se extrae en la superficie.

—Lo estáis esquilmando todo —dijo una mujer—. ¿Qué será de las generaciones futuras?

—¿Qué han hecho por nosotros las generaciones futuras? —replicó Carol—. Es una broma. ¿Sabéis quién dijo eso? Groucho Marx. Veréis, no creo que debamos preocuparnos porque el carbón pueda agotarse. Hay reservas suficientes para los próximos doscientos cincuenta años.

—Podríamos usar energía eólica, como en Holanda. Viento limpio, en vez de hollín —intervino un hombre.

—Eso si los amantes del viento lo permiten —dijo Carol—. El problema es que las turbinas pueden causar problemas de salud, dolores de cabeza y trastornos del sueño. Los niños tienen pesadillas.

—Vosotros os estáis haciendo ricos destripando la montaña y nosotros seguimos siendo los más pobres del estado. La mayoría no tenemos trabajo.

—En ese caso tendremos que seguir extrayendo carbón, para daros trabajo —dijo Carol.

—Nos daréis un trabajo temporal —respondió un minero—, mientras los precios del carbón sigan altos. Cuando los precios caigan, la empresa se declarará en quiebra, le confiscarán sus bienes y desaparecerá de la noche a la mañana.

—Ya sabéis que siempre hay un riesgo —contestó Carol—. Poner una mina en funcionamiento cuesta una fortuna. Cuando no se encuentra tanto carbón como se esperaba hay que irse a otra parte. Es el precio del carbón en el mercado lo que nos permite seguir adelante con el negocio.

—Os largáis por las buenas y nos dejáis aquí toda la porquería. Se ha roto una presa que contenía ciento cincuenta millones de residuos químicos tóxicos y el vertido ha envenenado el agua. ¿Sabes cómo lo llamó tu jefe, el director general de M-T?

—Un acto de Dios —dijo Carol—. Yo creo en mi jefe. Es sincero cuando dice eso. Es un hombre que va a la iglesia y cree que Dios interviene en nuestras vidas de maneras misteriosas que no siempre podemos comprender. ¿Por qué no puede ser un acto de Dios? Dios nos está diciendo: «Si vais a construir presas para los residuos, construidlas bien». A veces sólo aprendemos por la vía más difícil.

Estas palabras recibieron aprobaciones, silbidos, y hasta un «Amén» de una mujer. Carol se sintió más cerca de su auditorio.

—Creo que el salario que se os paga por la extracción en superficie es un salario decente. Tengo entendido que asciende a mil ciento veinte dólares a la semana —y acto seguido añadió—: Ahí está Raylan Givens —extendió una mano en esa dirección—: Estoy segura de que todos lo conocéis. Un juez me ha asignado a Raylan como guardaespaldas personal. Yo le pregunté a Su Señoría: «¿Para qué necesito protección?

¿No somos todos amigos?» —este comentario suscitó cierto alboroto—. Raylan trabaja para el tío Sam, es policía judicial y lo han condecorado en varias ocasiones por cazar a los delincuentes.

Dejó que los mineros vitoreasen y silbasen antes de volverse a Raylan.

—Agente, ¿puedo preguntarle si su salario como guardián de la ley se acerca a los mil cien dólares a la semana?

A Raylan le cogió por sorpresa esta pregunta. Dudó un momento y apartó la bota del primer peldaño que subía al escenario.

—¿A partir del sueldo base? —dijo—. Anda más o menos por ahí.

—Gana más o menos lo mismo que un minero de superficie.

—Bueno, contando las horas extras...

—Pero el sueldo de partida no es muy distinto del de un minero, ¿verdad?

—Se acerca bastante —dijo Raylan—. Pero la policía judicial recibe cincuenta y dos pagas anuales. Llevo diez años en el puesto. Eso significa que me han pagado sin falta desde hace quinientas semanas. Si me tomo un día libre... a veces tengo que hacerlo porque me despierto con una resaca brutal...

Hizo una pausa para que los mineros se animaran y vocearan sus comentarios.

—Di la verdad —gritaron algunos—. ¡Un día libre es un día de dolor!

—Si un día me pongo enfermo —dijo Raylan—, no me despiden —espero un segundo y añadió—: Y tampoco me lo descuentan.

Carol lo vio venir. Raylan terminó de hablar y el gimnasio estalló en aplausos, silbidos y voces de mineros que coreaban el nombre de Raylan: «¡Bien dicho, Raylan!». Y comprendió que la había cagado. Dejó que Raylan continuara, que siguiera diciendo:

—Además, hay una gran diferencia entre mi trabajo y el de un minero que trabaja para una empresa que cierra cuando le viene en gana —los mineros acogieron estas palabras con más aplausos y gritos de ovación.

—Vamos a tomarnos un descanso —anunció Carol a la multitud, que se había puesto en pie—. Hay refrescos en el vestíbulo. Seguiremos dentro de un rato, ¿de acuerdo? Entre tanto yo hablaré con Raylan para que comprenda que ha venido aquí para protegerme, no para pisarme el papel.

Es posible que esa gente de montaña no captara la insinuación. De todos modos, no estaban prestando atención.

Vio a Raylan hablando con los mineros que se habían arremolinado alrededor, y se volvió a Winona, que seguía sentada con la estenotipia. Carol se acercó a ella.

—¿Winona? Hola, soy Carol. Nos alegramos mucho de que hayas podido venir a esta reunión.

—No entiendo por qué me han elegido, aparte de que estuve casada con Raylan y a usted parece interesarle —dijo Winona.

—¡Vaya! Eres muy directa.

—No sé para qué necesita a una estenotipista del juzgado para esto. ¿Me ha hecho venir para poder preguntarme por Raylan? ¿O porque le gusta leer transcripciones?

Carol se alejó para coger la silla del centro del escenario y la arrastró hasta donde estaba Winona.

—¿Tú qué crees? —dijo, mientras se sentaba.

—No es la primera vez que oye estas quejas. Creo que quiere saber más cosas de Raylan, a través de una mujer que ha estado casada con él.

—¿Se iba por ahí a tontear con otras? —preguntó Carol.

—Ni una sola vez en seis años.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque se lo habría notado nada más entrar en casa.

—Él te dejó, ¿verdad?

—Lo dejé yo. Estábamos en la cama y se ponía a hablarme de los delincuentes. Tenía que echar mano de mis recursos para que me hiciera caso.

—Y ahora estás casada con un agente de la propiedad inmobiliaria.

—Más o menos. No puedo decir que mi matrimonio sea perfecto. Creo que me casé porque necesitaba seguridad.

—Es evidente que no —dijo Carol—. ¿Quieres un trabajo?

—Nunca trabajaría para una compañía del carbón —dijo Winona—. Me sorprende que tú lo hagas, siendo hija de un minero.

—Mi padre ha muerto. Fui a Columbia, dejé la literatura inglesa por la gestión minera y me incorporé a la compañía.

—¿Y aún quieres a tu perro?

—Tengo una gata. La llamo Gata. «¿Qué tal, Gata?», le digo. Nunca ronronea.

—No me extraña —dijo Winona.

—¿Qué recurso daba mejor resultado?

—¿Con Raylan? Todos. Me harté de ser seductora.

—Y ahora te gustaría volver con él, ¿verdad?

—Te apuesto lo que me debes a que no te lo llevas a la cama —dijo Winona.

—¿Qué tal en la limusina? —contestó Carol.

Raylan se separó de los mineros que le decían que debería presentarse a juez, y se acercó a Boyd y Ava, apoyados en la pared.

Boyd se irguió al verlo.

—Espero de todo corazón que detengas a ese paleta de Mayfield. Estabas ahí y has oído cómo me ha amenazado. Dime que lo harás, para que pueda estar tranquilo —dijo.

—No te ha amenazado. Te ha llamado mentiroso —contestó Raylan.

Y, volviéndose a Ava, con esa insinuación de sonrisa que ponía a veces, añadió—: Señorita Crowder, parece usted un helado de cucurucho doble con ese vestido amarillo.

—Te dejaría dar una chupada, Raylan —dijo Ava—, pero estoy con Boyd. Estamos viendo si nuestra relación funciona antes de ir más en serio. Ya sabes lo que quiero decir.

—Bueno, así habrás probado a los dos Crowder —dijo Raylan—. Te casaste con Bowman y tuviste que pegarle un tiro. No te estoy criticando. Creíste que se lo merecía.

—Gracias —dijo Ava.

—Oye —terció Boyd—, ¿por qué no nos dejas en paz?

—Voy a decirte una cosa —contestó Raylan—. Estoy buscando la manera de detenerte por matar a Otis, porque Carol te lo ordenó. Di que fue ella y podrás rebajar la acusación a homicidio en segundo grado. Sólo tendrás que cumplir veinte años.

Ava cogió del brazo a Boyd.

—No quiero oír esto —dijo.

—Está mintiendo —dijo Boyd—. Me está acusando de haber actuado con premeditación. Quiere acercarse a ti cuando yo no esté. Para molestarte.

Ava se detuvo un momento antes de arrastrar a Boyd hacia la puerta. Volvió la cabeza por encima del hombro para mirar a Raylan.

Capítulo diecinueve

La mañana del día en que iba a celebrarse la reunión Dios le dijo a Pervis que utilizase a Dewey Crowe como miel para atraer a los insectos.

Pervis se quedó un buen rato sentado en la cama. Como tenía el mensaje de Dios en la cabeza, no tardó en comprender quiénes eran los bichos: Casper Mott y los demás que querían su montaña, Big Black. Llamó a Rita, porque Rita tenía el teléfono de todo el mundo.

—Es mañana cuando voy a verte, no hoy —dijo Rita.

—Ya lo sé. Sólo quería asegurarme de que cuando vuelva de Cumberland y entre en casa te oiré decir: «Estoy aquíí. Ya empiezo a notar el tirón en la entrepierna. Quiero que localices a Dewey Crowe y me digas dónde está.

—¿A quién quieres putear?

¡Qué lista era!

Rita volvió enseguida.

—Ha dejado dicho que está en Harlan y que estará en el Dairy Queen a partir del mediodía, atendiendo en la barra.

—Sí, vendiendo whisky.

A las doce de la mañana en punto Pervis llamó al móvil de Dewey. Éste contestó con voz de ultratumba:

—¿Qué pasa?

—¿Ésa es manera de contestar al teléfono? —dijo Pervis.

Hubo una pausa y Dewey dio signos de volver a la vida.

—¿Eres el tío Pervis?

—Has reconocido mi voz.

—Sí, señor, y estoy encantado de oírla.

—¿Piensas ir mañana a Cumberland para la reunión?

—¿Qué reunión?

—En el instituto —le explicó Pervis al pobre idiota—. ¿Te veré allí?

—Sí, señor, tenía intención de ir.

—¿Qué estás haciendo en Harlan, chico?

—Vendiendo el alcohol que consigo en Cumberland.

—¿Te va bien?

—Me llevo diez pavos limpios por litro.

El chico necesitaba ayuda urgentemente.

—Desde que perdí a mis hijos, eres el único Crowe que queda en este mundo para continuar mi labor de toda una vida. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿De verdad soy su único pariente?

—No voy a dejarte mi negocio —dijo Pervis—. Estoy hablando de mi propiedad, Big Black Mountain.

Hubo un silencio.

—¿Me está diciendo, señor, que es el dueño de Big Black?

Pervis pensó que en Kentucky lo sabía todo el mundo, menos aquel idiota.

—Lo soy, y cuando me vaya te confiaré la montaña.

—¿Será mía? —preguntó Dewey, con la voz temblorosa de emoción—. ¿Podré hacer con ella lo que quiera?

Ya estaba pensando en venderla.

—Tienes que prometerme que no la venderás nunca —dijo Pervis—. Si Casper Mott se entera de que vas a heredar mi montaña, hará que me atropelle una vagoneta y no te dejará en paz hasta que la consiga. Hoy voy a dejarle muy claro que no pienso venderla.

—Casper Mott ya es rico como un rey.

—Y tú serías más rico si vendieras Big Black. Pero quiero que conserves la cumbre más alta de Kentucky para el disfrute de la gente que vive aquí. Tienes que prometerlo, Dewey. ¿Me estás oyendo?

—Sí, señor.

—Dime que no la venderás nunca. Dejarás la montaña a tus herederos —si es que el pobre imbécil llegaba a tenerlos—, con la promesa de que ellos tampoco la venderán. ¿Me das tu palabra?

—¿La montaña será mía cuando usted ya no esté?

—Eso es lo que pasa con las herencias.

—Pero, ¿no puedo ganar dinero con ella? —dijo Dewey.

—¿Quieres que pierda su majestuosidad?

Seguro que sí.

—Te espero mañana en Cumberland, en la puerta del instituto. Quiero verte con una camisa limpia, con traje, si tienes alguno, y sin collar de dientes de cocodrilo. Eres el heredero de la montaña más alta del estado de Kentucky, chico. ¿Cómo te sientes?

—¡Madre mía!

—No digas ni media palabra de esto.

—No, señor.

Dewey no sabía callarse nada.

Llegó el mediodía y allí estaba, con un traje prestado, demasiado grande, sin dientes de cocodrilo a la vista, esperando en la puerta del instituto y mirando los traseros de las chicas.

Pervis bajó de la limusina de Casper y se rezagó un poco para dejar que su anfitrión se adelantara con la señorita Conlan y Raylan. Vio que Raylan la cogía del brazo y ella lo apartaba de un manotazo. Antes de entrar en la limusina, Casper le había dicho a Pervis lo que le gustaría hacer con Carol. Chuparle los dedos de los pies, lamerle los pezoncitos... Pervis le preguntó si alguna vez se había relamido pensando en darse un revolcón con la señorita Conlan, y Casper dijo que claro que sí, montones de veces. El viejo pensó que Casper intentaba engatusarlo con la señorita Conlan, que estaba dispuesta a pelear por su montaña. A Pervis no le importaba escuchar su oferta, aunque pensaba regalarle la montaña a Rita

cuando llegase el momento. Sabía que ella la conservaría hasta que se hartara de recibir ofertas, y terminaría aceptando la mejor de todas. Le entrarían las dudas y rechazaría unas cuantas por diversión, porque si algo le gustaba a Rita era divertirse. Pensó que le gustaría ver la reacción de Raylan si a Rita le diera por ir detrás de él. Vio a Raylan pegado a Carol Conlan entre el gentío, y a Casper tratando de no perderlos de vista.

Esperó a que Dewey lo viese y se acercara a saludarlo dando empujones.

—Vas muy bien vestido —dijo Pervis—. ¿Estás bien?

—Sí, señor. Estoy orgulloso de que quiera confiarme esa montaña.

—Que te la confíe —señaló Pervis— no significa que confíe en ti — a ver cómo encajaba eso el pobre idiota—. Estoy enfermo del corazón y puedo morir en cualquier momento. He estado con mi abogado haciendo testamento y te he dejado la montaña, pero no puedes decírselo a nadie, ¿entendido?

—No, señor. Lo juro sobre la Biblia.

—¿Y si un mafioso italiano te mete la mano en el fuego para que le cuentes tu secreto?

Dewey negó con la cabeza.

—¿Y si el mafioso te dijera que te va a cortar la pelotas y echárselas a las ardillas? ¿Se lo dirías?

Dewey se quedó pensativo un momento. Luego cuadró los hombros estrechos bajo el traje prestado.

—Tío, esto sólo es asunto mío —dijo.

Se sentaron juntos en el gimnasio para asistir a la primera parte de la reunión. Dewey parecía aburrido, inquieto, y Pervis llamó su atención sobre la actitud de Carol Conlan, le hizo notar cómo suavizaba el acento para dirigirse a aquellos bobos. Carol le cedió la palabra a Raylan, él la vapuleó, y Pervis pensó: «Bien hecho, chico». Pero ella salió ilesa. Sabía

que los mineros necesitaban un héroe. Carol no estaba allí para resolver ningún conflicto, porque ella era la empresa.

Cuando llegó el descanso, Dewey le preguntó a Pervis si le apetecía tomar un trago. Tenía whisky en el coche.

—Nos tomaremos uno y me iré a casa —dijo Pervis.

—Pero has venido en la limusina de Casper, no tiene coche —dijo Dewey.

—Tienes razón. Me llevaré el tuyo y lo dejaré en el Dairy Queen.

Carol se fue con Casper a fumar un cigarrillo en la limusina mientras los amantes de los árboles, enemigos jurados de la minería a cielo abierto, exponían sus argumentos en el gimnasio.

—¿Cómo vas a dar la visión de la compañía si no sabes qué están diciendo ahí dentro?

—Nos están maldiciendo por destripar las montañas —dijo Carol—. Por arruinar nuestro maravilloso paisaje. Por contaminar dos mil kilómetros de arroyos. Por arrojar los vertidos sobre sus casas. Ya me lo sé.

—Te acusarán de las inundaciones —dijo Casper—. La tala de los bosques erosiona el terreno, y la tierra se empapa al no quedar nada que contenga el agua de la lluvia. ¿Sabes que los animales se están desplazando desde la cima de la montaña? Zorros, mofetas y coyotes. Un tío me contó que tiene que dejar la basura en el tejado de su casa para que no la alcancen los osos.

—¿De verdad hay osos?

—Las explosiones están dañando las viviendas de la zona, agrietando los cimientos. Una casa que está cerca de una explotación minera puede llegar a depreciarse un noventa por ciento. Y esa casa es lo único que tiene la gente.

—El carbón es su vida —dijo Carol—. Y ha sido el sustento de su

familia durante varias generaciones. Ya les he dicho que necesitan trabajo. Si nos dan las montañas nosotros les daremos trabajo.

—No tienes suficiente trabajo para ofrecer. Cuando un minero se queda en paro y deja de pagar la hipoteca, el banco le quita la casa. Y también hablarán de los problemas de salud. Cada vez hay más niños con asma, por culpa del hollín que respiran.

—Pero la incidencia de la silicosis es menor con la minería en superficie.

—Supongo que sí —asintió Casper. Carol encendió otro cigarrillo antes de apagar el que acababa de fumarse—. Sé que quieres esa finca que está a mil seiscientos metros de la cima de Big Black.

—No creo que hablemos de eso en la reunión.

—Todo el mundo sabe que le habéis echado el ojo a esa montaña, la joya de la corona, porque está llena de carbón. Seguro que te preguntan. ¿Piensas hablar de eso con Pervis?

—Mientras esté aquí.

—Creo que es la única razón por la que has venido.

—Intentaré abrirle los ojos, exponerle las posibilidades.

—Ábrele la bragueta y quizá consigas llegar a un acuerdo con él —dijo Casper.

Carol le había dicho a Raylan que esperase junto a la limusina. Raylan preguntó a qué distancia tenía que quedarse. Carol lo miró y no se le ocurrió ninguna respuesta ingeniosa, así que no dijo nada. Entró en la limusina. Casper salió al cabo de un rato, saludó a Raylan y se fue detrás a echar una meada. Al oír el chorro contra el metal, Raylan se preguntó si Casper lo hacía adrede, para que Carol lo oyese. Poco después, Casper volvió a saludar y a entrar en el coche. Fue entonces cuando Dewey Crowe salió del instituto encendiendo un cigarrillo.

Capítulo veinte

Raylan se acercó a Dewey.

—Dewey, te he visto en la reunión. La verdad es que no sé de qué lado estás —Dewey no pareció entender a qué se refería, si a favor de la empresa o en contra, así que Raylan tuvo que añadir—. Te he visto con Pervis. Parecía muy cariñoso contigo. Te ha puesto la mano en el hombro.

—Pervis dice que soy como su hijo.

—¿Cuál de los dos, Dickie o Coover?

—Ninguno. Dice que soy como el hijo que nunca ha tenido.

—Parecía muy cercano. Estaba sonriendo, y Pervis no es muy dado a sonreír.

—Ahora tiene un familiar para que cuide de sus propiedades cuando él ya no esté.

—¿Quién es ese familiar?

—Yo —dijo Dewey. Y volvió a hablar con su voz normal—: Soy su heredero. Yo y una chica negra a la que utiliza para satisfacer sus necesidades, pero ella no es de la familia. Yo soy su único pariente.

—Los dos sois Crowe —dijo Raylan—, aunque parientes lejanos. ¿Dónde está Pervis? Hace un rato que no lo veo.

—Se ha llevado mi coche para volver a casa. En realidad se lo ofrecí yo. No tenía ganas de estar con gente que quiere quedarse con una propiedad que yo voy a heredar.

—¿Me estás diciendo que te ha dejado Big Black?

—Yo no he dicho eso, lo ha dicho usted —sonrió Dewey.

—Ya lo entiendo. Pervis no quiere que se lo digas a nadie.

—No, hasta que se muera. Y tampoco puedo venderla.

—Te ha dejado su montaña —repitió Raylan.

—Me la ha «confiado».

—¡Vaya! ¿Y cómo vas a volver a casa? Pídele a Casper que te lleve, o a la señorita Conlan. Los dos tienen limusinas. Les sobra sitio.

—No los conozco a ninguno de los dos.

—Diles que eres pariente de Pervis. Seguro que te llevan.

Vio que Dewey se acercaba al coche de Casper y tocaba en la ventanilla. Le oyó decir que necesitaba que alguien lo llevase a Harlan.

Le oyó decir que era Dewey Crowe.

Le oyó decir que Pervis era su tío.

—Pervis Crowe, se apellida como yo. El dueño de Big Black Mountain.

La puerta se abrió con estas palabras, y Casper salió de la limusina pidiendo a Dewey con un gesto, por favor, que se sumara a ellos.

Le dijeron que se sentara al lado de Carol en la oscuridad, mientras Casper abatía otro asiento enfrente.

—Dewey, ¿de verdad es sobrino de Pervis Crowe?

—Así es. Soy su único pariente. Yo soy de Florida, pero él sabe que hay algunos Crowe por allí, aunque nunca los ha conocido. Vine y me presenté. Al viejo se le llenaron los ojos de lágrimas y me dio un abrazo. «Has llegado justo en el momento de mi vida en que más necesito un familiar.» Eso me dijo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Carol.

—Yo creo que quiere decir que su final está cerca, que su corazón está cansado y le está diciendo que no le queda mucho tiempo. ¿Saben que Pervis tiene a su servicio a una chica negra desde hace años? Piensa dejarle algo, algunas baratijas que conserva de cuando estuvo casado.

—Pero se ha quedado de piedra al saber que tiene un familiar. ¿Por qué te ha creído? —preguntó Carol.

—¿Y por qué no iba a creermelo? —dijo Dewey, molesto por el tono de Carol—. Los dos somos Crowe. Él sabe que tiene familia en Florida. Yo vengo con un collar de dientes de cocodrilo y él sabe que soy de los Crowe de allí.

—Y a mucha honra —señaló Carol—. Digamos que te ha creído. Si a su criada le va a dejar algunas baratijas, ¿qué te va a dejar a ti?

—Eso no es asunto suyo.

Carol olía muy bien, pero a Dewey no le gustaba su tono.

—¿Cuánto ganaste al vender tus montañas, Casper? —preguntó Carol.

—¿Cuántos millones? —dijo Casper—. Tú deberías saberlo. M-T Mining paga todas mis facturas. Me compró esta casa, este coche. ¿Has oído hablar de una limusina que alcance los ciento cuarenta por hora? —le dijo a Dewey—. Coges la autopista y vas a donde quieras.

—¿Qué motor lleva? —preguntó Dewey.

—Creo que rectificaron el de origen.

—Yo tengo un Hornet del 87 —dijo Dewey—. Pierde aceite.

—¿Y qué coche tiene Pervis? —preguntó Carol.

—Un Ford viejo, con radiador en el capó.

—Eso es para disimular —dijo Carol.

—Tiene más dinero que Dios, pero lo esconde.

—¿Te ha dicho que va a dejarte su montaña?

—Yo no he dicho eso. Lo ha dicho usted —sonrió Dewey.

Después le rogaron que se marchara. La señorita Conlan le pidió que la disculpase. Tenía que prepararse para volver a la reunión.

Casper bajó de un salto y dejó la puerta abierta. Dewey sintió la mano de Casper en el hombro.

—Algún día Casper te dará una vuelta en su limusina trucada —dijo. Dewey se encogió de hombros.

—Si consigues esa montaña te daremos una limusina como ésta —añadió Carol—. Adiós.

Casper subió de un salto y cerró la puerta.

Dewey se volvió a mirar a Raylan, que lo estaba observando.

—¿La has oído?

—Algo —dijo Raylan—. Me parece que ha querido decir que no se cree que la montaña vaya a ser tuya.

—Yo no le he dicho eso.

—Pero tiene el poder de leer el pensamiento.

—No me ha gustado su tono —dijo Dewey—. Me ha hablado como si fuera su criado. Se ha ofrecido a llevarme a casa y no he aceptado. No ha sido fácil. He notado el olor de su perfume, y podría seguir oliéndola todo el camino hasta Harlan. Pero prefiero que la gente me crea cuando digo una cosa, en vez de darse esos aires.

—¿Le has contado a Carol que vas a heredar Black Mountain?

—No se lo he dicho directamente. He dejado que se lo imaginara. Sólo le he dicho que soy el heredero de Pervis. —Dewey frunció el ceño, como si le doliera algo—. Espero que mi Hornet no le deje tirado. No quiero que el viejo se enfade conmigo, porque soy lo único que le queda en este mundo. Creo que tengo que cuidar de él, para que se vaya con una sonrisa en los labios.

—¿Vas a ir a Stinking Creek? —preguntó Raylan.

—Pervis no vive allí desde que mataron a sus hijos. Ha comprado una finca en Piney Run, a un par de kilómetros al norte de Harlan. Dice que no soportaba ver las manchas de sangre en la alfombra. Le recordaban a Dickie y a Coover.

—Creo que encontrará la paz ahora que ya no tiene que preocuparse por ellos —dijo Raylan.

—Sí, estaban como una regadera, lo sé. Pero es muy duro perder a tus hijos después de haberlos visto crecer. Te parte el alma. Pervis esperaba la visita de esa chica negra —dijo Dewey. Se encogió de hombros y movió la cabeza—. Hay de todo en este mundo. A veces cuesta creer las cosas que hace la gente.

—Para entender a los demás hay que ponerse sus zapatos y andar por lo menos un kilómetro —dijo Raylan.

—Y que lo digas —asintió Dewey.

Raylan lo vio alejarse con sus Doc Martens.

Raylan se acercó a la limusina y golpeó con los nudillos en el cristal tintado.

—¿Sabes que hay un gimnasio lleno de gente esperando? —dijo.

La ventanilla empezó a bajar.

—Quiero que se impacienten un poco —dijo Carol—, para poder tranquilizarlos a continuación. ¿Adónde ha ido Dewey?

—A casa, cuando encuentre quien lo lleve.

—Sabes que Pervis, en su sano juicio, nunca le dejaría su montaña a ese idiota.

—No lo creo —dijo Raylan—, pero no puedo asegurarlo.

—Mañana iremos a ver a Pervis. Se lo sacaremos.

—¿Por qué te interesa mi opinión? —preguntó Raylan.

—Quiero que te pongas de mi lado, para variar.

La ventanilla ya estaba subiendo.

Un grupo que esperaba en la puerta del instituto, fumando, se acercó a Raylan, le estrechó la mano, lo felicitó por cómo había contestado a Carol y le preguntó si estaba escondida en la limusina. Raylan dijo que la señorita Conlan estaba descansando del mal trago que le habían hecho pasar. Unos cuantos dijeron que se iban a casa, que estaban hartos de las patrañas de la empresa. A Raylan le sorprendió que Hazen Culpepper se acercase a hablar con él.

—Creí que te habías marchado —dijo Raylan.

—Yo también. No veo que estés haciendo nada por Otis.

—¿Qué quieres que haga? No puedo hacer lo que me dé la gana.

—Siéntala en uno de esos cuartos que tenéis y ponla debajo de un foco hasta que hable.

—El sheriff ya ha tomado declaración a la señorita Conlan —dijo Raylan—. Otis abrió fuego y Boyd tuvo que disparar, para salvarle la vida.

—¿Y tú te crees eso?

—Se lo he preguntado personalmente. ¿Otis disparó con una escopeta del doce a diez metros de distancia y ni siquiera dio a la caravana? La señorita Conlan me dijo: «Falló». Jura que fue así. En ésas estamos. Yo no la creo, pero no puedo hacer nada.

—Otis nunca fallaba con una escopeta —dijo Hazen—. Lo juraré ante cualquier tribunal.

—Si conseguimos llegar al tribunal podrás decir lo que quieras, pero estamos muy lejos de eso —dijo Raylan—. Si intentas resolver esto por tu cuenta tendré que detenerte. ¿Lo entiendes? Comprendo cómo te sientes. Alterarnos no nos servirá de nada.

—Han matado a mi hermano. No puedo quitármelo de la cabeza.

—Ya lo sé —dijo Raylan—. Pero coger a Boyd es asunto mío, no tuyo.

—Si se te olvida, llámame —dijo Hazen—. Te lo recordaré.

En otras circunstancias habrían hecho buenas migas. Raylan le tendió la mano a Hazen, que ya se marchaba.

Carol bajó de la limusina, seguida de Casper.

—¿Ése no era el hermano de Otis? —le preguntó a Raylan—. Creí que se había ido. ¿Está buscando venganza? Si no mandan a Boyd a la silla eléctrica ese como se llame lo matará. ¿Se llama Hazen?

—A lo mejor os mata a los dos. Tú también estabas allí —dijo Casper.

Carol lo fulminó con la mirada.

—Sois víctimas premeditadas —remató Casper.

—¿Por qué todo el mundo se mete conmigo? —dijo Carol en tono normal—. Vamos. Haré cinco minutos de calentamiento, conseguiré que una parte de la concurrencia se ponga de mi lado y esperaré a que los

defensores de las causas perdidas empiecen a lanzar sus protestas. ¿Por qué quiero convertir las montañas en dunas? «En dunas sin vida», me dijeron una vez. Ya no me acuerdo de sus argumentos. Dicen que estropeamos la belleza, la grandeza, la idea de Dios de lo que es un lugar bonito... sólo porque debajo hay carbón.

Carol encendió un cigarrillo.

—Y luego pon una expresión curiosa —dijo Casper.

—Una expresión curiosa no, una expresión de curiosidad —contestó Carol—. «Un momento, diré. ¿No ha sido Dios quien ocultó el carbón debajo de la grandeza?»

—Se quedarán de piedra —dijo Casper.

—Puedo decir: «¡Caray... si Dios lo puso allí...!» O: «¿Querrá Dios que no lo encontremos?». Luego sonrío y pregunto: «¿Estará jugando con nosotros?». A continuación, añado: «Pero el carbón os da trabajo y os permite calentar vuestras casas». Y termino enumerando todas las ventajas del carbón.

Se volvió a Raylan.

—Ya estoy en forma. ¿Tú cómo estás? Mejor dicho: «¿Qué tal, grandullón?». Cuando me disparo me salen mis orígenes. ¿No dices nada? ¿Mi lacónico agente judicial?

—No se me ocurre nada que valga la pena —respondió Raylan.

—Ya has vuelto a hacer lo mismo. A contestar lacónicamente. Parece que te pasas la vida rumiando, buscando la frasecita genial.

—Ya verás cuando se lo cuente a Art —contestó Raylan.

—¿Qué voy a ver? Cuando termine mi trabajo volveremos a la casa donde me recogiste y me enseñaste lo listo que eras, pero no dio resultado, ¿verdad?

—Cuando te deje en Woodland Hills mi misión habrá terminado, ¿no?

—Eso depende de ti —replicó Carol.

Capítulo veintiuno

Carol no paró de hablar en todo el camino de vuelta a Woodland Hills.

—Esa mujer me preguntó: «¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta la belleza?». Como si fuera daltónica y no supiera apreciar la naturaleza. Me dieron ganas de soltarle la obriedad de costumbre: «¿Qué prefieres, disfrutar de las vistas o que tu marido tenga trabajo?». Pero pensé que era mejor conciliar y decirle: «Yo también preferiría las vistas. Cuando veo a los hombres trabajando, a vuestros maridos manejando esas máquinas gigantes, siempre me pregunto: “¿Cuánto tardaremos en recuperar esa grandeza, el hogar de nuestros amigos los animales?”». No sé por qué lo dije, me salió de pronto. Y tuve que añadir: «Aunque las mofetas no son precisamente amigas nuestras».

—Podías haberte tapado la nariz al decirlo —dijo Raylan.

—¿Eso no es demasiado evidente?

—Para reírte un poco de los que no se enteran de que les estás tomando el pelo.

Ninguno de los dos volvió a decir nada —Boyd los observaba por el retrovisor— hasta que llegaron a la avenida de la casa colonial.

—Quiero que entres conmigo —dijo Carol.

Boyd no recibió instrucciones, así que se quedó sentado al volante.

Carol lo hizo pasar a un estudio con las paredes forradas de madera, pinturas de caballos y muebles tapizados con cuadros escoceses verdes y negros, un espacio, pensó Raylan, que no había sido decorado por Casper.

—Casper acoge en su casa a los invitados de la compañía ¿y no le preocupa que puedan saquearla? —dijo Raylan—. ¿Gente a la que ni siquiera conoce?

—¿Crees que soy una saqueadora?

Carol estaba junto a la mesa licorera, sirviendo algo que parecía coñac. Raylan no lo supo a ciencia cierta hasta que le pasó una copa de vino llena hasta la mitad y se la llevó a la nariz, diciéndose: «No pienses que vas a brindar conmigo».

Pero Carol acercó su copa, y Raylan aceptó el brindis.

—El coñac hay que beberlo con cuidado —dijo—. En estas copas entra más deprisa, y estoy muerta de sed.

Las lámparas estaban encendidas. Casi había anochecido.

Raylan pensó que quería saborear el coñac despacio para convertirse en una Carol distinta, a la que aún no conocía. La había estado observando todo el día y la había visto pasar de sureña campechana a ejecutiva pragmática. En ese momento miró a Raylan.

—Mañana iré con Boyd a Pine Run para ver a Pervis —dijo—. Está pasando una temporada allí, hasta que se quite de encima la muerte de sus hijos, según sus propias palabras. La verdad es que admiro a Pervis. Consigue que las gilipolleces que dice suenen casi tan auténticas como las mías. Yo pongo mi acento de Virginia del Oeste y todos me creen.

—¿Quieres saber si Pervis de verdad le ha dejado a Dewey esa montaña?

—Pervis nunca haría eso. Puede que le haga una oferta, aunque no sé si es el mejor momento.

Raylan se imaginó a Carol haciendo una oferta a Otis Culpepper por los daños ocasionados a su vivienda. Y a Boyd disparando.

Carol se acercó a él.

—Me has visto trabajando, cambiando de papel. Es agotador. Bueno, ya he terminado, y ahora puedo ser yo misma —dijo.

Lo miró por encima de la copa.

Raylan pensó que si le quitaba la copa y la dejaba encima de la mesa con la suya, podría abrazarla, besarla apasionadamente; y se calentaría.

Era lo que ella estaba esperando.

Resultó que Raylan no tuvo que dejar las copas en la mesa. Fue

Carol quien tomó la iniciativa, y se volvió a Raylan, eso le pareció a él, sin andarse con rodeos. Pensó si Carol era de las que se ponía seria o de las que jadeaban mucho y sonreían cuando se lo estaba pasando bien.

Le sorprendió que pareciera tan segura de que él quería acostarse con ella.

Elige a un tío como guardaespaldas y dice: «Él».

Porque había leído lo que pasó con Layla. Y se había preguntado qué había visto Layla en él.

Le traía sin cuidado por qué lo había elegido.

—Lo siento, Carol, mi misión ha terminado —dijo. Y le tendió la mano.

—¿Me estás rechazando? —preguntó ella, sorprendida, aunque intentando disimularlo. Pero al momento dijo—: Me sorprende.

—No eres la única —dijo Raylan. Le dio un beso en la mejilla y se fue de allí.

Sonó el móvil.

Raylan iba sentado en la limusina al lado de Boyd. Era Winona.

—¿Interrumpo algo?

—Estoy volviendo a casa —dijo Raylan—, al Motel Mount-Aire. He alquilado una cabaña casi fuera del recinto, aunque todavía oigo pasar a la gente de Ohio con los ATV a tope de revoluciones.

—Carol se apostó conmigo que iba a seducirte —dijo Winona.

—Espero que apostases una buena pasta.

—¿Lo ha intentado?

—Se quedó desnuda delante de mí y le dije que me dolía la cabeza.

—Qué perro eres... Llámame mañana, ¿vale?

—¿Se quitó toda la ropa? —preguntó Boyd.

El móvil de Raylan volvió a sonar.

Era Art.

—¿Estás con ella?

—Estoy en un coche, camino de Harlan, y sigo siendo virgen.

—Estoy orgulloso de que te mantengas puro —dijo Art—. Si has terminado con la señorita Conlan ven por aquí. Tengo algo para ti.

—Casi he terminado, pero quiero vigilar a Carol mañana. Creo que está tramando algo. Luego te llamo —dijo Raylan—. Voy con Boyd Crowder, y está muy atento a lo que digo —colgó antes de que Art empezase a gritar y le dijo a Boyd—: ¿A qué hora vais mañana a ver a Pervis?

—Ah, no sabía eso. Sabes más que yo de mis movimientos.

—He estado pensando que Carol seguramente le ofreció a ese hombre una compensación antes de que tú dispararas.

—¿A quién? —preguntó Boyd, mirando a Raylan—. Si te refieres a Otis estás arando en el mar.

Capítulo veintidós

Pervis estaba sentado con unos calcetines blancos, en calzoncillos y camiseta interior.

—Eres un maltratador —le dijo Rita—. Yo no soy tu mujer, así que no puedes cabrearte conmigo y pegarme.

—Tú eres mi niña bonita —dijo Pervis—. Te voy a dejar mi negocio, mis campos, mis hojas de hierba, mi montaña y mi almacén... todo.

—Siempre he querido regentar un almacén y que me paguen con vales. ¿Te estás quedando conmigo?

—Sabes que mi corazón es puro. Te trato como a una reina, todo lo que tengo es para ti.

—Serás el primer hombre que me da algo de corazón. Normalmente, viene de un poco más abajo —dijo Rita. Se acercó con una camisa de un blanco puro sobre unas bragas de un blanco puro y se sentó en las rodillas de Raylan—: ¿No crees que Dewey me dará problemas?

—Ese pobre idiota está esperando a que me muera. Y tal como me siento, creo que eso no va a pasar nunca.

Rita besó la calva de Pervis y le metió la lengua en la oreja.

—¿Quieres esperar un poco antes del acontecimiento?

—He pensado que fumaríamos un poco mientras voy generando vapor —dijo Pervis.

Rita le acarició la calva.

—Se te está bronceando la cabeza. En eso has cambiado. Ya no te pones el peluquín —dijo, lamiéndole el cráneo—. Pareces más joven sin esa cosa, ¿lo sabías? Es bueno que te dé un poco el sol, para variar —se levantó y fue a la cocina sin dejar de hablar—. Tenemos cerdo a la sal. ¿Quieres que haga unos huevos revueltos?

—Me has leído el pensamiento —dijo Pervis—. Tengo tanta hambre

que me comería hasta el culo de una mofeta.

—¿Cariño?

—¿Sí...?

—¿Sabes que tienes un arma en el tarro del café?

—Es para las alimañas —dijo Pervis.

—Es un 38.

—Para las alimañas grandes.

Lo que hizo Raylan a la mañana siguiente fue vigilar la casa donde Carol había pasado la noche, desde unos árboles de Woodland Hills. Estuvo esperando casi dos horas hasta que llegó la limusina. Boyd bajó del coche, llamó al timbre y esperó un rato. La puerta se abrió un momento, se cerró enseguida y Boyd volvió a la limusina.

Pasó media hora hasta que salió Carol, con unos Levi's y zapatos de tacón, y se sentó delante con Boyd.

Raylan subió al Audi que le habían prestado y los siguió por Harlan hasta que salieron de Baxter.

Tras recorrer algo más de medio kilómetro por la 413, Raylan vio que la limusina se paraba en el arcén. Frenó, aminoró la marcha, vio a Dewey —era él, con el traje prestado y demasiado grande— andando por el arcén y pensó que la limusina lo estaba esperando. Segundos más tarde pasó una furgoneta roja con el rótulo de M-T Mining en la puerta y se detuvo detrás de la limusina. Raylan entró en una gasolinera que llevaba mucho tiempo fuera de servicio. Miró por el retrovisor y vio que Dewey se acercaba corriendo.

Se asomó por la ventanilla del pasajero.

—Raylan, ¿puedes ayudarme? Le presté a Pervis mi Hornet para volver a casa, pero no estaba donde dijo que iba a dejarlo, y he pensado que ha debido de llevárselo... si no se ha quedado sin gasolina y lo ha dejado tirado en alguna parte.

—Sube —dijo Raylan—. ¿Sabes quién va en esa furgoneta?

—Llevan un rifle montado en la ventanilla. Si vas a echarle la bronca por cómo está conduciendo será mejor que te lo pienses. Son de la compañía. Mira —un tío bajó de la furgoneta—, se acerca a la limusina, se inclina...

—Se aparta de un salto —dijo Raylan—. Cinco pavos a que Carol ha cerrado la ventanilla.

—El que está al lado del coche es Billy El Niño.

—Ése tiene más de cincuenta tacos.

—Debieron de ponerle Billy El Niño en algún momento y se ha quedado con ese nombre. He oído decir que se ha cargado a unos cuantos.

—¿Quieres decir que nadie lo ha visto?

—Sólo los que están muertos —dijo Dewey—. Es uno de los intimidadores de M-T. Van a hablar con Pervis de su montaña. Le harán una oferta. Si no la acepta, más vale que les dé una buena razón.

—¿Sabes por qué los llaman intimidadores? —preguntó Raylan.

—Porque van armados.

—Nosotros los llamamos matones —dijo Raylan.

Vio que Billy volvía a subir a la furgoneta —iba con alguien más— y arrancaba. Raylan siguió de lejos a la limusina y a la furgoneta hasta Piney Run, donde Pervis Crowe había alquilado una casa.

Rita vio la limusina por la ventana de la cocina, apagó el fuego donde estaba calentando el cerdo y fue a sentarse al cuarto de estar, con un tenedor de cocina en la mano.

—Cariño, tenemos visita.

—¿Vas a pincharlos con eso? —dijo Pervis.

Rita le dijo que se pusiera los pantalones y subiera al dormitorio. Le llevó a Pervis los Levi's, que él llamaba sus tejanos, y lo ayudó a ponerse una camisa. Pervis estaba mirando por una de las ventanas de la fachada.

—¿A quién conocemos que pueda venir de visita en una limusina?
—preguntó Rita, mientras se ponía unos pantalones cortos.

—Será esa mujer de la compañía, Carol Conlan. Viene a comprar una montaña.

—¿Cuánto ofrecerá?

—Dirá una cantidad y le contestaremos: «¿Estás de coña?». No le diremos que la montaña es tuya —dijo Pervis—. A ver hasta dónde está dispuesta a llegar.

Entonces vieron una furgoneta que subía la cuesta y se paraba detrás de la limusina.

—La mujer de la compañía viene con gente de la compañía —dijo Pervis. Miró a Rita y preguntó—: ¿Has apagado el fuego?

Rita se fue a la cocina y Pervis vio a dos hombres que bajaban de la furgoneta. Reconoció a Billy El Niño, el más flaco, que se puso el sombrero ladeado encima de un ojo. El otro, que se quedó al lado del coche, con aire perezoso, era un tal Wayne. Tenía pinta de tener resaca.

—Viene otro coche —dijo Pervis.

Rita volvió de la cocina alisándose los faldones de la camisa.

—¿Cuántos necesita esa mujer?

Pervis esperó hasta que vio salir del Audi unos ojos enrojecidos.

—Es Raylan —dijo—. Bendito sea.

—¿Sí...? —dijo Rita, mirando a Raylan con mucho interés. Y oyó decir a Pervis:

—Y Dewey. ¿Para qué narices ha traído a Dewey?

Dewey corrió para alcanzar a Raylan mientras contaba cuánta gente había en el patio. Raylan se volvió a él.

—¿Vas a subir a decir algo?

—Voy a preguntarle a Pervis dónde está mi Hornet.

—Digo de la montaña.

—Ya te conté anoche que ella adivinó que la montaña sería mía, y yo no le dije que no. ¿Y si llega a un acuerdo con el viejo antes de que muera? Me han ofrecido una limusina que alcanza los ciento cincuenta. Yo creo que llega a los ciento sesenta... una pasada... en menos de diez segundos.

Raylan estaba mirando a los dos matones que lo esperaban. Carol y Boyd ya estaban cerca del porche, donde Pervis parecía bastante tranquilo, al lado de su Rita.

—Si la mujer de la compañía quiere hacer una oferta en el futuro, le pediré consejo a Casper, el tío más listo que he conocido —dijo Dewey.

—Me parece que somos cuatro contra cuatro —dijo Raylan.

—¿Tú, yo, Pervis y la chica? —preguntó Dewey.

—Ése es nuestro equipo. No tienes que decir nada si no quieres, ¿de acuerdo?

—Cuando vas a heredar una montaña, todo el mundo quiere hacerte preguntas —dijo Dewey.

Se quedó atrás mientras Raylan se acercaba a los matones.

—Niño —dijo Raylan al hombre de mediana edad—, ¿qué haces aquí?

—Asuntos de la compañía —contestó Billy El Niño—. Nada que te incumba.

—¿Vas armado?

—Tengo licencia. Y Wayne también.

—Déjalos en paz —dijo Carol—. Son mis escoltas.

—¿Tienes miedo de Pervis? —dijo Raylan.

Carol no se molestó en contestar. Dio media vuelta y echó a andar hacia la casa. Boyd se quedó delante de Raylan hasta que Carol se detuvo y se volvió a mirar por encima del hombro.

—¿Venís o qué? —dijo.

Los matones de la compañía dieron media vuelta y siguieron a Boyd.

Pervis seguía esperando en el porche, con Rita, que tenía las manos en las caderas, y unas piernas oscuras y esbeltas asomando por debajo de los faldones de la camisa.

—¿No va a invitarme a entrar? —le dijo Carol a Pervis.

—¿Para qué?

—Para hablar de derechos minerales.

—Hoy no vendo nada —dijo Pervis.

Billy el Niño había vuelto a ponerse enfrente de Raylan. Volvió la cabeza para decirle algo a su compañero, y Wayne, que llevaba unas gafas de sol, miró a Raylan como si acabara de despertarse. El Niño parecía alerta, aunque nervioso. Se levantó un momento el sombrero, un Stetson de ejecutivo pasado de moda, y volvió a calarse el ala ondulada encima de los ojos.

—Si quiere hablar de negocios... —empezó a decir Pervis. Se calló al ver que Carol estaba mirando a Raylan—: Señorita, estoy hablando con usted —dijo. Y esperó hasta que Carol volvió a mirarlo.

—Si viene a comprar mi montaña, ¿por qué ha traído a esos matones?

Carol habló con su voz agradable.

—Señor Crowe, represento a M-T Mining. Estoy en Harlan y sé que no voy a ganar ningún concurso de popularidad.

—Desde luego que no, poniendo ese acento de Virginia del Oeste —dijo Pervis—. Para que no nos olvidemos de que su padre era minero.

—El abuelo no tiene un pelo de tono —dijo El Niño—. Se hace el duro delante de su coñito negro.

Raylan vio que Rita estiraba las manos a lo largo de los muslos.

—Pervis, ¿por qué no entras en casa con Rita mientras nosotros resolvemos esto? —dijo. Y volviéndose a Carol, añadió—: Pervis está pensando en la oferta que le hiciste a Otis Culpepper y en cómo terminó Otis.

—Seguramente emborracharon a Otis y le pegaron un tiro cuando

cerró los ojos —dijo Pervis—. Eso es lo que yo creo que pasó —y le dijo a Carol—: ¿Quiere hablar de la montaña que le voy a dejar a mi sobrino, Ricura? Ha jurado respetar mi voluntad y no venderla nunca.

Miró a Dewey, que seguía en el patio, lejos de todos, y le hizo una señal con la mano.

—Ven aquí, hijo. Demuéstrale a esta chica que estamos juntos en esto.

—Ve, Dewey —dijo Raylan, para que el chico se quitara de en medio. Dewey subió al porche y Pervis le pasó una mano por encima del hombro.

—Dile a esa niñata —dijo Pervis—, que cuando yo muera tú no venderás la montaña. ¿Te acuerdas de lo que te dije de mi lápida?

Dewey parecía muy pequeño debajo del brazo de Pervis. Todos lo miraban desde el patio.

—Quiere que lo entierren en la cima de Big Black —dijo Dewey.

—Quiero descansar entre los árboles —asintió Pervis.

—Sí, señor, no quiere que corten ni un solo árbol.

—Y tú tampoco —dijo Pervis—. Ni que saquen carbón de tu montaña.

Raylan vio que Dewey vacilaba un momento y ponía un gesto de dolor.

—Por mucho que me ofrezcan —dijo al fin.

—Señor Crowe —dijo Carol—. Si hubiera creído por un momento que Dewey es su heredero, no habría venido a hacerle una oferta, ¿no le parece?

—Porque no pienso vender —dijo Pervis—. Creo que quiere ponerme una pistola en la cabeza y obligarme a firmar la escritura. Luego le dirá a El Niño que me mate y se inventará una historia para explicar cómo pasó.

Raylan vio que El Niño volvía a ajustarse el sombrero, como si hiciera una reverencia. Parecía un personaje de película.

Estaban llegando al meollo de la cuestión.

—¿Llevas un arma en la cintura? —le preguntó Raylan a Boyd—.

Quiero saber quién está en el ajo y quién está de observador.

Fue El Niño, no Boyd, quien contestó a Raylan.

—Tienes una manera de saberlo —y se llevó una mano a la cintura.

Raylan sacó su Glock, apuntó a la cabeza de El Niño, le voló el sombrero de un disparo y vio que el otro se quedaba aturdido y soltaba el revólver cromado que tenía en la mano, se tocaba la cabeza y se miraba la palma de la mano para ver si estaba sangrando. Raylan pensó que no tendría mucho más de una gota, porque el pelo estaba limpio. Wayne metió una mano por debajo de la chaqueta y por fin sacó otro revólver mientras Rita daba un paso al frente, se sacaba el 38 de Pervis de debajo de la camisa y apuntaba rápidamente con el cañón al cráneo de Wayne. Wayne se tambaleó, se le cayó el revólver y se quedó en el patio muy desconcertado. Rita apuntó entonces a Carol y le dijo a Raylan:

—Si quieres, la mato.

—Vamos —dijo Carol—. He venido a hablar de negocios ¿y Raylan saca un arma?

—Para librarse de tus matones —dijo Rita—. Puedo pegarte un tiro y ponerte una pistola en la mano fría.

—Hemos terminado —dijo Raylan, mirando de nuevo a Boyd, que no se había movido del sitio—. ¿Estás pensando en esa vez que te di un tiro y resucitaste? Eso sólo pasa una vez en la vida.

Se volvió a Carol.

—¿De verdad has apuntado al sombrero? —preguntó ella.

—Le he dado, ¿no lo has visto?

Raylan miró a los dos matones, que estaban sentados en el suelo, gimoteando.

—¿Vas a llevarte de aquí a esos dos? —preguntó.

—Están despedidos —contestó Carol. Y esperó un momento antes de decir—. Ya sabes que me crié en un pueblo minero.

—No paras de recordárnoslo.

—Para que lo entiendas —dijo Carol—. Conozco a la gente de las montañas y sé que están hechos de otra pasta, son desconfiados con los de fuera. Pero tú has sido una experiencia nueva para mí.

—Si le pasa algo a Pervis, iré a por ti —dijo Raylan.

—¿Me lo prometes? —contestó Carol.

Se alejó —sin mirar a Boyd—, subió a la limusina, giró haciendo una U, pasó rozando la furgoneta y el Audi y se largó de allí.

Raylan se volvió a Boyd.

—Creo que tú también estás despedido.

—Me has hecho una pregunta —dijo Boyd—. ¿De qué lado estaba? ¿Y qué he contestado? Nada. Ha sido uno de los esbirros el que te ha contestado, no yo. ¿A que no sabes lo que iba a decir?

—Eso da igual —dijo Raylan—. Si hubieras sacado el arma yo habría disparado. Creo que lo sabías y por eso has preferido limitarte a observar.

—Raylan... yo no te guardo ningún rencor, ni siquiera por esa vez que me pegaste un tiro. Reconozco que tenía intención de disparar, pero sólo si no me quedaba más remedio.

—Boyd, esa vez me dijiste que lo habías hecho adrede. Hoy te he dejado observar, así que estamos en paz, ¿vale? No tienes coche, mete al Niño y al otro en la furgoneta y llévalos a casa.

—¿Raylan...? —dijo Boyd.

—No tenemos nada más que hablar de momento —contestó Raylan. Se acercó al porche y le dijo a Pervis—: Si vuelve a ver a Carol, avísame y haré que la policía judicial se encargue de ella.

—Esa mujer no me preocupa —dijo Pervis—. Tengo aquí a Dewey para cuidarme.

—Me entregaré con cuerpo y alma —dijo Dewey.

—Le he preguntado a Pervis —dijo Rita— si no le daba vergüenza hacer esperar a Dewey hasta que se muera. ¿Y si resulta que la montaña

no vale nada porque ya han sacado todo el carbón?

—Yo siempre procuro ser optimista.

Dewey miró a Pervis y luego a Rita.

—Pero todo el mundo dice que está llena de carbón, ¿no?

—Todo el mundo reza para conseguir un trabajo —Rita—. Confía en tener trabajo —miró a Pervis—. No me parece justo dejarle una montaña muerta a tu único pariente.

—Bueno —dijo Pervis—, podría dejarle cuatro kilos de mi mejor hierba. Le durarían bastante.

—Ocho kilos sería más generoso de tu parte. Ocho kilos de hierba de papi. Dewey puede fumársela o venderla, y de las dos maneras estaría contento.

—¿Cuánto cuestan cuatro kilos en la calle? —preguntó Dewey.

Raylan le contó a Art Mullen:

—Rita le ha dicho a Dewey que podría sacar hasta diez de los grandes con la mejor hierba de Pervis. Creo que exageró un poco, pero a Dewey se le iluminaron los ojos.

Estaban en el despacho de Art Mullen, en Harlan, con la mesa llena de papeles y fotos de delincuentes en busca y captura.

—Han detenido a una chica de veintitrés años, una estudiante de la universidad de Butler, en una partida de póquer ilegal —dijo Art.

Raylan sonrió.

—¿La poli irrumpió en la residencia y sorprendió a los estudiantes apostando con cerillas?

—La policía de Indianápolis interrumpió una partida por todo lo alto en la que esta chica había perdido veinte mil dólares, por listilla. Se la llevaron y la ficharon. Ha pasado la noche en una celda y mañana la pondrán a disposición judicial.

—¿De dónde sacó los veinte mil pavos?

—Ah, veo que te está interesando. Los ganó apostando por los Duke frente a los Butler en el torneo de la NCA. Su padre se llama Reno. En

realidad es su padrastro, y tiene un negocio de apuestas. La chica se ha criado jugando al póquer y apostando en eventos deportivos.

—O sea, que lo perdió todo y terminó en una celda —dijo Raylan—. No fue su mejor noche. ¿Ha tenido que pagar una multa?

—Se ha escapado. No se presentó en el juzgado —contestó Art.

—Me estás contando esto por algo, ¿verdad?

—Esa chica, Rachel, es una alumna de sobresalientes. Nos han dicho que está atracando bancos en Kentucky, fuera de nuestra zona de influencia, con otras dos señoritas. Por cómo sonríen a los cajeros pensamos que van colocadas. Tres chicas drogadas a las que les da por atracar bancos. La policía de Indianápolis ha estado viendo los vídeos de seguridad y cree que Rachel es una de ellas.

—¿Lo saben a ciencia cierta o sólo confían en que sea ella, porque se les ha escapado? —preguntó Raylan.

—¿Por qué no vas a averiguarlo? Volverás a trabajar fuera de la oficina de Lexington. Detén a esa chica cuando no tengas nada que hacer para que los de Indianápolis nos dejen en paz.

—¿Has dicho que se llama Rachel?

—Rachel Nevada.

—¿Estás de coña?

—Y su padrastro es Reno Nevada. Es su verdadero nombre. Habla primero con la policía de Indianápolis y luego ve a Lexington.

—Tengo que ver una foto de esa Rachel Nevada.

—Será mejor que empieces a pensar en ella como Jackie Nevada. Así es como la llama Reno y todo el mundo.

Capítulo veintitrés

Jackie Nevada salió de la comisaría pensando que su mejor baza era marcharse de la ciudad. Pidió prestada una mochila, la llenó de camisetas y pantalones cortos, durmió unas cuantas horas, se puso unos vaqueros y se fue a Shellbyville haciendo autostop: empezó jugando al Texas hold'em en el casino indio con granjeros y camioneros que se pasaron la noche obligándola a apostar fuerte. Había perdido los veinte mil pavos en una partida sin límite, envuelta en una nube de humo de puros, con cinco caballeros trajeados que la observaban sin decir palabra. Pasó con un as-cinco, aunque tenía una corazonada. Habría aceptado la apuesta si estuviera jugando con currantes. Al ver que salía un as en el flop comprendió que podía haber ganado con la pareja de ases. Tendría que haberse dado cuenta de que podía desplumar a esos tíos; al menos tendría que haberlo intuido. Podría haber dicho: «Ah, ¿me estáis esperando?», y enseñar su as-cinco. Pero pasó. Pensó que era mejor retirarse. ¿Por qué no había arriesgado? Lo perdió todo. Cuando entró la policía sólo le quedaban trescientos pavos que se había guardado en las zapatillas.

Por la mañana, Buddy recogió a Jackie en la 74, donde se puso a hacer dedo para que alguien la llevase a Shervyville, a sententa kilómetros de allí.

—¿Ésa no es mi mochila? —preguntó.

Jackie contestó que se la había prestado la noche anterior y Buddy dijo: «¿Ah, sí?».

—Tengo treiscientos pavos —dijo Jackie—. Voy a jugar hasta que gane lo suficiente para comprar un billete de autobús, y sólo pienso parar en el camino para jugar al póquer. Pararé primero en Tunica, Misisipi, y haré una última parada antes de Las Vegas. Se va a celebrar el campeonato mundial. Sólo necesito un poco de pasta para inscribirme en el torneo, ganarlo, devolverle a Reno lo que le debo y volver a Butler a

tiempo de hacer los exámenes finales. ¿Qué tal suena?

—Sí, ¿por qué no? —contestó Buddy, que tenía una resaca brutal.

No tenía gasolina suficiente para ir hasta el casino y volver. Jackie le dijo que no se preocupara por eso, le dio un beso en la boca, conteniendo la respiración y se despidió diciendo: «Hasta luego». Buddy la vio alejarse por la carretera con la mochila colgada de un hombro. Ni siquiera había levantado el dedo y los coches ya estaban frenando para mirarla. Buddy pensó que en menos de dos minutos alguien la habría recogido.

Vio que un coche frenaba y pasaba muy despacio al lado de Jackie. Era un coche muy viejo, debía de tener lo menos cincuenta años, pero, qué coño, era un Rolls-Royce Phantom repintado con su verde original y con la chapa flamante.

Un negro con traje de chófer bajó del coche, abrió la puerta trasera y cogió la mochila de Jackie. Jackie saludó a Buddy con la mano y subió al Rolls.

Sin soltar la puerta, el chófer le dijo a Jackie:

—El caballero que le ofrece su coche es Harry Burgoyne, de Lexington, propietario de las Cuadras Burgoyne.

—No me digas que te has escapado de casa —dijo Harry, al ver a Jackie subir al coche—. Si cruzamos la frontera del estado puedo acabar en la cárcel. Eres estudiante, ¿verdad? No me digas que eres de Butler. El otro día aposté que los Butler ganaban por cinco y perdí diez de los grandes.

—Soy Jackie Nevada, y sí, voy a Butler. Pero aposté a que los Duke ganaban por pares y me embolsé veinte mil pavos.

Harry sonrió, con sus gafas de sol y su cazadora a cuadros.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Eso hacéis en la universidad? ¿Apostar?

—Principalmente —dijo Jackie. Estaba sentada al lado de Harry, y el Rolls ya iba rodando por la autopista—. Cuando llegó el momento del partido, las apuestas por Butler estaban a dos a uno. Me jugué un punto a favor de Butler con uno de los clientes de mi padre. Duke ganó por dos, así que derroté a todo el mundo. Reno Nevada es mi padrastro.

—¿Por qué lo llaman Reno?

—Se llama así. A mí querían ponerme Sierra, antes de nacer. Sierra Nevada. Habría molado, pero Reno me puso el nombre de mi madre. Nos abandonó cuando yo era muy pequeña. Ni siquiera me acuerdo de ella. No llegaron a casarse y Reno no era mi padre. He visto fotos de mi madre posando desnuda en el jardín. Reno las tenía guardadas en un cajón, y he tenido una visión íntima de mi madre. Me parezco un poco, aunque ella es mucho más guapa.

—¿Nunca has visto a tu madre? —dijo Harry, frunciendo el ceño.

—Mucha gente no conoce a su madre. O a su padre.

—¿Y ahora qué haces? ¿A dónde vas?

—A Shelbyville, a ese casino que se llama Indiana Live. Voy a pasar el resto del día jugando al póquer.

—Tenía intención de parar allí. No me importaría ver cómo te juegas veinte mil pavos —dijo Harry, sonriendo, para que Jackie pensara que no lo decía en serio.

—Si los tuviera, los dejaría pelados a todos en menos de una hora. Pero anoche, en el garito de Elaine, la cagué. Perdí con un as-rey. Lo aposté todo antes del flop y me ganaron con una pareja de sietes. Reno pensó que me retiraría después de perder varios cientos de pavos, que no arriesgaría tanto. Pero tenía la pasta que había ganado con los Duke, hasta que los fumadores de puros me desplumaron.

—Cielo, en cuanto pones un pie en el garito de Elaine estás perdido. Me sorprende que te dejase jugar.

—Me miró y creo que se vio a sí misma cuando era joven —dijo Jackie—. Los tíos eran simpáticos. Fumaban y hablaban de comprar

caballos para hacerlos correr en Keeneland.

—Eso está en Lexington —dijo Harry—. Allí gané la Maker's Mark con un caballo que se llama Black Boy, y mi chófer negro me dejó plantado. Se metió en un negocio rarísimo con una enfermera. Se puso a robar riñones y ahora está muerto. Seguro que conozco a los tíos que jugaron contigo. ¿Cómo se llaman?

—Sólo me acuerdo de uno, Lou. Me dijo: «Hola, guapa, soy Lou». No hablaron mucho.

—Mi chófer, el que mataron, se llamaba Cuba, pero decía que era africano. Yo pensaba que era un chico muy trabajador, hasta que me dejó y contraté a Avery.

Jackie vio que Avery los estaba mirando por el retrovisor y, por un momento, su mirada se cruzó con los ojos del chófer, muy serios.

—Jugué como si estuviera memorizando las cartas cubiertas y dije que no iba. No había límite de apuestas, y los cinco caballeros me miraron y apostaron veinte mil. Era todo lo que tenía, menos los trescientos que llevaba en las zapatillas.

—Dejaste que te pusieran nerviosa.

—Me di cuenta y me cabreé. Sé que no hay que jugar estando cabreado o alterado.

—Eso es verdad, hay que largarse.

—Pensé decir: «Ah, ¿me toca a mí?». Hacerme la tonta, para despistarlos. Pero tuve el pálpito de que no debía.

—Te asustaste.

—Me entró una mano de as-cinco y no fui.

—Cuando se juega hay que ir a por todas —dijo Harry—. No te puedes achantar por un as solitario.

—Sí, pero el as se convirtió en una pareja cuando descubrieron la última carta y el que tenía un rey-jota se llevó el bote.

—Esas cosas pasan —dijo Harry.

—Si hubiera ido habría podido ganar doce mil pavos. Tenía el

pálpito de que podía desplumar a esos tíos, entrar y jugar a ganar. Ha sido una de las pocas veces que no he ido con un as.

—¿Cuántas veces ganas con un as cubierto?

—¿Cuántas veces te entra uno?

—Me estás diciendo que tienes suerte —dijo Harry—. Al póquer no se gana confiando en la suerte.

—Gano porque juego bien. Si las cartas no me dan buena onda, las tiro.

—¿Te fuiste del garito de Elaine con trescientos pavos?

—En las zapatillas. Se me olvidó decirte que llegó la policía.

—¿Detuvieron a Elaine?

—Dijo que eso pasaba de vez en cuando. Que eran gajes del oficio.

—¿Te metieron en una celda?

—Me detuvieron, pero me escapé cuando nadie me veía. Aún tengo pasta suficiente para empezar en una mesa de cinco a diez y seguir jugando hasta que se doblen las apuestas.

—Eres una fugitiva, guapa. Te estarán buscando.

—Me pondré unas gafas oscuras —dijo Jackie.

Se quedaron callados.

Pasaron unos diez segundos hasta que Harry dijo:

—Si no supiera que estás en un aprieto... —no terminó la frase, y Jackie le contó:

—Una noche estaba esperando el autobús con media docena de folletos publicitarios, y al subir se me cayeron a la calle. Cuando los estaba recogiendo, un hombre se paró y dijo: «No he podido evitar darme cuenta de que estabas en un aprieto».

—¿De verdad?

—Era la segunda vez que oía a alguien usar esa palabra —dijo Jackie.

Harry frunció el ceño.

—Has empezado a decir: «Si no supiera que estás en un aprieto...».

¿Qué? ¿Crees que las gafas oscuras no darán resultado? —dijo Jackie.

Sabía que había logrado despertar el interés de Harry.

—Estaba pensando en financiarte la partida —dijo Harry.

Jackie tardó un momento en preguntar:

—¿Por cuánto?

—Lo que necesites para huir. ¿Diez mil?

—Te estás quedando conmigo.

—Crío caballos purasangre y compito con ellos por todo el país. No tengo que preocuparme por el dinero. Pago un millón de pavos por una yegua y la quiero como si fuera mi hija —dijo Harry.

—Hasta que se escapa.

—Bueno, si no gana suficientes carreras...

—Buscas otra yegua —dijo Jackie.

Vio que Harry sonreía.

—Es verdad, pero le doy tanto cariño que puedo convertirla en ganadora.

—¿Y qué clase de cariño me darías a mí?

—Tengo setenta y cinco años, cielo. Iremos a tomar unas copas, te haré reír y te daré un beso en la mejilla. Todo lo que ganes para ti. Seré un perro feliz si me haces una caricia de vez en cuando.

—¿Y qué pasa si me quedo sin fichas en mitad de una partida?

—Si veo que puedes ganar, te ayudaré.

—¿Y si pierdo la apuesta...?

—En ese caso, te dejaré donde quieras —dijo Harry.

Jackie se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Harry, acabas de hacerme la chica más feliz del mundo.

Esa tarde, en Shelbyville, Jackie tardó cuatro horas y diez minutos en ganar dieciocho mil pavos en dos mesas sin límite de apuestas. Jugó con gente que contrataba a camioneros, con gente que se apostaba la cosecha

de agricultores a los que ni siquiera conocía. En ese momento se estaba tomando una cerveza. Harry Burgoyne había pedido un escocés doble.

—Iban siempre de farol —dijo Jackie.

—Y tú te diste cuenta.

—No sabían farolear.

—Los tíos con los que juego en Keeneland —dijo Harry— creo que siempre intentan engañarme. Lo sé, pero siempre me quedo más de la cuenta, acepto cuando doblan la apuesta y terminan ganándome.

—Tendría que verte jugar para darte algunos consejos —dijo Jackie.

—Eso he pensado. O mejor, organizar una partida para que juegues con ellos. Son criadores de caballos. Tienen casi tanto dinero como yo. Puedo decirles que eres mi sobrina, que has venido a visitarme. Les diré que te encanta el póquer y que crees que juegas muy bien. «Chicos, ¿queréis jugar con Jackie? Yo financio la partida». Verás como aceptan. Si ganan se irán con la sensación de que se están llevando mi dinero.

Harry dio un sorbo de whisky y siguió diciendo:

—En el bar de Keeneland siempre hacía un numerito para hacerles reír, con el chófer de antes, con el africano. Le echaba la bronca por vestirse con los colores de mis cuadas. Y él decía: «Jefe, es su mujer quien me viste». Mientras te veía jugar se me ha ocurrido que podríamos hacer un buen número cómico.

—Me estás tomando el pelo otra vez, ¿no?

Capítulo veinticuatro

Un exconvicto llamado Delroy Lewis dirigía la función: contrató a Floy, un chaval de dieciocho años que se había criado en las calles y robaba coches —coches siempre caros, los Mercedes y los BMW eran sus favoritos— para venderlos en los desguaces. Trabajaba casi siempre en los aparcamientos de grandes centros comerciales, con herramientas que en veinte segundos le permitían abrir la puerta y en medio minuto arrancar el motor. A veces le daba por levantar un Chrysler o un Buick, y últimamente se había aficionado al Honda grande, un coche en el que las chicas tenían espacio para relajarse y fumarse un porrito camino del trabajo.

Aparcó en la calle y se acercó al edificio de apartamentos que tenía una salida de incendios a un lado y otra en la fachada principal. Llamó al portero automático.

—¿Qué coche? —preguntó la voz de Cassie.

—Un Beamer gris —dijo Floy—. Lo he lavado para vosotras.

—Bajamos en cinco minutos.

Delroy le había dicho a Floy: «Si no bajan en media hora, lárgate. Ya hablaré yo con ellas».

Por fin se vistieron y salieron a ver al coche. Tenían pinta de fanáticas de la moda. Vestían ropa de Goodwill, cinturones anchos en la cadera, gabardinas y sombreritos de playa con el ala bajada. Janie se había puesto una gorra de béisbol de los Tigres de Detroit; las tres llevaban bolsas de tiendas de ropa de mujer.

Subieron al coche, y Kim le dijo a Cassie:

—¿Sabes que llevas esos tacones que dicen «fóllame»?

—Me encanta cómo suenan en los suelos de mármol —dijo Cassie.

—¿Y qué pasa si tenemos que volver al coche corriendo?

—Aunque fuera en zapatillas estaríamos igual de jodidas. ¿Tú crees

que Floy nos va a esperar?

—Me han dicho —dijo Floy, mirando por el retrovisor— que me largue si tardáis más de seis minutos en salir. Delroy dice que soy joven y tengo que cuidar de mi culo —volvió la cabeza para ver bien a las chicas—. Nadie dice que lo que hacéis sea fácil, pero eso de entrar tan tranquilas y salir con las bolsas llenas de billetes verdes es la hostia. Delroy dice que sois las atracadoras más guays que ha tenido nunca. Ese tío os adora.

—¿Por eso nos maltrata? —dijo Janie.

—Si no le hacéis caso, ¿qué esperabais? Pero cuando volvéis a casa os da todo el Oxy que queréis, ¿a qué sí? Seguro que os gusta pasarlo bien cuando no estáis trabajando.

—Si nos pillan ya sabes a quien trincarán con nosotras —dijo Cassie.

—Oye, yo sólo conduzco el coche.

—No me refería a ti, sino a Delroy. Él nunca se acerca al banco.

—Nos dice cómo es por dentro y cuándo hay menos gente —dijo Kim.

—¿Cuánto crees que vale eso, Floy? —dijo Cassie.

—Unas palmaditas en el hombro, aunque ese tío es bastante alto. No creo que quiera pagar más de cincuenta pavos. Es muy agarrado. Aunque igual lo hacéis a cambio de hierba y pastillas.

—Y unos cuantos cientos cada vez —dijo Kim.

—¿Y os deja gastarlo?

—De vez en cuando.

—Os tiene esclavizadas robando bancos.

—Si volviera a trabajar de stripper estaría esclavizada chupando pollas. Esto no está tan mal; nunca nos han pillado.

—Si faltamos a un trabajo no nos obliga a hacer dos —dijo Cassie.

—Si tuvierais que hacerlo alguna vez sin estar colocadas no lo haríais —dijo Floy.

Aparcó a media manzana del banco y esperó a que dieran una calada, se pintaran los ojos, se calaran bien el sombrero y la gorra y bajaran del coche con sus bolsas.

—Os doy diez minutos enteros —dijo Floy—. ¿Mola? Sed buenas. Nos vemos en un rato.

No lo oyeron.

Las vio alejarse hacia el banco.

Se pararon delante de una mesa de cristal, en mitad de la sala, y escribieron en el dorso de un cheque las notas que iban a pasar a los cajeros.

—Yo he puesto: «Dame cinco mil pavos o te mato» —dijo Cassie. Se quedó mirando su nota y añadió una palabra.

—¿*Reembolso* se escribe con b o con uve? —preguntó Kim.

—Yo voy a pedirle todos los billetes de cien —dijo Janie—. La chica dirá que tiene que ir a buscarlos. Y le diré: «Muy bien. Trae cincuenta». Al final me llevaré lo que quiera darme.

—Dile cuánto quieres, coño —dijo Cassie.

—¿Por qué no escribimos lo mismo tres veces? —propuso Kim.

Cassie le pasó su nota.

—Toma, escríbelo igual. Todo en mayúsculas. DAME CINCO MIL PAVOS O TE MATO , JODER. Y añade tres signos de exclamación, para que vea que vas en serio.

Kim escribió las tres notas y se fueron cada una a una ventanilla.

En pocos minutos, Janie se alejó de la ventanilla con su bolsa llena de billetes. Se encontraba fatal; tenía retortijones. Como tuviera que atracar otro banco iba a acabar enfermando.

Después salió Cassie.

—¡Qué fácil es! ¿Dónde está Kim?

Kim seguía en la ventanilla.

—Ya viene —dijo Janie.

Salieron las tres del banco y subieron al BMW.

En el camino de vuelta, le contaron a Floy cómo había sido el atraco. Iban fumando hierba y estaban muy parlanchinas, aliviadas porque todo había salido bien.

—¿No habíamos robado ya en ése? —dijo Cassie.

—A mí todos los bancos me parecen iguales —contestó Kim.

—La cajera va y me dice: «Es la segunda vez que me atracan este mes». Tan tranquila. Le pregunté si habíamos sido nosotras. Dijo que no, que había sido un tío. Le pregunté cuánto se llevó. Dice que cogió un montón de cien y salió pitando.

—La mía ha flipado al ver la nota —dijo Kim—. Se ha puesto a repetir que tenía un hijo. Le he dicho que hiciera el favor de abrir el cajón, que el dinero no era suyo.

—Yo le he dicho a mi cajera que se quedara con un par de cientos para ella. ¿Cómo podía saber el banco que no nos los habíamos llevado nosotras? ¿Y sabéis qué me dijo?: «¿De verdad...?». Os lo juro.

—Lo habéis hecho de coña —dijo Floy, mirando por el retrovisor. Vio que Cassie iba contando el botín.

—No está mal —dijo Cassie. Y rozó el hombro de Floy con varios de cien en la mano.

Floy los aceptó sin dudarlo.

—Chicas, estoy dispuesto a pillar un coche para vosotras cuando lo necesitéis. Pero ¿cómo es que la poli no os ha trincado todavía? Ya lleváis cuatro bancos, todos en la ciudad o cerca.

—Piensan que somos chicas trabajadoras y salimos a divertirnos un rato a la hora de comer —dijo Kim.

Floy pensó que eran unas tías muy raras. Se ponían gabardinas para atracar el banco cuando hacía sol. ¿Cómo es que nadie se fijaba en ellas?

Vio que Janie no participaba.

—¿Qué te pasa, guapa? —le preguntó—. No dices nada.

—No le mola mucho esto de robar bancos —dijo Cassie—. Está con la regla.

Raylan pensaba que los policías judiciales tenían más afinidad con los polis de las grandes ciudades que con los agentes federales. Por eso entró en el vestíbulo de la sede de la Policía Metropolitana de Indianápolis sabiendo que se sentiría como en casa.

Se reunieron en la sala de la brigada para empezar a conocerse mientras los detectives le preguntaban por la enfermera de trasplantes que robaba riñones y había estado a punto de matarlo. Raylan les habló de la abogada de la compañía minera que había matado a un hombre a sangre fría y dijo que aún seguía pensando en ella.

—Si yo trabajara aquí, tendría su nombre escrito en la pizarra, Carol Conlan. No lo tacharía de momento.

Sentado a una mesa larga con los detectives, dijo que le gustaría quedarse el mes entero, para ver a Peyton Manning y a los Colts jugando en casa. Ojalá pudiera olvidarse de ese corredor de apuestas al que estaba buscando. Reno Nevada.

—¿Así que se trata de eso? —dijo Buzz Hicks, el más veterano de los presentes—. Estás buscando a la hijita de Reno, ¿verdad? A Jackie Nevada.

—¿Reno no es su padrastro? —preguntó Raylan.

—Sí. En su partida de nacimiento figura como Rachel Nevada, pero Reno empezó a llamarla Jackie desde que era muy pequeña.

—Su madre se llamaba Jackie —dijo otro detective—. Se lío con Reno cuando el cabrón de turno le destrozó la vida. Tuvo a la niña e hizo de madre hasta que se hartó de la vida doméstica y decidió largarse. Fue Reno quien le puso el nombre de Rachel, por su madre, pero enseguida

empezó a llamarla Jackie. Tenía debilidad por esa tía que lo dejó plantado.

—¿Cómo sabes todo eso, Lloyd? —preguntó Hicks.

—Me lo contó ella, cuando la detuvimos.

—O sea que se ha criado con Reno —continuó Hicks—. Ese morenito sospechoso que se hace pasar por latino y dirige un negocio de apuestas.

—Deben de llevarse bien —dijo Raylan.

—Bueno, vivieron juntos hasta que la chica se fue a estudiar a Butler —explicó Hicks—. Y, no te lo pierdas, se pagó la carrera jugando al póquer por las noches. La única chica viviendo en un piso de estudiantes con siete tíos. ¿Sabes cómo la llamaban? «Madre». Tenía una mesa de póquer, cartas y fichas. Si querías jugar tenías que traerte la silla o pedir una prestada. Fuimos a hablar con ellos. Dijeron que era increíble verla barajar las cartas.

—Tengo entendido que ganó veinte mil pavos apostando por los Duke en su facultad —dijo Raylan.

—Sí, pero Reno dice que él la cubrió con diez mil, por si los de Butler al final ganaban. Se lo preguntamos a Jackie —Hicks miró a sus compañeros—. Cuéntale qué nos dijo, Lloyd.

—Que Reno no puso nada para esa partida —dijo Lloyd—. Estaba muy ocupado perdiendo dinero en apuestas a resultado exacto. Jackie dice que ganó los veinte mil apostando por Butler.

—¿Lo habéis comprobado? —preguntó Raylan.

—¿Qué te has creído? ¿Qué somos la comisión del juego? La apuesta exacta por los Duke en la web de *BetUs Sportsbook* era de menos siete, y Reno perdió mucha pasta.

—¿Y qué tal se tomó Jackie que la trincaran en esa redada? —preguntó Raylan.

—Se nos escapó —dijo Hicks—. Reno jura y perjura que no ha sabido nada de ella. ¿Qué crees que estará haciendo esa chica?

—Bueno, he oído que está atracando bancos, para recuperarse. ¿Tenéis esas cintas de vídeo?

—Jackie y otras dos chicas —asintió Hicks—. Las tenemos en varios bancos de Lexington. Si quieres podemos verlas —miró a sus compañeros. Lloyd, le pasó las copias de las grabaciones de seguridad y Hicks se las dio a Raylan—: Se las enseñamos a Reno. Dice que su niña no roba bancos. Que ésas son chicas descarriadas. «Mi niña tampoco se droga. Está muy centrada en el póquer.» Eso dijo.

Raylan vio las cintas donde salían las chicas con bolsas de tiendas de ropa en distintas ventanillas.

—Mira lo que hacen. Se vuelven las dos a mirar a la que todavía está en la ventanilla. Están colocadas. Tienen que ponerse a tono para atracar el banco.

—He oído decir que otros necesitan que los roben antes de entrar —dijo Raylan—. Estas chicas parece que acaban de cobrar un cheque.

—¿Y en qué les pagan? —dijo Hicks—. ¿En yenes? Necesitan bolsas para llevárselos.

—No hay muchas mujeres atracando bancos —dijo Raylan—. Yo creo que no son más de cinco o seis de cada cien. Y aquí tenemos tres a la vez. ¿Cuál creéis que es Jackie?

—La que lleva la gorra de béisbol calada hasta los ojos —dijo Hicks—. En otras cintas se le ve la cara —se levantó mientras Raylan seguía viendo las cintas.

—Oye, Buzz —dijo Lloyd—, ¿recuerdas que alguna vez tuviéramos dos chicas atracando bancos a la vez?

—Por aquí no —dijo Hicks.

—Eso fue cerca de la frontera —dijo Lloyd—, hace siete u ocho años. Atracaron un banco en un pueblo de mala muerte, cerca de la 64 y se fueron a Louisville. Iban con un tío que les enseñaba la técnica.

—¿Cómo te acuerdas de eso?

—Se me quedó grabado —dijo Lloyd—. Recuerdo que un confidente

los denunció, pero tuvimos que soltarlos por falta de pruebas.

—¿Y recuerdas qué fue del soplón? —preguntó Raylan.

Lloyd entornó los ojos en un esfuerzo por recordar y finalmente asintió con la cabeza.

—Un tío le arrancó el brazo derecho con una escopeta.

—¿Delroy Lewis? —preguntó Raylan.

—Sí, ése es el tío al que interrogamos por los atracos.

—¿Podemos terminar con esto? —pidió Hicks. Y le dijo a Raylan—: Ésa, la que está mirando a la cámara. Todos menos Lloyd dijimos que era Jackie Nevada o su gemela.

—Podría ser —dijo Raylan—. He pasado por Butler y le he echado un vistazo a su foto. No me imagino a la chica que he visto en el anuario jugando con una cámara de seguridad.

—El móvil encaja —replicó Hicks—. La chica necesita pasta.

Raylan negó con la cabeza.

—Éstas hacen muecas a la cámara cuando salen.

—Están colocadas y les parece muy divertido —dijo Hicks—. Fue tu gente de Lexington quien nos envió las fotos de los bancos. Ellos identificaron a Jackie y nos pidieron confirmación.

—Se parecen mucho las tres —observó Raylan—. Jóvenes y de la misma altura. Tres chicas con ganas de divertirse.

—Robando bancos —dijo Hicks.

—Comprendo que quieras creer que es Jackie. Espero que estés en lo cierto y que yo me equivoque de medio a medio, pero no me imagino por qué a tres chicas les da por robar bancos. Creo que hay un tío que las obliga. Pasa a recogerlas en el coche, toca el claxon y las lleva hasta el banco. No estoy seguro, pero vamos a averiguarlo.

—Respetamos mucho tu opinión, pero nos gustaría que esta vez estuvieras equivocado —dijo Hicks—. Te hemos estado observando desde lo de ese tarado de Miami, Tommy Bucks. Le diste veinticuatro horas para que saliera de la ciudad, te provocó y te lo cargaste.

—Y me desterraron a Harlan County.

—Hasta que volviste a aparecer con la enfermera de trasplantes.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Bueno —dijo Hicks—, queremos que esto lo hagas a nuestra manera.

Camino de la sala de apuestas de Reno, Raylan no dejó de pensar en la Jackie de la foto del anuario, de la que había hecho una copia. Podría ser Miss Nevada, pero prefería jugar al póquer.

Entró en la barbería, a un par de manzanas del Lucas Oil Stadium, y pasó por delante de tres sillas vacías hasta una puerta que debía de ser la oficina de Reno. Llamó dos veces.

—Soy Raylan Givens. He llamado hace veinte minutos para...

La puerta se abrió.

Raylan pensó que Reno parecía cubano. Tenía varios teléfonos móviles encima de la mesa, un ordenador y montones de formularios de apuestas y notas escritas a mano.

Lions y Niners 20 jugadas reversibles. Bears cinco centavos, Nueva Inglaterra, diez.

—¿Hay que conocer la jerga para hacer una apuesta? —dijo Raylan.

—Mis clientes habituales la conocen. Si un tío me llama y dice que quiere a los Saints menos siete treinta veces, ¿qué está apostando?

—Ni idea. Pero ¿y si pierde y dice que nunca hizo esa apuesta?

—Grabo todas las conversaciones. Tengo kilómetros de cinta. Le pregunto si quiere oírse haciendo la apuesta.

—Ha dicho usted que le dio a Jackie dinero para apostar. Ella dice que no.

—Venga, hombre. ¿Cree que no la cubre nadie? Cuando no tiene suficiente para pagar siempre me llama. Los que apuestan con ella saben

que es profesional: cuando pierde, paga. Y me conocen a mí. Escuche bien lo que voy a decirle: Jackie no robó esos veinte mil pavos. Me pidió prestado mi ochenta por ciento para una partida a lo grande y perdió. La detuvieron en una redada y se escapó. No debería haberlo hecho. Seguramente ahora está trabajando para recuperar lo perdido y devolverme mi parte. Es lo único que sé.

—¿Y cuando haya saldado la cuenta con usted, qué? ¿Se entregará?

—La detendrán pronto, mucho antes de que llegue a Las Vegas. Por lo visto, Jackie quiere probar suerte en el Campeonato Mundial. Cuando ves a Jackie en una mesa no puedes evitar fijarte en ella. La observas un rato y te deja pasmado. Jackie no llegará a Las Vegas.

—Sé que no es una de las chicas que sale en las grabaciones de las cámaras de seguridad —dijo Raylan.

—Seguro que esas chicas no pueden pagar el alquiler y necesitan pasta —dijo Reno—. Yo creo que un tío las está utilizando. A ellas no se les ocurriría atracar bancos; son unas colgadas. Un día de éstos, cuando salgan del banco, se encontrarán con la policía apuntando con las armas desde detrás de los coches. Ninguna de estas chicas se mueve como Jackie. Los polis verán que no es ella y se llevarán una sorpresa. «Tío, era idéntica.» Y mientras Jackie estará sentada a una mesa, mirando las cartas que van saliendo.

—No cree que vaya a entregarse.

—No tendrá necesidad, la detendrán y la traerán aquí. Tengo amigos abogados. No creo que cumpla condena. Jackie no tiene antecedentes y es una chica educada.

—No puede andar por ahí cuando pesa sobre ella una orden de detención —dijo Raylan—. Lo tiene crudo. Más vale que la encuentre y la convenza para que vuelva antes de que la detengan. Que cuente su historia y como mucho le caerá un año, o quedará en libertad condicional.

—Si quiere ayudarme, ¿por qué no la busca usted? Es usted quien sabe encontrar a la gente —dijo Reno.

—Le estoy dando una oportunidad. Si la encuentro antes que usted tendré que detenerla.

Capítulo veinticinco

Harry llevó a Jackie a las carreras de Keeneland y la sentó a su mesa en el Blue Grass Room. Jackie pidió patas de cangrejo y una Guinness; Harry un par de colas de langosta y un Collins doble, mientras veían la carrera en una pantalla enorme. Harry había ganado cerca de cinco mil con triple apuesta en la mayoría de las carreras. Jackie no parecía interesarse mucho por los caballos. Apostaba a su vez con Harry y se quedaba con la mitad de lo que él ganaba.

—Empiezo a hacerme una idea de cómo ganas al póquer —dijo Harry—. No apuestas por tu mano. Apuestas cuando ves las caras de los tíos que se ponen serios y dicen que no van.

—¿Y qué diferencia hay?

Miró por encima del hombro de Harry a una rubia teñida, vestida con ropa deportiva de diseño en tonos oscuros, y al hombre que intentaba alcanzarla en el bar, con un traje de color tostado que parecía un uniforme. La mujer se acercó, miró a Jackie y no sonrió hasta que se dirigió a Harry:

—Carol Conlan —dijo, poniendo en el hombro de Harry una mano con un brazalete de porcelana en la muñeca—. ¿Cómo estás, Harry?

Harry, con el vaso en la mano, se tomó su tiempo antes de mirar a Carol, que estaba diciendo:

—La última vez que te vi fue el día que ganaste la Maker's Mark. ¿Te acuerdas?

—Con Black Boy —asintió Harry—. Gané trescientos mil con ese semental.

—Lo que quiero decir —dijo Carol haciendo un mohín— es si te acuerdas de que yo estaba allí —sonrió para dejar claro que el mohín era una broma.

—Sí, Cuba y yo hicimos nuestro numerito y luego me senté contigo.

Quiero que conozcas a mi invitada, Jackie Nevada.

Carol miro a Jackie y enarcó las cejas.

—¿De verdad? —dijo, sorprendida por un momento.

—Quiero que sepas que esta niña es muy importante para mí —dijo

Harry.

—Suenas divertido —dijo Carol.

—Adivina a qué se dedica —dijo Harry.

—¿Es jinete? —aventuró Carol, después de pensarlo unos instantes.

—Ni siquiera te has acercado.

—Pero tiene algo que ver con los caballos —dijo Carol—. ¿Les susurra al oído y ellos la entienden?

—No tiene nada que ver con los caballos. Jackie vive en el mundo y se relaciona con la gente.

—Es una bailarina exótica —dijo Carol.

Jackie sonrió y miró al hombre del traje tostado, casi segura de que era un uniforme.

—¿A qué crees tú que me dedico? —le preguntó.

—A algo que atrae multitudes —contestó el hombre.

—De vez en cuando —dijo Jackie.

—Boyd tiene buen ojo para la gente —dijo Carol—. Para los buenos y para los malos. Por eso me gusta tenerlo a mano. ¿Sabes, Harry, que le debo la vida a Boyd?

Harry seguía sin soltar el vaso.

—Eso fue una tragedia —dijo—. Seguro que tu chico no tuvo más remedio que matar a ese minero. ¿Cómo se llamaba, Otis nose cuántos?

—Yo me quedé paralizada. Boyd se puso delante de mí, sacó su revólver y...

—Lo leí en el periódico —dijo Jackie—. Llevaba una automática. ¿Una Glock? Juego al póquer, por si quieres saberlo. Harry me prestó dinero cuando las cosas me iban mal y estaba a punto de retirarme. Ahora me lleva a jugar por ahí.

—Le presté diez mil pavos, después de que perdiera veinte mil con unos conocidos míos —dijo Harry—. Me entró la curiosidad al ver cómo hablaba Jackie del póquer, como si lo conociera íntimamente. Tuve un pálpito y pensé, ¿por qué no? Le di los diez mil y le dije: «Si pierdes, te dejo en el próximo cruce». Bueno, la chica está en buena racha. Hemos pasado por varios clubes de Indiana, dos días enteros en Louiseville jugando con unos chicos que se quedaron de piedra —le dijo a Jackie—: Cuéntale a Carol cuánto ganaste.

—No me ayudaste a contar lo que había ganado —contestó Jackie.

—Pobrecita —se lamentó Harry. Y le dijo a Carol—: Jackie ingresó un fajo de billetes en un banco de Louiseville y le dieron una tarjeta. ¿Quieres saber cuánto crédito le concedieron? Tendrás que preguntárselo porque no ha querido decírmelo.

—Bueno, si jugó con profesionales, y dices que estaba en racha supongo que... —dijo Carol. Se quedó callada y miró a Jackie—: Tú no sueltas prenda. Si me lo dijeras pensaría que estás exagerando, así que mejor que no digas nada. Qué contención tan admirable para una chica tan joven... ¿Veintiuno? Seguro que llevas toda la vida jugando al póquer.

—Unos siete años —dijo Jackie.

—Empezaste a los...

—Dieciséis. Jugando online.

—Eso es casi toda tu vida —dijo Carol—. ¿Juegas siempre por dinero? ¡Claro! ¿Para qué si no? Supongo que en la universidad.

—En Butler. Jugaba todas las noches.

—¿Haces trampas?

—No.

—Quieres decir que no lo necesitas. Lees lo que está pensando el que tienes delante.

—Es inevitable fijarse en los gestos de los demás mientras calculas las posibilidades.

—No hace falta nada más —dijo Carol—. Deberíamos jugar juntas.

—Está ocupada —dijo Harry.

—Cuando no lo esté. Podemos tomar una copa y charlar un rato —contestó Carol.

—Tengo veintitrés —dijo Jackie.

—¿Y eso qué más da? —dijo Carol, con una sonrisa.

Carol se sentó a su mesa de siempre en el centro del Blue Grass Room. Boyd estaba callado, con las manos en el regazo. Les trajeron las bebidas: vino blanco para ella y una botella de Rolling Rock para él. Carol no le dejaba beber cosas fuertes cuando tenía que conducir. Boyd se sirvió la cerveza, bebió un sorbo y volvió a dejar el vaso encima de la mesa.

—Yo sé por qué Harry te ha llamado chico. «Tu chico no tuvo más remedio que matar a ese minero». Harry llama chico a todos los que tienen menos de cincuenta. Y a Jackie «esta niña». ¿Lo oíste? Tiene veintitrés años. Se dio cuenta de que la pillaría y prefirió reconocerlo. A mí me trae sin cuidado cuántos años tenga. Es una cría, pero es lista.

—¿Dices que te gusta tenerme «a mano» porque me debes la vida? ¿Para qué te lleve a algún sitio o para mandarme a un recado? ¿Sabes lo mal que siento que la gente se ponga a hablar de ti como si no estuvieras presente?

—Esa chica se me ha echado encima por llamarle revólver a una Glock. Pero creo que no lo hizo para corregirme. Lo hizo para llamar mi atención.

—El arma es tuya —dijo Boyd—. Podría habérselo dicho.

—Se ha portado como cuando juega al póquer. Le toca hablar y dice: «Subo», para que todo el mundo se fije en ella y se entere de lo que va a costarle seguir en la partida. Me da la sensación de que su estilo es doblar la apuesta. Me encantaría saber cuánto ha ganado apostando con el dinero de Harry.

—Se lo preguntaré, si prometes no volver a mencionar a Otis

Culpepper en mi presencia —dijo Boyd.

Carol bebió un sorbo de vino.

—¿Por qué te pone tan nervioso?

—¿Por qué me pone nervioso que todo el mundo sepa que soy el que lo mató? Ni siquiera tengo un arma.

—Podemos decir que el arma está registrada, y esa noche te la di, por si acaso, al ver que Otis iba armado.

—¿A «quién» podemos decirle que el arma está registrada?

—A la policía judicial. Han vuelto a llamarme esta mañana.

—¿Raylan?

—No, un tal Bill Nichols. Está redactando un informe. Quiere estar seguro de que los datos son exactos.

—¿No tienen ya el informe del sheriff? Se lo contaste todo.

—No van a venir a buscarnos. Sólo dijo que le gustaría que pasáramos por la oficina, pero se me olvidó. Volvió a llamar esta mañana y le prometí que iríamos mañana.

—Seguro que ha sido el cabrón de Raylan —dijo Boyd.

Capítulo veintiséis

Nichols estaba con Raylan en las oficinas de la policía judicial de Lexington.

—Jackie Nevada ya no es sospechosa de robar bancos —dijo.

—Nunca lo ha sido —replicó Raylan.

—Parecía que encajaba. Empezó a robar bancos cuando perdió veinte mil dólares en una partida de póquer.

—¿Eso es un móvil? ¿Pierdes dinero y atracas un banco?

—Los polis de Indiana dijeron que estaba actuando a la desesperada —dijo Nichols.

—¿«Quién» actuaba a la desesperada?

—¿Por qué estamos discutiendo? Hemos cogido a una chica blanca de veinticinco años en la puerta de un banco de West Main esta mañana, con algo más de dos mil pavos y un fajo de cien. Salió del banco, se puso colorada y se delató.

—¿Es una de las que sale en las grabaciones de las cámaras de seguridad?

—La que un poli de Indianápolis juró que era Jackie Nevada. Está en la celda. Ha dicho que quiere hablar con nosotros. Parece que ha cambiado de opinión y está dispuesta a colgarle el marrón al tío que la obliga a robar bancos.

—¿Sabes quién es?

—Lo encontraremos pronto.

—¿Y cómo se llama ella?

—Jane Jones, según su carné de conducir.

—¿Has comprobado si tiene antecedentes?

—Un par de detenciones por prostitución —dijo Nichols—. Las dos veces dijo que era Jane Jones. Su ocupación oficial es bailarina exótica.

—Stripper —dijo Raylan—. Cuando no está atracando bancos.

—Es una chica guapa. Rubia. No me importaría verla actuar.

Trajeron a Jane y la sentaron enfrente de Nichols y al lado de Raylan.

—¿Jane...? —dijo Raylan. La chica lo miró con gesto inexpresivo. Parecía cansada—. Tienes buen aspecto para estar detenida por robar bancos. Sólo estás un poco colorada. Y no te has ensuciado los vaqueros y la camiseta.

—No ha visto mi gabardina —contestó Jane—. Está para tirarla a la basura. Quería peinarme, pero no me han prestado un cepillo.

Raylan le preguntó de dónde era, y ella dijo que de Kentucky.

—Pero no eres de aquí —dijo Raylan—. Tu acento me suena al de Letcher o Perry County. ¿Me equivoco?

—Nací y viví en Hazard hasta que reuní valor para marcharme.

—Y te largaste —sonrió Raylan—. ¿Sabes de dónde soy? De Harlan County. Me fui de allí y ahora he vuelto. Soy policía judicial.

—No es fácil escapar —dijo Jane, con un amago de sonrisa—. Hay que tomar la decisión y mandarlo todo a la mierda.

—Tu padre era minero, ¿verdad?

—Hasta que le estalló un explosivo.

—En el 96 —dijo Raylan—, cuando tú eras una niña. Siento haberlo mencionado.

—No importa. Me fui de Hazard buscando una vida mejor y he terminado bailando desnuda y atracando bancos.

Raylan sonrió.

—No tiene gracia —dijo Jane. Aunque le devolvió la sonrisa.

—Tal como lo cuentas parece que quieres decir que dentro de diez años la gente se morirá de la risa —dijo Raylan.

—¿Ése es el tiempo que voy a pasar en prisión?

—Ese tío que te obligaba a robar bancos —dijo Raylan—. ¿Te drogaba para que te pareciese divertido? Creo que puedes denunciarlo.

¿Cómo se llama?

—Si no lo he denunciado antes es porque estoy muerta de miedo —dijo Jane.

—¿Te pegaba?

—Me da una bofetada y se enfada si no le contesto como quiere. Luego se pone cariñoso y me dice: «Cielo, sabes que no me gusta pegarte». Siempre igual. «Por favor, cielo, no me obligues a hacerlo.» Nos dijo que si no conseguíamos cinco mil cada una no volviéramos a casa. Así que fuimos a un banco. He ido tres veces con las chicas y una vez sola, cuando se me cayó el puto fajo de cien.

—¿Cuánto te da por cada trabajo?

—Unos cientos.

—¿Conocías de antes a las chicas?

—Trabajamos un tiempo en el mismo club. Son dos Barbies adictas. Kim y Cassie.

—¿Él os daba la droga?

—Nos hacía una raya y nos decía: «Cuando hayáis terminado, chicas, os vais derechas a casa, ¿entendido?». Un chaval nos llevaba al banco y nos recogía, pero estoy segura de que Delroy estaba vigilando.

—¿Delroy os encargaba los trabajos?

—He dicho su nombre. Se me ha escapado —dijo Jane, y miró a Raylan parpadeando—. ¿Conoce a Delroy Lewis?

Raylan recordó que tuvo que esperar un buen rato hasta que Delroy soltó la escopeta y puso las manos en alto.

—Lo detuve una vez. No hablamos mucho.

—En Florida —dijo Nichols—. Es un tío alto y flaco. Lo condenaron por agresión, o sea, por causar daños físicos graves. Le arrancó un brazo a un hombre de un disparo cuando el otro estaba sacando el arma.

—Sí, la llevaba en los calzoncillos —dijo Raylan—. Pidió un millón

de dólares por la pérdida del brazo. El único chivato que iba armado, de todos los que he conocido. A Delroy le cayeron de siete a diez años por intentar matarlo.

—¿Cuánto ha ganado con vosotras? ¿Entre cuarenta y cincuenta mil? —dijo Nichols—. Esta vez lo detendremos por atracar bancos a distancia.

—He hablado con él por teléfono —dijo Jane.

—¿Lo has llamado desde aquí? —preguntó Raylan. Y le rogó a san Cristóbal que Jane no le hubiese contado a Delroy que la habían detenido.

—Le dije que me habían pillado con la pasta —dijo la chica—. ¿Y saben qué contestó? No me habló con voz melosa. Dijo: «¿Con quién hablo, por favor?». Se hizo el longuis. Es la primera vez que ha dicho «por favor» en su vida. Sabe que la policía estaba grabando la llamada. Yo le dije: «Oye, no me jodas, estoy en la cárcel». Y volvió a decir, con acento de blanco: «¿Con quién hablo, por favor?». Le grité: «Soy Janie. Me han detenido». Pero dijo, con la misma voz: «No conozco a ninguna Jane». Y colgó. He estado atracando bancos para ese hijo de puta y ahora ni siquiera me conoce.

Raylan tenía prisa por terminar.

Sonó el teléfono de Nichols.

—Dile a la señorita Conlan que espere unos minutos —dijo Nichols, y colgó.

—Delroy hacía películas porno en su furgoneta, con Kim y Cassie. Yo no quise hacer ninguna —dijo Jane.

—Me llevaré a la señorita Jones y lo pondré todo en marcha mientras tú interrogas a Carol Conlan —dijo Nichols.

—¿Y a Boyd? —preguntó Raylan.

—Y a Boyd.

—Te lo agradezco.

—Ya le he contado al jefe por qué crees que Boyd mató a Otis.

—No lo creo, lo sé.

—El jefe quiere que vuelvas a Harlan County.

—¿En qué tono lo ha dicho? ¿No sabes distinguir cuando está bromeando? Te lo has creído, ¿eh?

—Me debes una por esto.

—Si consigo que Boyd se vaya de la lengua, te invitaré a un martini de tres dólares.

—Delroy nos ha puesto contra la pared —dijo Jane—. ¿Verdad que puedo alegar eso? ¿Que nos ha obligado a robar bancos? Tienen que detenerlo, ¿verdad? —Se quedó callada un momento y dijo—: ¡Ay, no me había dado cuenta! Las chicas no saben que estoy detenida. ¿Puedo llamarlas? Si estoy detenida sabrán que lo he delatado. Alguien tiene que avisarlas.

Capítulo veintisiete

Delroy Lewis había sido socio de un club de motoristas negros conocido como los Picas, unos cincuenta tíos con cazadoras de cuero negro y el as de picas pintado en los cascos amarillos. Una vez al mes se iban de excursión a un pueblo apacible y molestaban a todo el mundo. Delroy salió cuatro veces con la pandilla, se hartó de ir detrás del grupo, chupando el polvo que levantaban, y dejó el club.

Se ponía camisas de sport de cuello grande para no parecer tan alto, porque medía casi dos metros y pesaba sólo ochenta kilos. Era un esqueleto con unas piernas como palillos. Llevaba un fular blanco y unas gafas de sol en la cabeza.

Antes de que lo detuvieran por arrancarle el brazo al soplón ya se le había ocurrido la idea de buscar a unas chicas y ponerlas a atracar bancos.

Era dueño de una coctelería en New Center Road, el Cooz Club, amenizado por chicas desnudas que se contorsionaban en un escenario minúsculo detrás de la barra. Subían al escenario con tacones de aguja y los ojos vidriosos, y los clientes apostaban cuál de ellas se caería encima del camarero, que preparaba los cócteles sin dejar de mirar por encima del hombro. Fue así como Delroy convirtió a las bailarinas desnudas en atracadoras de bancos, y todo le iba estupendamente hasta que a Janie se le cayeron los billetes. Se había hartado de decirles que comprobasen que el dinero estaba bien sujeto antes de salir del banco, y que se lo recordaran las unas a las otras. Jane iba sola y se olvidó de comprobarlo.

Delroy llamó a las otras dos, a Kim y Cassie, y les dijo que espabilaran:

—Recoged la ropa, los objetos de valor, la droga, toda la mierda que tengáis, y estad preparadas en diez minutos. ¿Entendido? Han cogido a Jane y nos llevará a todos por delante. Jane es la tía con la que robáis bancos.

Tuvo que entrar en casa de las chicas, darles un par de bofetadas y asegurarse de que se llevaban todas sus pertenencias. Por fin subieron al coche y salieron de la ciudad, camino de la región ecuestre.

Dejaron atrás kilómetros de pastos acotados con vallas blancas donde los purasangres levantaban la cabeza al paso veloz del Mercedes de Delroy.

Se acercaron a una zona más poblada de árboles y arbustos. Delroy frenó y se paró en la cuneta.

—Salid a echar una meadita, guapas. No tendremos ocasión de hacer pipí en un buen rato.

Kim dijo que no podía hacer pis si él la estaba mirando.

—Tía, te he visto el culo todos los días. Sal del coche —dijo Delroy.

Mientras las chicas buscaban un rincón para mear, Delroy se sacó la PPK de la camisa y quitó el seguro. Cuando llegó a los árboles, Cassie se estaba subiendo los vaqueros. Kim seguía en cuclillas. Mató primero a Cassie. La chica cayó al suelo sin hacer ruido. Pero Kim se puso a gritar con todas sus fuerzas. Delroy le pegó un tiro y Kim se calló. Se aseguró de que ninguna de las dos llevaba documentos de identidad y arrastró los cuerpos para esconderlos entre los arbustos.

Un policía judicial llevó a Carol y a Boyd al despacho de Nichols, llamó a la puerta de cristal y se hizo a un lado. Boyd vio a Raylan de pie, al lado de la mesa.

—¿Sabías que veníamos a verlo a él? —preguntó Boyd.

—No lo sabía, de verdad —dijo Carol—. El que me llamó las dos veces era otro.

—No pienso hablar con él. No tengo nada más que decir. Ya se ha dicho todo en los periódicos. Por lo que a mí respecta el caso está cerrado.

—Intenta controlarte, ¿vale?

La puerta se abrió.

—¡Pero bueno, qué sorpresa! Mi querido guardaespaldas —dijo Carol.

—Siempre es un placer verte —dijo Carol—. Hasta cuando te pones farruco y disparas contra uno de mis empleados... No le diste en la cabeza, sino en el pelo. Me acuerdo de que le dije a Boyd: «¿Tiene tan buena puntería?». Y Boyd contestó: «Si hubiera querido matarlos ya estarían muertos».

Se sentaron en las dos sillas, delante de la mesa, Boyd agarrado a los brazos del asiento, mientras Raylan se sentaba al otro lado y se inclinaba hacia delante. Boyd notó que Raylan tenía un plan nuevo.

—¿De qué vas a acusarnos esta vez? —preguntó.

—Dime si lo he entendido bien. ¿Disparaste al ver que Otis abrió fuego con una escopeta del doce?

Boyd se quedó un momento pensativo: «¿Había matado él a Otis? No, qué coño».

—Sí —contestó, de todos modos.

—Le diste y Otis disparó al aire.

—Eso creo, sí.

—¿Cuántas veces?

—¿Cuántas veces disparó? No lo sé, unas cuantas.

—Otis volvió a disparar dos veces después de que tú le metieras una bala en el pecho desde muy cerca.

Boyd intentó recordar la versión que había contado a la gente del sheriff.

—Oye, Otis abrió fuego antes de que yo disparara. Creo que después de que le diera sólo volvió a disparar una vez.

—¿Y creías que iba a alcanzarte?

—¡Joder! ¿Es que nunca te han tiroteado? Pues para que lo sepas, en

esa situación no te paras a pensar, sólo disparas.

—Le diste y Otis disparó al aire. Pero dices que volvió a disparar antes de que lo dejaras seco.

—Empezó a disparar —dijo Boyd.

—Pero no dio en la caravana, y tú estabas delante. ¿Dónde crees que dio el disparo?

—No lo sé. Los dos estábamos disparando... A ver si lo recuerdo, tío. Estaba en medio de un tiroteo...

—¿Sabes lo que creo? —dijo Raylan, irguiéndose en el sillón—. Ese viejo murió con la escopeta cargada. No llegó a disparar en ningún momento. Carol te ordenó que dispararas y tú disparaste al aire o a saber dónde, porque era de noche. Pero Otis no acertó a la caravana.

—Nos parece increíble que no nos matara —dijo Carol—. Cuando cierro los ojos veo que está nervioso, como si tuviera miedo, pero no pudo retroceder. Empezó a disparar... —hizo una pausa y añadió—: No hay ninguna manera de relacionar a Boyd con la muerte del viejo, salvo que actuó en defensa propia, como es natural. El viejo disparó y falló, por lo que fuera.

—Eso es lo que le contasteis a la gente del sheriff, y os creyeron.

—Creo que es evidente que el viejo no sabía lo que hacía.

—Pero yo he hablado con muchos que iban de caza con Otis y dicen que nunca fallaba un tiro.

—Bueno, pues esa noche falló —insistió Carol—. Nadie es perfecto. Ni tú, ni Otis, ni sus compañeros de caza. Otis está en el cielo, con sus amigos mineros. Los mineros envejecen y se mueren por ser mineros.

—Pero mientras están vivos tienen derecho a vivir —dijo Raylan.

Carol y Boyd bajaron en el ascensor sin decir palabra.

—Ese tío no nos va a dejar en paz —fue lo único que dijo Boyd.

Salieron a la calle y cruzaron el aparcamiento.

—No puede demostrar que mataste a Otis —dijo Carol por fin.

—Yo no lo maté. Fuiste tú.

—¿Qué más da? Tú estabas mirando.

Boyd pagó el parking y se puso al volante, sorprendido de que Carol se hubiera sentado detrás. En el camino de ida se había sentado a su lado. Siempre hacía lo mismo, menos cuando tenía que soltar un sermón a alguien y se ponía en plan ejecutiva, aunque nunca levantaba la voz. No le había encomendado ningún trabajo desde que lo nombró director del departamento de quejas.

—¿Tienes miedo de que haya cogido la lepra en ese despacho? —dijo Boyd.

—Estoy tratando de recordar cuándo te dije que vaciaras el cargador.

—Disparé al aire. Tú lo viste. No te oí decir que apuntase a la caravana.

Carol no podía negarlo.

—No pienso someterme a más interrogatorios —dijo, pasados unos segundos—. ¿Sabes que nos han grabado? No, no lo sabías. Han grabado todos tus balbuceos. No pasa nada por fingir asombro y balbucear un poco, pero sólo cuando estás seguro de lo que vas a decir.

—¿Te diste cuenta, por casualidad, de que dejé los casquillos al lado de Otis, para darle más realismo?

Boyd la vio sonreír en el retrovisor. Le gustaba la actitud despreocupada de Carol, cuando no se pasaba de la raya. Cuando las cosas salían a su gusto era casi una persona agradable. De lo contrario, se cabreaba por cualquier chorrada y amenazaba con despedirlo. Boyd no creía que fuera a culparle de la muerte de Otis. Sabía que, si lo hacía, él confesaría la verdad. Y entonces ella tendría que pasar mucho tiempo en los juzgados y no podría dedicarse a arruinar la vida de la gente.

Tenía que amenazarla con algo, para impedir que ella se la jugara.

¿Conseguiría que Raylan se pusiera de su parte sin delatar a Carol? Podía recordarle los tiempos en los que iban juntos en un piquete, cuando

las empresas decidían joder a los mineros. Podía decirle que empezaba a costarle trabajar para Carol, que se sentía como si hubiera vuelto a trabajar para la Duke Power. ¿Te acuerdas de las cosas que hemos hecho juntos? Le diría que trabajar para esa mujer lo estaba matando.

Algo por el estilo.

Arrancó el coche y miró por el retrovisor:

—¿Adónde vamos?

—A la oficina —dijo Carol—: Tienes el resto del día libre, a menos que te necesite.

—¿Eso significa que tengo que esperar en el coche?

—¿Por qué te empeñas en hacerte el listillo? —Y cambió de tema —: Llevo toda la semana queriendo quitarme de encima a la viuda de Otis, Marion Culpepper. Eres el director del departamento de quejas, así que quiero que le hagas firmar un acuerdo. Le pagaremos quinientos dólares al mes. Dile que aumentaremos su cotización a la Seguridad Social y que le compraremos una casa nueva en Benham.

—¿Y tengo que ir a Harlan?

—Está ingresada en una clínica de Lexington que le está pagando la empresa, así que no tendremos que ir a Sleepy Holler. Tú haz que firme, dile que pasaré a verla mañana y consuélala un poco.

—¿Le digo que siento haber matado a su maridito?

—¿Quieres que te despida? No vuelvas a decir eso.

Se miraron fijamente, y Boyd estuvo a punto de repetirlo. O de decirle que no hacía falta que lo despidiera porque se largaba él. Pero dijo algo muy distinto:

—Has construido mal la frase. Has dicho: «Está en una clínica que le está pagando la empresa».

—Vaya, ¿ahora también me señalas los errores gramaticales? —dijo Carol, y lo miró muy seria—. ¿Cómo tendría que haberlo dicho?

—Está ingresada en una clínica de Lexington con los gastos a cuenta de la empresa.

Capítulo veintiocho

Nichols fue a buscar a Raylan tras recibir el aviso de un crimen en la región ecuestre: los cadáveres de dos jóvenes con heridas de bala habían aparecido entre unos matorrales, cerca de los prados donde pastaban los purasangres.

—Un hombre que pasó por allí en el coche vio a los cuervos sobrevolando los matorrales —dijo Nichols—. Se dio cuenta de que había un fiambre, se paró a mirar y llamó a la policía. Ellos ya habían dado el aviso de búsqueda para localizar a Kim y Cassie, porque cuando fueron a buscarlas no las encontraron. Fueron enseguida, poco después de detener a Jane.

Estaban rodeados de policías, contemplando los cadáveres con la ropa arrancada en algunas partes y las caras picoteadas hasta los huesos por una bandada de cuervos asesinos.

—Todavía conservan los dientes, pero les han sacado los ojos —dijo Nichols—. ¿Te has dado cuenta? Apuesto a que eran morenas. Ninguna de las dos llevaba documentos de identidad.

Un agente de la policía científica que estaba por allí se acercó a ellos.

—Hemos tenido suerte de llegar antes que los coyotes. No habríamos encontrado nada más que los huesos.

Raylan se agachó junto a una de las chicas y el de la científica le dijo que no tocara la ropa.

—Esa sangre puede contagiarle el VIH.

Raylan cogió la mano de la chica para ver el número de teléfono que llevaba escrito en la palma con rotulador negro, antes de que la sangre lo borrara.

—Tenía tu número de teléfono —le dijo a Nichols.

—La llamamos y nos colgó. Me extraña que lo anotase.

—Es una lástima que no se arrepintiese y volviera a llamar. Si hubiera llamado a lo mejor estaría viva —dijo Raylan. Se incorporó y dio las gracias a los policías por custodiar la escena del crimen. Les dijo que las chicas se llamaban Kim y Casie—. No sé los apellidos. Es posible que estén fichadas por prostitución. Creo que eran bailarinas exóticas antes de que empezaran a atracar bancos. Gracias por vuestra ayuda.

—Los detectives están en camino —dijo uno de los agentes—, pero ustedes se han adelantado. ¿No quieren esperar para hablar con ellos? Son los encargados del caso.

—Creo que deberíamos buscar al asesino antes de que sepa que lo estamos siguiendo.

—¿Ya saben quién es? —preguntó el agente.

—Sí, lo sabemos. Es Delroy Lewis.

—¿No pueden identificar los cadáveres, pero ya saben quiénes son y quién las mató? —dijo el agente.

—Hemos detenido a otra de las chicas. Ella nos lo ha contado. Gracias, amigos, estaremos en contacto —dijo Raylan. Y se marchó con Nichols.

—¿Y si no es Delroy? ¿Si fuera otro pirado? —dijo Nichols.

—Es Delroy. Me lo imagino perfectamente dirigiendo una banda de atracadoras de bancos. Ganando pasta, y hasta sorprendido de ver lo bien que funciona. Todo el mundo está sorprendido.

—Un colega... seguro que tiene alguno... le dirá que si pillan a las chicas él será el siguiente —dijo Nichols.

—Y Delroy contestará: «¿Qué chicas? Yo no tengo chicas. Yo no sé nada, tío. A lo mejor les he puesto a las chicas una limusina para que atraquen el banco».

—Para tirarse el rollo.

—Para que se vea cómo mola. Ese tío es así. Una limusina que todo el mundo sabe que es suya. Se arriesga un poco más de la cuenta —dijo Raylan—, pero no me lo imagino haciendo rayas con ellas dentro del

coche. Eso lo ha dicho Jane para darse importancia. Seguro que no se acerca a ellas hasta que es de noche.

—Pero si detienen a una, ¿por qué no va a delatarlo?

—Detienen a Jane y él se hace el sueco en vez de tranquilizarla. «No te preocupes, cielo, voy a buscarte un abogado para que tumbe el caso en los tribunales.» Se larga y busca a otras tres chicas, las empastilla, les cuenta una película y ellas se lo creen todo. No les da palizas, pero les suelta un bofetón y luego se pone suave. Trincan a las chicas y él dice: «¿Kim y Cassie? Creo que me acuerdo de ellas. Bailaban en mi club. ¿Dónde están?». Empezaremos por buscarlo en el Cooz Club, con refuerzos.

—Dudo mucho que esté allí —dijo Nichols.

—Yo también, pero quizá nos enteremos de algo interesante. Es un cantamañanas. A lo mejor quiere que sepamos unas cuantas cosas.

—Ya lo tenemos por doble homicidio. ¿Qué más quieres?

—No lo sabré hasta que vayamos allí.

El gerente del club, Kenneth, de mediana edad, con pelo rubio postizo, oyó el portazo de un coche y miró a Bobby, el chico que estaba en la barra tomando una copa de vino blanco.

—Por fin —dijo.

Bobby se acercó a la ventana pintada de rosa por fuera y con el nombre del local escrito con letras de neón azul: COOZ CLUB. Debajo, en letras más pequeñas de neón rojo: ¡EL SITIO PERFECTO! Se asomó a mirar entre las grietas de la pintura.

—Un Crown Vic y un Chevy. Unos mendas salen del coche de policía y los dos que van en el Chevy se paran a hablar con ellos. Llevan insignias de la policía judicial en la chaqueta. Tenías razón, colega. Parece que sólo van a entrar los dos trajeados.

—Termínate el vino —dijo Kenneth— y lárgate en cuanto pregunten

por Delroy.

Raylan entró en el club seguido de Nichols y vio al gerente al lado de la barra, con un chico que apuraba su copa.

—¿Kenny? —dijo Raylan. El otro inclinó la cabeza y dijo que era él —. ¿Desde cuándo te llaman Kenny?

—Bueno, me han llamado así toda la vida. Tengo amigos que sólo me llaman Kenneth. Ah, ¿y sabe cómo me llama Delroy? Me llama Kenet, con una sola «n». ¿Ha venido a verlo? No está. No lo he visto desde ayer. Si no me cree diga a sus hombres que entren y registren el local.

El que estaba bebiendo vino se levantó.

—Parece que esto no es asunto mío —dijo.

Raylan echó un vistazo al decadente local pintado de rosa, con el escenario detrás de la barra. Se imaginó a las chicas desnudas, apoyadas en el palo para enseñar el culo a los capullos de la barra. Se vio sentado a una de las mesas con una chica gimiendo en sus rodillas.

—Ah —dijo Kenneth, como si de pronto se acordara de algo.

—Delroy ha dejado para usted una peli en la que actúa él. En realidad es el único actor.

—¿Quiere que la vea? —preguntó Raylan.

—Si es usted Raylan.

—¿Y sólo sale Delroy?

—No se preocupe, no es muy larga. En seguida va al grano, después de una especie de introducción.

—¿Quién la filmó?

—Yo —dijo Kenneth—. Filmó todas sus películas. La mayoría son bastante aburridas, porque sólo sale él. Pero las X me parecen muy buenas.

—¿Delroy hace cine porno?

—De vez en cuando. Ésta tienen que verla. Tienen que santiguarse y prometer que no se la llevarán. ¿Lo prometen?

Raylan y Nichols se santiguaron sin mirarse el uno al otro.

—Si quieren les hago unas palomitas en un pispás —dijo Kenneth.

—Bueno, Ken, no me vendría mal una cerveza —contestó Raylan. Y Nichols dijo que él también se tomaría una.

En la pantalla se veía a un tío —flaco, de dos metros, con sudadera—, que manejaba la pelota con mucho estilo, se acercaba a la canasta, se paraba a medio camino, saltaba, lanzaba y encestabá. Luego miraba a la cámara, con la pelota debajo del brazo, y empezaba a dar vueltas a la bola con la punta de un dedo. Sin dejar de mirar a la cámara, decía: «Así es como yo veo el mundo, como esta pelota».

Kenneth paró la imagen con el mando a distancia.

—Delroy me dijo que quería parecer un poco misterioso. Yo le dije: «¿Profundo y enigmático?». Y contestó: «Sí, eso». Dijo que la vida es un juego. Que jugamos hasta el límite y esperamos a ver qué pasa.

—Pues él ha matado a dos chicas mientras echaban un pis —dijo Raylan.

Kenneth volvió a pulsar el mando y Delroy volvió a girar la bola. La soltó y dijo: «No puedo estar ahí en este momento. Resulta que me he encontrado en la puerta de un banco con una chica a la que conozco, una tal Jane. Iba forrada de pasta.

—Eso se lo dije yo —dijo Kenneth.

«Por lo visto había intentado atracar el banco —decía Delroy—. Se la llevaron a los juzgados de Barr Street. Poco después te vi entrar a ti.»

Delroy, desde otro ángulo:

«¿Te acuerdas de esa vez, cuando viniste a detenerme y nos miramos a la cara? Yo tenía la pistola en la mano. Me dijiste que la tirara o

tendrías que disparar. No habías sacado el arma, pero dijiste eso. He tenido siete años para pensarlo, tío. ¿Te estabas quedando conmigo o qué? ¿Ibas de farol? En el trullo me di cuenta de que estabas llevando la situación al límite.

—Porque uno no sabe hasta dónde es capaz de llegar... —dijo Raylan, recitando con Delroy, palabra por palabra— hasta que por fin llega.

—Párala un momento, Ken, mientras abusamos de tu generosidad. ¿Podrías preparar un par de martinis? La peli me está gustando, aunque Delroy está hasta el cuello de mierda.

Volvieron a poner la cinta cuando Delroy estaba diciendo:

«¿Ese hombre al que le pegué un tiro y me trincaste? Sabes que no le apunté al brazo. Disparé y el arma se me fue de las manos. Me la habían prestado y nunca había disparado con una de esas cabronas hasta que le volé el brazo a ese tío.»

—Tuvieron que amputárselo en el hospital —dijo Raylan. Bebió un sorbo de martini y levantó el vaso hacia Kenneth.

«Ni que lo hubiera matado. Me enteré de que ese chivato subnormal iba a contaros alguna milonga y me iba a echar el marrón. Vi que estaba en un apuro y pedí el arma para protegerme. Me enfrenté con él y fallé el tiro. Era la primera vez que usaba esa pipa. Podría haberle volado la cabeza y no lo hice. El soplón contrató a un abogado y me pidió cinco millones por dejarlo manco. Le dije al abogado que yo ganaba diez céntimos a la hora robando placas de matrícula, y que sólo libraba los domingos, en Navidad y cuando estaba enfermo. Me gastaba esa miseria en pasta de dientes y en crema de afeitar, un poco de priva y alguna que otra apuesta deportiva. Salí del talego con cuatro dólares y veinte centavos. ¿Cómo iba a pagar a ese tío?»

Hizo una pausa y continuó:

«Esa chica, Jane Jones, puede que ya haya hablado contigo. ¿Tú crees que yo me habría asociado con una pava que se llama Jane Jones? Si aún no te ha llamado, supongo que no tardará. Dice que me conoce. Querrá contarte cómo cree que me gano la vida. Yo no perdería el tiempo hablando con ella.»

—Ya me lo ha contado —dijo Raylan.

—Esto se está poniendo muy bien —dijo Kenneth, que parecía encantado.

—Tú también estás en el ajo —dijo Raylan.

Kenneth paró el vídeo.

—Yo grabo sus pelis y atiando su bar. No sé nada de sus actividades extraescolares.

—Conoces a las chicas.

—¿Qué chicas? Aquí siempre hay chicas. Pero ninguna es delincuente, que yo sepa.

Encendió de nuevo el vídeo.

«Raylan, creo que tú y yo nos encontraremos tarde o temprano. No sé cuándo. Vas a tener que ir mirando por encima del hombro hasta ese momento. Y cuando llegue, lo llevaremos hasta el límite.»

La cara de Delroy, muy serio, se fue borrando hasta que la pantalla se quedó en negro y aparecieron los títulos de crédito.

UNA PRODUCCIÓN DE KENNY FLIX
PRODUCIDA Y DIRIGIDA POR
KENNETH

Terminaron las bebidas.

—Ken, ¿nos das la cinta? —dijo Raylan.

A la mierda la promesa.

—Supongo que quieres el original —dijo Kenneth.

—Todo lo que hayas grabado.

Kenneth llamó desde su móvil.

—¿Kenet? —dijo una voz.

—Tenías razón. Ha venido con una brigada de los SWAT. He preparado unos martinis y hemos visto tu peli.

—¿Ha ido con una brigada de los SWAT?

—Un cargamento de polis. Eres un tipo muy importante.

—Kenet, no sé dónde se aloja ese tío. No quiero ir a buscarlo a los juzgados.

—¿Por qué no me lo has preguntado? Se aloja en el Two Keys. Lo vi allí el día de la Noche Loca. Ya te lo conté.

—¿Desde cuándo vas tú a ese garito?

—Delroy, hazme caso. Está allí. Hace de gorila a cambio de habitación gratis y tortillas.

—¿El bar de la universidad?

—Es muy divertido. A mí me encanta.

Delroy se quedó callado unos momentos.

—Será en un bar —dijo.

—Lleva un sombrero de cowboy —dijo Kenneth.

—Como la escena final de una peli del oeste.

—Eso acabo de decir.

—Sí —dijo Delroy. Y asintió con la cabeza, imaginándose el momento—. Estará abarrotado.

—Me gusta tener público —dijo Kenneth.

Capítulo veintinueve

—Llevo una hora esperando —dijo Boyd—. Si me llama tendré que salir pitando a buscarla.

—¿Dónde está Nichols? —preguntó Raylan.

Estaban en los juzgados, en el despacho de Nichols.

—Ha ido a una reunión. Dijo que podía esperarte aquí si no me llevaba nada. Desde luego, tenéis un don para que la gente se sienta como en casa cuando viene aquí.

—Puede que yo también tenga que ir a esa reunión —dijo Raylan. Cogió el teléfono de la mesa.

—Sólo quiero decirte una cosa, para dejarte muy claro lo que le pasó a Otis. Yo no disparé.

Raylan soltó el teléfono, se sentó al otro lado de la mesa y miró a Boyd fijamente.

—¿Me estás diciendo que fue Carol?

—Es la única mujer de una empresa minera que hace de matona —dijo Boyd—. No puedo seguir trabajando para ella.

—¿Es una matona?

—Quiero decir que va de matona. ¿No has visto cómo actúa y cómo defiende a la empresa?

—Boyd, si quieres decirme que Carol mató a Otis, dímelo.

—Raylan, yo nunca he sido un soplón. Antes me cortarían la lengua. Te estoy diciendo que yo no maté a Otis. No diré nada más.

—Si tú y Carol estabais allí solos... ¿Otis abrió fuego?

Boyd vaciló unos segundos.

—¿O le quitasteis la escopeta cuando ya estaba muerto y la vaciasteis disparando al aire?

—No quiero meterme en nada que tenga que ver con Carol —dijo Boyd.

—Decidisteis declarar que habías tenido que matarlo en defensa propia.

—Raylan, te juro sobre la Biblia que yo no lo maté.

—Allí no había nadie más que Carol y tú, ¿verdad?

—Puedes sacar tus conclusiones. Yo sólo te digo que no lo maté.

—Pero no puedo detenerla sin acusarla de la muerte de Otis.

—Ya no trabajo para ella, sólo te digo eso. Tengo que ir a recogerla.

Raylan dejó que se marchara. Boyd no iba lejos.

Carol salió de las oficinas de la compañía con un par de sobres debajo del brazo y esta vez se sentó delante, con Boyd.

—¿Qué has hecho? ¿Has ido a un bar?

Boyd fue directo al grano.

—La verdad es que he vuelto a ver a mi viejo amigo.

Sabía que Carol lo estaba mirando, mientras él miraba por el retrovisor lateral hasta que dejaran de pasar coches.

—Dime por qué —dijo Carol.

—Quería aclarar un asunto con él.

Carol se inclinó y giró la llave de contacto para apagar el motor.

—Sabes que soy abogada.

—¿Y...? —dijo Boyd, consciente de que tenía la sartén por el mango.

—Te he dicho ya no sé cuántas veces que no pueden condenarte. Ni siquiera pueden llevarte a juicio, aunque yo declarara que lo mataste. Soy tu cómplice, el arma es mía... bueno, de la empresa. Aunque dijera que traté de impedírtelo.

Boyd se aguantó las ganas de gritarle con todas sus fuerzas: *Yo no lo maté. Fuiste tú.*

Se aclaró la garganta y habló en un tono normal.

—Raylan sabe que yo no lo maté. Me conoce, porque hemos estado

juntos en los piquetes cuando hacíamos huelga con la esperanza de que Dios se pusiera de nuestro lado y no del lado de la empresa.

—Le has dicho que tú no mataste a Otis —dijo Carol.

—Exactamente, porque no lo maté.

—Boyd...

—Cuando me llamas por mi nombre de pila es porque vas a gritarme.

—¿Te he levantado la voz alguna vez?

—Creo que ibas a despedirme de todos modos.

—¿Le has dicho que yo maté a Otis?

—Le he dicho que yo no lo maté.

—Y piensas que te ha creído.

—Sí.

—Yo creo que no ha cambiado nada. Aunque le digas que yo maté a Otis, tendrá que demostrar que no fue en defensa propia.

—Dime quién fue entonces. Para que yo lo sepa —dijo Boyd.

—¿Qué más da? Tú estabas allí y no me lo impediste. Te dije que vaciaras el cargador de su escopeta, y tú colaboraste. Pero tanto si lo sueltas todo como si no, ahora que has visto a Dios quieres que me entregue para no tener que convertirte en un soplón, ¿verdad que es eso?

—Ya sabes lo que dice la canción: *qué será será*.

—Eres demasiado idiota para ser peligroso —dijo Carol.

Boyd giró la llave de contacto y empezó a alejarse de la acera apretando los dientes, pero Carol le ordenó que parase.

—Baja. Yo me largo. Coge un taxi para ir a la clínica St. Elizabeth. Tienes la dirección en los sobres —se los dio a Boyd—. Haz que Marion firme todo lo que está señalado y dile que pasaré a verla mañana.

—¿Para qué?

—Para darle las gracias por su colaboración. Hablar con ella por teléfono ha sido una prueba de paciencia agotadora. Dile que le daremos quinientos al mes y nada más —y en un tono casi suave, añadió—: Boyd,

déjame pensar a mí, ¿vale?

—¿Va a ver a su papá o a su mamá? —preguntó el taxista.

—A mi madre —dijo Boyd, con los sobres en las rodillas. El de la escritura de la casa no era tan grueso como el contrato que la anciana tenía que firmar en tres sitios distintos.

—Está muy bien que vaya a verla —dijo el taxista—. ¿Le ha traído algún dulce?

—Si come dulces le salen granos.

—¿De verdad? ¿Cuántos años tiene?

—Creo que va para ochenta.

—¿Y todavía le quedan dientes?

—No le he mirado la boca, pero creo que los perdió hace tiempo.

—Llévele algunos caramelos para que pueda chuparlos.

Boyd no sabía de dónde era el taxista, sólo tenía claro que venía de muy lejos.

—Está muy envejecida, por la vida que ha llevado. Se casó con un minero.

—¿Está muerto?

—Sí. Lo mataron de un disparo.

—¿Y usted sabe quién lo mató?

—Sí, pero me lo callo.

—¿No le importa? ¿No piensa matarlo?

—¿De dónde es usted? —preguntó Boyd.

—Soy de Albania, pero no soy musulmán. Si tengo que cargarme a un tío, me lo cargo.

Llegaron al recinto de la clínica St. Elizabeth. Boyd bajó del coche y le pagó al taxista.

—Debería dominar su emociones, amigo —dijo. Y entró en el edificio de dos plantas, con la fachada de ladrillo rojo y molduras

blancas, un lugar agradable para pasar los últimos días. Por dentro no era nada agradable. Olía a viejos que se mean encima. Una mujer lo llevó por un pasillo y luego por otro, hasta la habitación de Marion Culpepper.

Estaba sentada en una mecedora, con una colcha encima de las piernas, el pelo lacio recogido, los ojos hundidos casi sin vida. Los tubos de oxígeno que tenía en la nariz llegaban hasta el suelo por debajo de la colcha. Boyd empezó a hablar como representante de la empresa.

—Señora Culpepper, esto no es nada acogedor.

La habitación tenía, además de la mecedora, una silla, una cómoda, una cama que se elevaba pulsando un botón, y un cuadro del Sagrado Corazón en la pared.

Aquello era un cuartucho deprimente.

—Tiene cuarto de baño propio —dijo Boyd.

—¿No tenía que traerme una botella? —preguntó Marion.

Boyd frunció el ceño.

—Sólo me han dado estos papeles.

—Le dije a mi hermana que se enterase de cuándo vendría alguien.

—Pues no he sabido nada de ella.

—La señorita Conlan nunca me trae nada.

—Como le digo, sólo traigo estos papeles para que usted los firme.

La escritura de la casa y una paga mensual. Aquí dice que son quinientos. Táchelo y ponga cuánto quiere, o no los firme. Puede discutirlo con la señorita Conlan. Es ella quien lo ha redactado. O puede firmarlos y yo intentaré convencerlos para que hagan los cambios que usted quiera —se quedó un momento pensativo y dijo—: Firme los papeles y yo iré a comprarle una botella.

—Echo de menos a Otis —dijo Marion.

—Ya lo supongo, pero podrá reunirse con él muy pronto, ¿no?

—El médico dice que mis huesos aún pueden aguantar mucho. Sólo

tengo sesenta y nueve. Dice que tengo muy poca silicosis. Tengo los pulmones destrozados de fumar hierba toda la vida.

—Pídale un poco de Oxy a la enfermera.

—Dice que tengo que sufrir. No voy a consentir más groserías de esa mujer de la empresa. Es muy desagradable conmigo. Me grita y me dice que acepte lo que me ofrece o me quedo sin nada. Yo le dije: «¿Cree que seguimos viviendo en los años cuarenta?». Todo empezó por culpa del puñetero estanque de Otis. Cuando yo lo amenazaba con guisar los peces, se iba a Old Black a cazar ardillas. Una vez vino con un ciervo.

—La señorita Conlan vendrá a verla mañana. ¿Por qué no le pide lo que quiere?

—Quiero seiscientos, si es que vuelvo a hablar con ella. Ya le he dicho varias veces que quiero más de quinientos. Oiga, ¿usted no trabaja para ella?

—Me ocupo de... —estuvo a punto de decir «las quejas», pero dijo —: De llevarla adonde tenga que ir.

—Estaba usted con ella la noche en que Otis fue a verlo, ¿no?

Boyd se enderezó.

—Señora, yo no maté a su marido —le dijo a la viuda.

—Ya lo sé. He oído a esa mujer y ahora lo estoy oyendo a usted. Se ha ofrecido a traerme una botella. Traiga dos, por favor. Supongo que usted no tiene mucha paciencia, pero ella no tiene ninguna. Quiere que las cosas se hagan en el acto. Cuando venga a que le firme esos papeles, ¿sabe qué voy a hacer?

Boyd negó con la cabeza.

Retiró la colcha que tenía en las piernas y lo apuntó con un arma.

—¡Cristo! —exclamó Boyd.

—Nuestro Señor y Salvador —dijo la señora Culpepper.

—Me ha sorprendido.

—Voy a darle un buen susto. Pensará que voy a matarla, pero la escopeta no está cargada. Era de Otis. Me la dio un agente de la policía

montada. Le pregunté: «¿Por si quiero salir a cazar un pavo para la cena?». Dice que no puede darme cartuchos mientras esté aquí en la clínica. Que va contra la ley.

—¿Para qué necesita los cartuchos?

—Para matar a esa mujer cuando venga mañana.

—¡Buf! ¿Sabe usted manejar esa escopeta?

—Soy casi tan buena como Otis.

—¿Cuántos cartuchos cree que necesitaría? —dijo Otis, al cabo de unos momentos.

—Sólo uno. La dejaré seca. Dos como mucho.

Capítulo treinta

Liz Burgoyne entró en la galería desde el patio, y al ver que Jackie Nevada se levantaba del sofá, se acordó de cuando Raylan vino a preguntarle por Cuba y a contarle que estaba robando riñones. Cruzó la sala, con unos vaqueros y unas botas camperas, y le tendió la mano a Jackie.

—Jackie Nevada —dijo—. Harry me ha hablado de su compañera de póquer. Te pinta como una niña, pero eres mucho más que eso, ¿verdad? —sonrió Liz—. Harry mencionó que la policía te está buscando.

—Es por un delito menor. No me presenté en el juzgado —dijo Jackie.

—Te cogieron en una redada. Harry me lo ha contado. Dice que te gustan los Manhattan, ¿es verdad?

—Tomaré lo mismo que tú.

Estaban sentadas en el sofá, con la jarra casi vacía encima de la mesa, fumando las dos.

—¿Has hecho trampas alguna vez? —preguntó Liz.

—¿Por qué esa pregunta sólo la hacen las mujeres? ¿Jugando al póquer, quieres decir?

—O con un tío.

—En el póquer nunca he tenido que hacer trampas.

—¿Tan buena eres?

—Hay que aliarse con otro jugador. ¿No has visto *Rounders*? Les hacen trampas a una panda de polis. Tampoco he hecho trampas con un novio. En este momento no tengo novio, pero vivo con siete chicos. ¿Sabes qué les hace muchísima gracia? Tirarse pedos.

—¿Por qué a los tíos les encanta tirarse pedos?

—Es su manera de expresarse —dijo Jackie.

—¿Te acuestas con alguno?

—No. Algunos tontean conmigo. Hacemos fiestas, vienen más chicas, y nos colocamos. Pero no recuerdo que haya pasado nada grave. De vez en cuando una chica le dice a un tío que deje de tocarle el culo. Nos divertimos mucho.

—Te gusta chupar a los tíos ahí abajo.

—No. Aunque alguna vez le he sacado brillo a un pomo.

—¡Vaya! No tienes un pelo de tímida, ¿eh?

—Si no supieras de lo que hablo no dirías eso.

—Tienes que conocer a mis amigos de los viejos tiempos. Les encantarás.

—No soy un pendón. Sólo me he acostado con tres chicos en cuatro años, porque creía que íbamos en serio.

—¿Qué fue de ellos?

—Se graduaron.

Liz sirvió lo que quedaba en la jarra.

—¿Te gusta hacerlo de pie?

—Nunca lo he probado —dijo Jackie—. En las pelis parece la bomba, pero a mí me parece que debe de ser incómodo.

—Creo que sé en qué película estás pensando. La chica entra en el bar...

—Sí, ésa.

—Nadie le hace caso y grita: «¿A quién hay que chupársela aquí para que te pongan una copa?».

—Le mete mano a un chico muy mono en el lavabo. Y luego se los ve de espaldas, haciéndolo de pie.

—¿Lo has hecho alguna vez con un negro?

—No, y no soy racista —dijo Jackie—. O a lo mejor lo soy y no me doy cuenta. Nunca me han entrado cosquillas en el estómago cuando he conocido a un negro en una fiesta. Tú se nota que sí lo has hecho.

—Con el chófer que teníamos. Harry pensaba que era de África occidental, y Cuba siempre tenía que poner acento africano. Lo había aprendido de los taxistas —dijo Liz—. No me imagino que Harry quiera enrollarse contigo.

—¿Por qué?

—Es demasiado viejo. Si te pide que te desnudes, prométeme que sólo le dejarás mirar.

—¿Te molestaría?

—Para nada, pero no es capaz.

—Va mucho al baño.

—Tiene mal los riñones —dijo Liz—. Ya está aquí tu amigo.

Harry entró desde el vestíbulo.

—Ya tengo a tres chicos que quieren jugar contigo. Dos amigos míos, criadores de caballos. Ike y Mike. El otro es un profesional que ha jugado el Mundial, se llama Dude Moody.

Jackie asintió con la cabeza.

—Llegó hasta la final. Creo que ha ganado un par de pulseras. Lo llamaban Moody Blues. O sólo Blues —dijo Harry—. Les he dicho a Ike y Mike: «¿Para qué coño necesitáis ayuda vosotros dos?». Y he invitado a un tipo que está de paso en la ciudad. Tú ya lo conoces, Liz. Es Raylan Givens. El poli que vino a preguntar por ese chófer que tuvimos. Me llamó y le dije que pasara a saludar y a tomar una copa.

—Harry —dijo Jackie—, no le digas que juego al póquer, ¿vale?

Jackie vio que Raylan se quitaba el sombrero para darle la mano a Harry e intercambiar unas pocas palabras. Luego se acercaron al sofá.

—No se levanten, señoras. Parecen muy cómodas —dijo Raylan.

—Hemos tomado un par de copas. Creo recordar que un día estuve aquí sentada con usted, tomando martinis. ¿Dónde estabas, Harry?

—Atendiendo unos asuntos. Creo que he ayudado a venir al mundo a

una potra. Tiene pinta de ser de las buenas.

Raylan miró un momento a Jackie y se volvió de nuevo a Liz.

—Esta vez mi invitada ha preferido probar un Manhattan —estaba diciendo Liz—. Nos han sentado muy bien.

Jackie se preguntó cómo iban a presentarla. Se habían enzarzado en la conversación como si se hubieran olvidado de ella.

Raylan no se había olvidado.

—Dicho así parece que nunca hubiera probado un Manhattan —dijo Harry.

Esta vez Jackie vio que Raylan sonreía cortésmente y volvía a mirarla.

—Hola, soy Jackie —dijo, aturdida por los cócteles.

Raylan se acercó a darle la mano y repitió que no se moviera, pero ella se levantó.

—La última socia de Harry —dijo Liz.

Raylan le estrechó la mano con fuerza.

—¿De verdad? —dijo.

Jackie decidió que era mejor aclarar la situación cuanto antes:

—Harry es mi banquero. Me financia las partidas de póquer, pero no presta mucha atención —dijo, sonriendo, para que vieran que lo decía en broma—. No tiene ni idea de cómo nos va.

Nadie se rió.

—Si llevas toda la semana jugando sin límite es porque estás ganando. De lo contrario Harry ya te habría dejado en alguna parte —dijo Liz.

—Lo dices como si fuera un desalmado —dijo Harry.

—Yo diría que ha ganado por lo menos cien de los grandes.

—¿Es jugadora profesional? —preguntó Raylan.

—No estoy segura. Lo estoy intentando.

—¿No la detuvieron recientemente en una redada, en Indianápolis?

—¿Sabe cuánto perdí? —dijo Jackie.

—A nadie le gusta estar jugando cuando irrumpe la policía —dijo Harry—. Se llevan la pasta y las fichas como prueba. ¿Qué hacen con la pasta? —le dijo a Raylan—. A lo mejor usted lo sabe.

—No me dedico a eso —contestó Raylan.

—Siempre tengo mucho cuidado a la hora de organizar las partidas de Jackie. Llamo al jefe de policía, le digo quién soy y le explico que quiero jugar al póquer sin verme envuelto en una redada. Le pregunto si puedo contribuir en alguna recaudación de fondos.

Liz le preguntó a Raylan si tenía tiempo de tomar algo. Raylan miró el reloj y dijo que tenía que irse.

—Estamos buscando a un tipo que quiere matarme en cuanto me vea.

—Yo creía que los tenía a todos a raya —dijo Liz.

—Bueno, algunos están muertos —dijo Raylan, y miró a Jackie—. Me gustaría que me contara más cosas —dijo—. No he jugado mucho al póquer, pero siempre lo he pasado bien. ¿Va a quedarse aquí algún tiempo?

—Sólo hasta la próxima partida —dijo Harry—. Jackie juega mañana una partida de las grandes.

Raylan se palpó la chaqueta.

—Disculpen —dijo—. Sacó el teléfono móvil y dio media vuelta.

Jackie pensó si lo llamaban para asignarle un caso urgente. Raylan quizá se marcharía corriendo y se olvidaría de que ella se había escapado de la comisaría.

—Venga ya, no me lo creo —dijo Raylan. Les dio la espalda y se alejó. *Venga ya, no me lo creo*, repitió en voz alta. Pero Jackie no oyó nada más. Colgó el teléfono y se disculpó con Liz y Harry.

—Lo siento, me han llamado del trabajo.

—¿Por ese tío que quiere matarlo? —dijo Liz.

—Por otro asunto —se quedó un momento callado, como si estuviera pensando lo que quería decir—. Si no tienen inconveniente —

dijo—. Me gustaría hablar un momento con la señorita Nevada.

—Espero que no vaya a esposar a nuestra invitada —dijo Liz.

—No voy a detenerla. Sólo quiero hablar con ella.

Jackie miró a Liz, se encogió de hombros y se fue con Raylan al vestíbulo.

—¿Adónde vamos, si no quiere detenerme?

—Quiero hablar contigo —dijo Raylan—. La primera vez que vine a esta casa pregunté: «¿Esto es una galería?». Y pensé cómo llamarían al salón si a esto le llamaban galería. Liz me dijo que se llama así desde hace ochenta y cinco años.

—Si no vas a detenerme, ¿adónde vamos? —insistió Jackie.

—Olvídate de lo que pasó en Indiana. Compareceré ante el tribunal y diré que le debías pasta a un usurero y tenías que pagarle con los veinte mil que perdiste —Raylan volvió la cabeza y vio que los Burgoyne los estaban mirando—. Vamos —dijo. Y siguieron adelante—: Pasé por Butler y vi tu foto en el anuario. Nada más verla, pensé: «Esta chica no ha podido ser, digan lo que digan».

—No tengo ni idea de qué está pasando —dijo Jackie.

—Quiero sacarte de aquí, si no tienes partida esta noche. Si vas a jugar, iré a verte.

—¿Me estás pidiendo una cita? —dijo Jackie. Se quedó un momento pensativa—: Me encantaría ver dónde asesinaron a esas chicas.

—Allí no queda nada más que el precinto policial. Bueno, ¿quieres venir conmigo o no? Te enseñaré una escena increíble.

—Es la primera vez que veo el escenario de un crimen —dijo Jackie cuando iban en el coche—. Estoy emocionada.

—De momento no sabemos si es un homicidio —contestó Raylan—. No quiero que te acerques demasiado.

—Liz ha dicho que soy una pobre estudiante que intenta ganarse la

vida —dijo Jackie.

—Jugando al póquer —asintió él. Y pensó que eso la situaba en una posición en la que su diferencia de edad no tenía ninguna importancia.

—Juego todas las noches y las apuestas son muy fuertes. Cada mano se convierte en una historia para contar mucho tiempo después. Un tío quiere asustarte, sube la apuesta, vuelve a subir. Cuando sale el flop hay treinta mil pavos encima de la mesa. Sé que no se va a echar atrás. Pero creo que se está marcando un farol. Llevo doble pareja de diez-jota. Sacan otra carta, y tengo un full. El tío apuesta quince mil. Los veo y subo otros diez. El pobre sigue pensando que está jugando con una niña hasta que se da cuenta de que estoy a punto de desplumarlo. Lo de ser la única chica en la mesa siempre tiene ventaja. Los tíos siempre quieren demostrar lo guays que son. Lo malo de Harry es que nunca sabe cuándo van de farol. Yo sé que están mintiendo cuando parece que están tranquilos, como si llevaran una buena mano.

—¿Qué es el flop? —preguntó Raylan.

—Se nota que no has jugado mucho al hold'em.

Había varios coches de policía en la avenida, y agentes de uniforme en el vestíbulo de la clínica St. Elizabeth, entre los residentes que miraban y se preguntaban los unos a los otros qué narices estaba pasando. Un detective estaba esperando a Raylan para llevarlo a la habitación de la señora Culpepper.

—Hemos tardado menos de doce minutos en llegar —le explicó—. Todos los que estaban en la habitación en ese momento siguen allí.

—¿Qué arma ha usado? Creo que han dicho que era una escopeta.

—Una Remington 870. Disparó un cartucho y queda otro en la cámara. Era de su marido, de Otis.

—¿Le dejan tener una escopeta cargada en la habitación? —dijo Raylan.

—Es lo primero que hemos preguntado. Si no tenía los cartuchos escondidos, alguien se los ha dado. Todavía no lo sabemos.

—Fue Boyd Crowder, cuando vino con la señorita Conlan.

—Vino a traer unos documentos para que la viuda los firmara.

—¿Y qué pasa con Carol, la señorita Conlan?

—Sigue en el suelo, donde cayó. La bala le entró en el pecho y le ha hecho un buen estropicio. No hemos tocado nada. El señor Crowder dice que la viuda disparó por debajo de la colcha, y la colcha empezó a arder.

—¿Dónde está la escopeta?

—Se la han llevado para buscar huellas.

—Ya sabes que tenemos las de Boyd en los archivos.

—Lo están investigando.

Raylan se volvió a Jackie y entró con ella en la habitación.

Boyd estaba en la ventana, al lado de la señora Culpepper, que seguía en su mecedora con una colcha nueva en las rodillas y la mirada perdida.

—Por fin... —dijo Boyd—. Les dije que avisaran a la policía judicial y preguntaran por Raylan, que tú les dirías que yo no nunca apuntaría a una mujer con un arma.

—Normalmente no —contestó Raylan—. Tú no la mataste, ¿verdad?

—¿Cómo me preguntas eso, si sabes o estás a punto de saber que ni siquiera he tocado la escopeta? Le he dado a Marion su medicación poco después.

Jackie miró el cuerpo de Carol, tendido en el suelo junto a la cama, y se dio la vuelta rápidamente. Se acercó a la señora Culpepper, le cogió la mano y se agachó para hablar con ella. Jackie sabía más de la vida que cualquier universitaria de veintitrés años. Exponerse al mundo con un padre como Reno había sido, por lo visto, una experiencia muy positiva.

—Yo estaba en la mesa —dijo Boyd—, preparando los papeles para que Marion los firmara, y de pronto, zas, la colcha empezó a arder, vi que

la señorita Conlan se caía contra la mesilla de noche y tiraba todo lo que había encima. Creo que antes de llegar al suelo su alma ya había abandonado el cuerpo.

—Estoy seguro de que si reconstruyo los pasos que diste ayer por la noche termino en una armería comprando cartuchos —dijo Raylan.

—Y yo estoy seguro de que no —replicó Boyd.

—¿Pagaste a un borrachín para que los comprara?

—Raylan, déjalo, ¿vale?

Raylan le hizo señas a Jackie para que se acercara.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó.

—Ha dicho que Dios le dio permiso para apagar la vida de esa mujer, igual que hizo ella con la de Otis. Dice que ha hablado con Dios y Dios le ha dicho que ha hecho muy bien —dijo Jackie.

Miró a Raylan y se encogió de hombros. Lo vio acercarse al cuerpo de Carol, cubierto de sangre desde el cuello hasta el pecho, agacharse para cerrarle los párpados y quedarse unos momentos observándola.

Al momento se levantó y salió con Jackie de la clínica. Iba muy callado en el camino de vuelta.

—¿Qué pasa? —preguntó Jackie al cabo de un rato.

—Conocía muy bien a esa mujer —dijo Raylan—. Lo suficiente para no tenerle ningún aprecio. Defendía a la empresa y hacía lo que le daba la gana.

—Pero verla muerta es otra cosa —dijo ella.

—Asesinada con una escopeta.

—Por una mujer muy mayor. ¿Crees que irá a prisión?

—Lo dudo. Aunque no sé quién me da más lástima.

—La gente de Indiana es más retorcida —dijo Jackie—. Esto parece otro país.

—El país del carbón —dijo Raylan—. Carol era de Virginia del Oeste. No sé por qué le sorprendía tanto.

—La señora Culpepper me ha contado que esa mujer le dijo que se

alegraba mucho de verla, y ella disparó sin mediar palabra.

—Seguro que se hizo la amable, en vez de preguntarse qué narices tenía la viuda debajo de la colcha. Cuando vives con los mineros llegas a conocerlos muy bien. ¿Has oído lo que ha dicho Boyd? «Yo nunca apuntaría a una mujer con un arma.» Carol lo sabía todo, menos quiénes somos. Se le daba muy bien poner acento de Virginia del Oeste cuando quería, pero, insisto, no nos conocía —miró a Jackie—: ¿Te apetece una cerveza? Creo que te sentará bien.

Capítulo treinta y uno

Al ver que Raylan y Boyd no tenían dinero y que Carol Conlan ya no estaba disponible, Harry organizó una partida en plan chicos contra chicas y quiso filmarla profesionalmente en su sala de póquer como una Producción de Burgoyne Farms, con refrigerio incluido.

—¿Quieres que bebamos? —dijo Jackie.

—¿No beben siempre los jugadores de póquer cuando no están en la tele? Quiero un ambiente real. Los chicos son Kwami y Qasim Mut'azz, unos criadores de Arabia Saudí. Sé que beben. Tendré que tener cuidado para no llamarlos Ike y Mike cuando vaya comentando el desarrollo de la partida —dijo Harry—. Además de los dos árabes vendrá Dude Moody, el ganador de dos campeonatos mundiales. Dude puede fumar si le apetece. En *Poker After Dark* siempre sale con un cigarro apagado en los labios.

—¿Y las chicas? —preguntó Jackie.

Harry le estaba enseñando la sala de póquer: un bar bien surtido, estanterías con libros y fotos de caballos en las paredes de madera.

—Te presentaré como la campeona de Butler.

—En Butler no hay campeonato.

—¿No has ganado a todo el mundo allí? Vendrán dos de las mejores del club de póquer femenino de la ciudad, Vanessa Russo y Leanne Lynn.

—¿Y ya está? —dijo Jackie.

—Empezaremos a jugar por cien de los grandes, para que las chicas aguanten un rato. Luego tú seguirás jugando sin límite con los chicos.

—Esto lo haces para enseñar el vídeo en Keeneland —dijo Jackie.

—Sólo si es bueno. Grabaremos todo lo que se diga. Creo que eso será mejor que el póquer. Claro que siempre que se sube la apuesta se crea mucho suspense. Tú sólo tienes que sentarte con los profesionales y ver qué eres capaz de hacer.

Harry estaba muy serio.

—¿Es que ya no me quieres? —preguntó Jackie.

—Claro que sí. Sólo quiero saber si estás preparada. Tengo la sensación de que si ganas seguirás por tu cuenta.

—¿Y si pierdo?

—Seguiremos siendo amigos —dijo Harry—. ¿No?

Raylan y Boyd se sentaron al fondo de la sala, delante de una pantalla instalada para seguir el curso de la partida. Habían montado una cámara encima de la mesa, y un chico joven, con una Sony Handycam, iba filmando a los jugadores a medida que llegaban. Harry hacía las presentaciones junto a la barra.

Harry: Dude Moody, dos veces campeón del mundo. Ha venido desde Cypress, en Texas, para estar con nosotros.

Dude se alejó de la barra con su Stetson blanco y un vaso de Maker's Mark en la mano. Saludó a la cámara tocándose el ala del sombrero y se sentó, con un cigarro entre los labios.

Boyd: Aquí puede fumar. En la tele no le dejan. Oye Raylan, ¿miraste bien a Carol Conlan?

Raylan: Sí, y estaba muerta. ¿Qué haces tú aquí, Boyd?

Boyd: Carol me invitó. Fui a identificar el cadáver. La compañía le ha organizado el funeral en casa y ha venido a recogerla. Tenía mucho interés en ver esta partida.

Harry estaba presentando a los hermanos Mut'azz: Mis buenos amigos Kwami y Qasim, de Arabia Saudí. Tienen tanta suerte en el póquer como criando caballos.

Harry: Y ahora las señoras. Jackie Nevada, que últimamente ha jugado con los mejores y los ha ganado a todos. Y Vanessa Russo y Leanne Lynn, campeonas del club femenino local.

Vanessa levantó un brazo para saludar a la cámara. Llevaba un vestido sin mangas.

Se acercó a la mesa, y los hermanos Mut'azz le besaron la mano.

Boyd: Creo que a Vanessa se le ha olvidado depilarse las axilas esta mañana. ¿No ves algunos pelillos?

Raylan: ¿A ella sola?

Boyd: Vi las axilas de Carol Conlan cuando estaba muerta. Te aseguro que no tenía ni un pelo. Le vi los melones cubiertos de sangre.

Liz llegó en ese momento: ¿Qué es lo que estaba cubierto de sangre?

Boyd: El pecho de la señorita Conlan.

Liz: Es una lástima que haya muerto.

Boyd: En *Poker After Dark* ves las manos de los jugadores en la pantalla y te enteras de lo que está pasando. Me da que esto va a ser aburrido.

Harry: ¿Os apetece un poco de música de fondo?

Vanessa: ¿Tienes algo inspirador?

Leanne: Yo prefiero silencio, para poder pensar.

Vanessa: A mí me pone Taylor Swift.

Dude: ¿Esa niña?

Vanessa: Ya verás como pronto empieza a llenar estadios.

Dude: A mí me gusta Brad Paisley. Se cambió el nombre porque sonaba raro. Lo mismo que Kenny Chesney. Y a los dos les ha ido muy bien.

Vanessa: ¿De qué estás hablando?

Dude: Esa chica, la Zwellweger, se casó con él y lo dejó plantado en una semana.

Harry: ¿Por qué no enseñamos las cartas a la cámara?

Boyd: A Dude no le gusta Kenny. Y Vanessa habla de Taylor Swift como si quisiera comérsela. ¿Cuántos años creéis que tiene? ¿Veintitantos?

Liz: Las chicas son todas muy jóvenes. ¿Alguien quiere una copa?

Raylan: Todavía no, gracias.

Boyd: ¿Sabes hacer un Sazerac?

Liz: Con los ojos cerrados.

Boyd, a Raylan: Tu amiga no ha dicho ni mu.

Raylan: Está esperando a que se callen todos.

Vanessa a Dude, que vuelve de la barra con otro bourbon: ¿Vas a pasarte la noche bebiendo?

Dude: Siempre bebo cuando juego con mujeres.

Leanne: No puedo concentrarme con tan charla.

Dude: Todavía no hemos empezado, bonita. A Harry: ¿Cuál es la ciega?

Harry: ¿Qué os parece cuatro mil seiscientos?

Dude: ¿Estamos en el cole? Sube un poco, tío.

Vanessa: Eres más bobo de lo que pareces, con ese sombrero de cowboy. Te leo como un libro abierto. ¿Qué haces después de la partida? ¿Reunir al rebaño? ¡Los hombres y vuestros sombreros!

Boyd, a Raylan: ¿Todavía no ha visto el tuyo?

Raylan: Lo tengo escondido.

Liz: ¿Van a jugar o qué?

Raylan: Apuesto un pavo a que no levantan una sola carta.

Dude: Cuando un hombre se acostumbra a llevar sombrero no puede dejar de llevarlo.

Vanessa: Lo lleváis para esconder la calva o el peluquín.

Dude se quita su Stetson para enseñarle a Vanessa una buena mata de pelo oscuro. Agacha la cabeza: Tengo algunas canas, pero puedes tirar si quieres. Mete bien la nariz para asegurarte de que todo es mío. Veo que tú tienes el pelo un poco rosa. ¿El resto también es rosa?

Vanessa: No te soporto. Estás colgado. Sólo ganas porque apuestas más que nadie. ¿Así es como ganaste esa pulsera?

Dude: Con una pareja. Todos los tíos con los que juego tienen pasta

de sobra para ver mis apuestas, guapa. Con dos sietes te desplumo apostando todo lo que tú quieras.

Vanessa: Eres un bocazas y un fantasma.

Dude: A veces.

Vanessa: A lo mejor crees que Lady Gaga es una extraterrestre.

Dude: ¿Quieres decir que por vestirme con carne cruda te conviertes en alienígena? A mí sólo me parece una guarrería.

Vanessa, mirando a Dude con frialdad: ¿Por qué no te quitas de la boca ese puro apestoso y te lavas los dientes? Los tienes amarillos. No puedo ni mirarte.

Dude: Si vamos a seguir intercambiando cumplidos será mejor que no juguemos. A menos que quieras jugarte todo lo que tienes a una sola partida.

Dude espera y ve que Vanessa y Leanne acercan las cabezas un momento. Se levantan y se largan de la sala.

Boyd, a Raylan. Los dos están tomando un Sazerac: Tenías razón, colega. Esta noche no hay póquer para las señoritas.

Liz: Jackie no se ha levantado.

Raylan: Quiere jugar. No para de toquetear las fichas, pero no suelta prenda.

Dude, a Jackie: A ver si podemos ser educados el uno con el otro y empezar la partida. ¿Cuánto es lo máximo que has perdido?

Jackie: ¿De una vez? Veinte mil.

Dude: ¿La cagaste?

Jackie: Perdí el control.

Dude: ¿Y ahora por fin has encontrado jugadores de verdad?

Jackie: Fumadores de puros. La cagué, pero vuelvo a estar en forma. No te hagas ilusiones.

Dude, acercándose para darle una palmadita en el hombro: Veamos hasta dónde eres capaz de llegar con tanto brío.

El *dealer* contratado para la ocasión, con chaleco y corbata, se sienta a la mesa y reparte dos cartas cubiertas a cada jugador.

Jackie mira su mano: un as y un siete.

Dude: Cien mil para abrir, si os parece bien —dice. Y pone sus fichas.

Jackie y los saudíes ven la apuesta. Los árabes están callados. No parecen muy contentos.

El *dealer* quema la primera carta y saca el flop: as, cinco, cuatro.

Jackie ya tiene una pareja.

Dude apuesta otros cien mil.

Los saudíes no van y dejan la mesa, hartos de la absurda situación.

Jackie ve la apuesta de Dude.

El *dealer*: El bote está en seiscientos cuarenta mil. (Saca la cuarta carta. Un ocho de corazones.)

Dude: Veamos qué dice la señorita.

Jackie: Cien mil.

Dude la mira antes de poner las fichas en el montón.

El *dealer*: El bote está en ochocientos cuarenta mil. (Saca la quinta carta descubierta.) As de picas.

Dude: Muy bien. Los dos tenemos parejas de ases. ¿Tú tienes algo bueno?

Jackie: Tendrás que apostar si quieres saberlo.

Dude: No creo que tengas suficiente para verlo. No quiero dejarte sin dinero para el bocadillo.

Jackie saca un talonario y un bolígrafo de los vaqueros: ¿Quieres apostar? Adelante.

Dude: Me quedo aquí.

Jackie escribe un cheque al portador y lo deja en el bote.

Jackie: Ochenta mil, señor Moody.

Dude, sorprendido: Eres una chica muy dura.

El *dealer*: Ochenta mil al señor Moody.

Dude: ¿Cuánto hay en el bote?

El *dealer*: Un millón, si usted lo ve.

Dude, mirando a Jackie: Qué momentazo, ¿eh? Has tenido que esperar a que saliera la última carta. No llevabas nada, pero has hecho como si tuvieras una buena mano. Creo que vas de farol, bonita. (Lanza las fichas al bote y enseña sus cartas.) Dobles parejas de ases reyes.

Jackie saca el as que tiene en la mano: Un trío, señor Moody. De ases.

Capítulo treinta y dos

Cada vez que Raylan quería decirles algo a Boyd y a Liz, tenía que esperar a que dejasen de parlotear. Vio que Jackie, en la mesa, miraba a Dude Moody como si estuviera a punto de sonreír. Dude volvió la cabeza para decirle algo a Harry, y la expresión de Jackie perdió interés.

Boyd le estaba contando a Liz cómo había sido el final de Carol Conlan. «¿De verdad?», decía Liz a cada palabra de Boyd. Raylan pensó que la muerte de Carol había sido excesiva. Habría bastado con diez años de prisión. En cuanto a Boyd... tendría que olvidarse de su papel en todo aquel asunto, aunque hubiera sido él quien le facilitó los cartuchos a Marion Culpepper. Sería inútil intentar demostrarlo.

Raylan se había enamorado de Jackie Nevada, de lo contrario no le habría molestado verla allí sentada, con la cabeza echada hacia atrás, mirando a Dude, que se inclinó para darle un beso en la cabeza mientras ella se encogía de hombros. Harry se puso a hablar con Dude y Jackie se levantó y fue derecha a Raylan.

—Parece que has ganado al profesional.

—A los tres. ¿Sabes cuánto he sacado? —dijo Jackie.

Raylan negó con la cabeza.

—Un millón de pavos.

—Venga ya... —dijo Raylan.

—Doscientos mil de los saudíes, y el resto de Dude. Un puto millón de dólares.

—¿Con una sola partida?

—He tenido la suerte de que Dude estaba cansado. Si no lo estuviera habríamos tenido que jugar un rato más. Me ha dicho que lo he hecho muy bien para ser una chica, y me ha besado en la cabeza.

—Esa parte la he visto.

—Harry ingresará los talones en mi cuenta corriente.

—¿Estabas nerviosa?

—Un poco. Pero sabía que iba a ganar.

—¿Cómo lo sabías?

—Decidí lanzar la red en la quinta.

Raylan no entendió lo que quería decir, pero pensó que ya se lo preguntaría en otra ocasión.

—En ese caso ya no necesitarás un guardaespaldas. Yo lo estaba deseando.

—Y yo creía que me estabas guardando las espaldas para que no volviera a escaparme —dijo ella.

—Me gustaría esposarte a mi muñeca —contestó Raylan.

Jackie lo miró fijamente.

—¿Y tirar la llave?

—Tendremos que separarnos de vez en cuando para ir al baño —dijo Raylan—. Pero estar esposados es una buena prueba de compatibilidad.

—¿Necesitamos poner a prueba qué tal nos llevamos? —dijo Jackie.

—Tienes razón. ¿Qué te gustaría hacer?

Jackie seguía mirándolo con la misma intensidad.

—Ir a alguna parte a divertirnos.

Raylan se imaginó por un momento con Jackie en el Two Keys Tavern, subiendo a su celda de monje en el segundo piso.

—¿Sabes qué noche es hoy donde me alojo? —preguntó—. La Noche Loca. ¿Te gusta hacer locuras?

—Me encanta hacer locuras —contestó Jackie.

Delroy estaba hablando por teléfono.

—Kenet, nadie lo ha visto en ese bar. Si estuviera allí alguien habría tenido que verlo.

—¿Te fías de tus hombres? —dijo Kenneth.

—Les doy todo lo que necesitan para pasar la noche allí. Les gusta

relajarse.

—A lo mejor el Llanero Solitario entra mientras están echando una cabezadita y sube a su habitación sin que lo vean. Delroy, sigues siendo tu principal problema. Olvídate de ese pavo. Ya sé que te detuvo, pero han pasado siete u ocho años.

—Ya lo he decidido —dijo Delroy—. Me he comprado un sombrero de cowboy y lo he metido en un cubo de agua para doblarlo y darle la forma que más me gustaba. Voy a ponerme delante de Raylan Givens en el salón del Two Keys y a empezar el tiroteo.

—¿Y vas a pedirle a alguien que cuente hasta tres mientras vosotros desenfundáis? Delroy, estás desperdiciando tu vida con dramas callejeros.

—Tengo un sombrero negro. Me lo calo hasta los ojos... No quiero que me reconozca desde el principio.

—Eres demasiado alto, Del.

—Pero quiero que sepa que soy yo cuando me reconozca por la estatura y le pegue un tiro en la cabeza. Que sea lo último que piense. ¿Qué crees que es lo último que le pasa por la cabeza a un bicho cuando se estrella contra el parabrisas, Kenet? El bicho es idiota. Pienso largarme a Sudamérica o a cualquier parte. Primero tendré que atracar un banco para pagarme el viaje. O buscar unas titis para que lo roben por mí. ¿Sabes por qué funciona con las titis? Porque no suelen dedicarse a robar bancos.

—Escúchame, Delroy. No ha funcionado. Te están buscando por asesinato. Te cogerán y acabarás en la cárcel. En el mejor de los casos te caerá la perpetua, sin condicional. ¿Sabes por qué es famoso Raylan Givens?

—¿Por beber garrafón?

—Por matar a gente.

—Se acerca a hurtadillas y te pilla por sorpresa. Eso hizo conmigo. Pero esta vez soy yo quien dirige la función. Sé que el espectáculo

termina cuando le meto una bala en la cabeza a ese cabrón. Saludo a la multitud llevándome una mano al sombrero, y salgo del bar.

—Y luego te vas a Sudamérica o a cualquier parte.

—He pensado en Hawái.

—Delroy, en la Noche Loca del Two Keys, los estudiantes a veces se pasan de vueltas y se visten muy raros. Las chicas de las hermandades bailan el hula-hula. Una vez oí que se vistieron de conejitas de *Playboy*.

—Yo llevaré mi sombrero.

—Olvídate del puto sombrero. Tienes que ponerte algo para que no te reconozca.

—¿Y si me visto de conejita?

—No es mala idea —dijo Kenneth, pasándose un dedo por los labios—. De conejita no, pero... de tía muy alta, con un vestido deslumbrante. O... no sé, otra cosa.

—Las tías altas siempre vienen a restregarse conmigo, tío. Si voy buscando a ése no podré fundirme en un abrazo.

—Te veo en plan escultural, en plan supermaciza boba y calentorra, como las de *La Cage aux Folles*.

—¿Con un vestido?

—Sí.

—¿Y qué me pongo en las tetas?

—Ven para acá mientras lo pienso.

Se dio cuenta de que tendría que afeitar a Delroy de los pies a la cabeza, pero prefirió no decir nada.

—Estoy pensando qué tenemos en el Cooz además de tangas. Voy a echar un vistazo. ¿Delroy? Llamaré a Bobby para que te maquille. Las *drag queens* negras lo adoran. Te pintará los ojos de negro y unas pestañas enormes, para que puedas ponerle ojitos a Raylan.

—¿Y qué me pongo en las tetas?

—Si Bobby quiere que enseñes el canalillo ya se le ocurrirá algo.

—Podría vestirme de árabe, con una túnica blanca —dijo Delroy.

—No, es mejor un *look* de reinona exótica, tipo Rupaul.

—¿Y dónde guardo la pipa, Kenet?

El tío siempre poniendo pegas.

—En eso tienes razón —dijo Kenneth—. Tienes que llevar la pipa.

Dos horas y media después de que Bobby llegara con su maletín de maquillaje y un cargamento de vestidos que había pedido prestado a sus amigas —«Ropa de las dos *drag queens* más famosas de la ciudad», dijo —, Delroy se estaba mirando en un espejo de cuerpo entero, en el dormitorio de Kenneth, y los otros dos esperaban su reacción.

—Sigue siendo demasiado alto para ser una tía —dijo Kenneth—, pero está maravilloso. Me encantan los labios carnosos en un tono más claro, y las pestañas... Anda, Delroy, aletea un poco las pestañas. Haznos una caída de ojos.

—No sabe lo que es eso —susurró Bobby.

Delroy estaba contemplando su silueta alta y esbelta en el espejo, moviendo la cabeza a uno y otro lado para admirarse.

Bobby se tapó la boca con la mano para hablar con Kenneth.

—No ha dicho nada. La verdad es que está muy sexy. Tenía miedo de que fuera todo huesos.

—No sé yo si no sería mejor un vestido más sencillo, sin tantas lentejuelas. Es demasiado recargado. Aunque tengo que reconocer que me encanta. Delroy en el cielo con diamantes.

—Es corto, pero ¿verdad que las rodillas no están nada mal? —dijo Bobby—. ¿Y qué me dices de los pendientes? Me encanta cómo cuelgan cuando mueve la cabeza. Las sandalias son las más grandes que he encontrado.

—Parecen a punto de reventar, pero no veo otra solución. No puede llevar sus zapatos, y sus sandalias quedan muy cutres con ese vestido. Pero ¿quién va a fijarse en los pies? ¿Tú qué dices, Delroy?

—Parezco un homosexual.

—Eres un travesti —dijo Kenneth—. No hace falta ser gay para que te guste vestirse de mujer. Eso demuestra cierto estilo. Que no eres un hombre corriente.

—¿Os parece que estoy bien? ¿No estoy demasiado estrambótico?

—Estás deslumbrante.

—¿Pero dónde guardo la pipa?

A las nueve y media iban en el Chevy por South Limestone, camino del Two Keys, y Raylan se arrepintió de haberle hablado a Jackie de Delroy Lewis. Ahora que lo sabía, ella no paraba de hacer preguntas.

—¿Crees que te está esperando escondido en alguna parte?

—Podría seguirme en una calle abarrotada y encañonarme por la espalda. O a lo mejor se ha enterado de que vivo encima de un bar.

—¿Cómo ha podido enterarse?

—En el Two Keys todo el mundo me conoce, saben que estoy allí para imponer la ley a cambio de alojamiento. Algún soplón que vive de eso ha podido contarle.

—Yo creo que quieres que ese Delroy te encuentre.

—Puede que sea la única manera de acabar de una vez por todas. Cansa mucho tener que ir mirando las caras entre la multitud.

—No tenemos por qué ir al Two Keys —dijo Jackie—. Harry me ha reservado una suite en el Hilton y todavía no la he usado. Podríamos ir allí, llamar al servicio de habitaciones por cuenta de Harry y pedir champán para celebrarlo.

—El champán puede darte dolor de cabeza.

—No hace falta beberse la botella entera.

—¿Ah no?

—Todo con moderación.

—¿Y nunca te metes en líos? —dijo Raylan.

—Si fuera un tío, creo que me parecería mucho a ti.

—Yo creo que te parecerías a Reno.

—¿Por qué juego? No me parezco mucho a Reno. Soy más lista que él, aunque él conoce mejor a la gente. ¿Sabes a quién procuro parecerme? A mí en mis días buenos. Estoy contenta porque gano botes.

—Has ganado uno de un millón. Deberías ser la chica más feliz de la ciudad.

—La verdad es que no me paro a pensar si soy feliz. Creo que en general siempre lo soy. Aunque va y viene.

—Pero te gusta el subidón. Me parece que sé cómo podrías tener siempre esa sensación.

—¿Sí?

—Haciéndote policía judicial.

—¿Lo dices en serio?

—No sé, puede.

—Ganar un millón para mí significa que soy capaz. Sabía que ganar a ese Moody iba a ser muy fácil.

—Vi que tenías la chequera encima de la mesa. ¿Y si hubieras tenido que extender un cheque para seguir jugando? Te libraste porque Dude, que llevaba encima cinco o seis Marker's Mark, pensó que eras una niña...

—Sólo una niña. Aunque simpática.

—No tuviste que extender un talón de setenta mil pavos.

—Lo habría hecho, si no hubiera tenido más remedio. Sabía que iba a ganar en cuanto me entró el as.

—Tenías buenas cartas.

—Tenía unas cartas buenísimas. ¿Cuándo pierde un trío de ases?

—Pero el trío no salió hasta la quinta carta —dijo Raylan. Sonrieron los dos, porque estaban muy a gusto juntos.

—Más vale que te lo diga ya, porque te lo diré tarde o temprano. Estoy colada por ti. Me pareces genial. Llevas un arma y la has usado.

—Pues sí.

—Pero no sales a correr por las mañanas, ni haces nada que no quieras hacer, y tampoco estás casado.

—¿Y si lo estuviera?

—No lo sé. Seguiría queriendo acostarme contigo.

—Entonces, cuando empecemos a revolcarnos debajo de las sábanas no te estaré obligando.

—Antes podríamos darnos una ducha juntos —dijo ella.

—Antes de que se me acelere el corazón y me estampe contra el parachoques del coche de delante...

—Quieres pasar por el Two Keys.

—Sólo un momento. Para echar un vistazo.

—Crees que está allí.

—Cuando tengo ese pálpito, suelo acertar la mitad de las veces. Tú espérame en el coche, ¿vale? No quiero arriesgarme a perderte antes de que lleguemos al hotel.

—Dime que tú también lo estás deseando —dijo Jackie, riéndose.

—Te lo juro —contestó Raylan, mientras paraba en la puerta del Two Keys. Ya había estado a punto de besarla en el coche, pero pensó que después quizá lo vería como una mala señal, y decidió no besarla. Dejó el motor encendido y dijo—: No tardo ni cinco minutos.

Jackie lo vio subir al porche y cruzar la puerta. Quitó las llaves del motor de arranque y salió del coche para seguir a su chico.

Delroy estaba sentado a una mesa, de espaldas a la pared, tomando un agua con gas mientras sus dos compinches vigilaban el local. Sostenía el vaso con la mano izquierda y tenía la derecha dentro del bolso, donde llevaba la Smith 357.

Ya les había dicho a los otros dos: «Lo único que tenéis que hacer es conseguir que se fije en vosotros cuando veáis que me toco el pelo

platino. ¿Os gusta, chicos? A mí empieza a gustarme. No sabrá adónde mirar cuando me vea salir al escenario. ¿Qué hora es? Kenet me puso unas tetas que apretaban mucho y al final he preferido tener el pecho plano. De todos modos sigo pareciendo un bicho raro». Sus compinches, un par de porretas, tenían la misma edad que la mayoría de los estudiantes del bar, pero se les notaba la mala vida en la forma de moverse y de vestir, y llamaban bastante la atención.

Delroy entró en el bar y recibió una ovación. ¡Mirad qué tío! Estaban todos en la misma onda, y Delroy se sintió en su salsa.

Se quedó un rato viendo a los estudiantes disparar contra los peces de colores con las pistolas de agua. Leyó los carteles que había en las paredes, con los precios de lo que costaba emborracharse. Había llegado temprano, pero estaba dispuesto a esperar una hora antes de darse por vencido.

Uno de sus colegas se escabulló entre las mesas y se fue a la barra. Delroy no lo veía, porque era muy bajito. Lo que sí vio fue el sombrero entre la multitud, el sombrero de cowboy que estaba buscando.

El colega volvió, con los ojos abiertos para variar. Abiertos como platos. Se quedó un rato al lado de la mesa y asintió con la cabeza, sin ninguna expresión. Luego se fue con el otro, para quitarse de en medio.

Raylan se paró entre las mesas y echó un vistazo alrededor de la sala. Delroy lo vio, recorriendo el bar con la mirada, hasta que se detuvo en su peluca platino y su maquillaje de *drag queen*.

Raylan se acercó a la barra para pedir un chupito de bourbon, ya que estaba allí. Se fijó en uno de los porretas, porque llamaba la atención en aquel ambiente, y vio que no le quitaba el ojo de encima. Poco después lo vio alejarse entre las mesas, y lo siguió hasta que vio a la *drag queen*, sentada de espaldas a la pared. El chico se apartó a un lado, pero Raylan siguió andando sin perderlo de vista.

—Discúlpame —dijo—. Si no eres Delroy Lewis tienes que ser su gemela fea.

Delroy se quedó muy sorprendido y empezó a protestar.

—¿Cómo me has reconocido?

—Me estás esperando, ¿no? He visto tu peli, y sé cuáles son tus intenciones. Podría matarte aquí mismo, antes de que llegues a abrir el bolso.

Delroy se tocó la peluca.

Los compinches empezaron a gritarse el uno al otro.

Raylan no apartó la mirada de Delroy.

—Aunque me diera la vuelta para ver qué están haciendo esos, no te daría tiempo de abrir el bolso —dijo—. ¿Quieres hacerlo aquí, con todos mirando?

—A mí no me molestan —dijo Delroy.

—A mí sí —replicó Raylan. Sacó la Glock, apuntó al techo y disparó una ronda.

Se hizo un silencio total. Segundos después todo eran gritos, sillas arrastradas y cristales rotos. Unos se tiraban al suelo y otros corrían hacia la puerta.

Raylan seguía con la pistola en la mano y el brazo extendido a lo largo de la pierna.

—Igual que la última vez —dijo Delroy, metiendo la mano en el bolso que tenía delante, encima de la mesa.

—Tu ropa es distinta —contestó Raylan.

—Te quedaste con la pistola en la mano, pegada a la pierna.

—La misma pistola —asintió Raylan.

—Yo llevaba una escopeta y pensé que tendría tiempo de apuntar antes de que dispararas —dijo Delroy.

—Es una situación frecuente en mi trabajo —dijo Raylan—. Decidiste rendirte y gracias a eso sigues vivo. Pero ¿por cuánto tiempo?

Delroy levantó el bolso con la mano izquierda y apuntó a Raylan,

que disparó desde la cadera, vio que Delroy se hundía en la silla, sin soltar el bolso, y volvió a disparar.

Raylan esperó un momento antes de acercarse a la mesa, donde Delroy yacía de bruces, con la mano todavía en el bolso. Los dos porretas lo estaban mirando. Raylan les dijo que se largaran antes de que llegase la policía, y salieron corriendo. Entonces oyó un murmullo de voces en el bar. Buscó el pulso de Delroy en el cuello y no lo encontró. Dio media vuelta, marcó en el móvil el número de la policía judicial y vio a Jackie Nevada en mitad de la sala. Parecía distinta. Lo estaba mirando como si no lo conociera. Se acercó a ella.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo Raylan.

Jackie levantó la vista y sonrió, o intentó sonreír. Abrazó a Raylan con fuerza, y todo volvió a ser como antes.

—Cuando disparé al techo —dijo Raylan—, pensé que iba a dar en mi habitación del piso de arriba. No habría pasado nada. Como mucho podría haberles hecho un agujero más a mis calzoncillos, que estaban colgados de una tubería.

Estaban en la suite del Hilton que Harry había reservado para Jackie. Era perfecto. Nadie sabía que estaban allí.

Sonó el teléfono.

—¿Vas a contarme qué ha pasado o es un secreto? —dijo Art Mullen.

Raylan oyó que el agua empezaba a correr en la ducha.

—No quería despertarte —dijo. Ya se había quitado los zapatos y lo pantalones—. ¿Cómo me has encontrado?

—Por Bill Nichols. Me contó que habías acabado con Delroy y te habías ido al Hilton con la chica a la que tenías que detener. ¿Es cierto?

—La estoy vigilando antes de llevarla a Indiana.

—¿Está sentada contigo?

—No —dijo Raylan—. Estoy oyendo la ducha, Art. Y la habitación no la pago yo. El señor Burgoyne la reservó para Jackie. Voy a dormir en el sofá.

—Será la primera vez en la vida que haces eso.

—Art, no puedo llevarla a ese cuarto del Two Keys. Acaba de ganar un millón de dólares. Y no pienso pasarme la noche en el pasillo, sentado en una silla.

—¿La has visto ganar un millón de pavos?

—En una sola mano de hold'em. Tiene veintitrés años, está a punto de terminar la carrera y el póquer es su vida. No le interesa nada un viejo como yo.

—Dijo él humildemente —suspiró Art—. No voy a decirte cómo tienes que traerla, mientras no pienses fugarte a una isla. ¿Se ha enamorado de ti?

Raylan seguía oyendo correr el agua en la ducha. La puerta del baño estaba abierta.

—La señorita Nevada sólo piensa en el póquer. Tiene... un don para el juego.

—Ibas a decir «huevos», ¿verdad?

—Art, voy a tomarme una semana de vacaciones cuando la deje en la universidad. Saca muy buenas notas y es una buena chica. Prométeme que la dejarás en paz.

Colgó el teléfono, terminó de desnudarse y fue corriendo al baño. Se detuvo un momento para prepararse y entró.

—Hola, ¿estás visible? —dijo—. Estás más que visible.

—Llevo tanto rato esperando que estoy empezando a tiritar.

—Seguro que no —dijo Raylan, dándole una palmadita en el trasero.

—¿Te ha excitado hablar con tu jefe?

—Hay algo por aquí que me excita. ¿Será esta chica desnuda que

está conmigo?

—Conque vigilándome para que no me escape. ¿Te enjabonas por detrás?

—Por delante y por los lados... Déjame enjabonarte.

—No, déjame a mí —dijo Jackie.

Raylan tuvo que ponerse a pensar en otras cosas para prolongar el momento mientras Jackie le enjabonaba todo el cuerpo.

Ir a por el champán.

O decir: «Mi teléfono, y salir corriendo».

Respirar hondo y pensar que estaba limpiando su arma. Su pistola. Distanciarse un poco de la situación. Le gustaba hacer eso.

—Si entrara en la policía judicial, ¿podría ser tu compañera? —preguntó Jackie.

—Podría intentarlo —dijo Raylan, dando otra palmadita a su nueva compañera.

—¿Te acuerdas de *El jovencito Frankenstein*? —dijo Jackie—. Cada vez que el monstruo se acuesta con ella, la mujer se pone a cantar «Oh, el dulce misterio de la vida».

—¿Por qué te has acordado de eso?

—No lo sé.

Título original: *Raylan*
Edición en formato digital: 2013
Copyright © 2012, Elmore Leonard Inc.
© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2012
© De esta edición: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es
ISBN 978-84-206-8241-9
www.alianzaeditorial.es



notes

Notas

[1] Sport Utility Vehicle, coche utilitario.

[2] Arroyo Pestilente.